ESTHER DURAND



en tus labios

EN TUS LABIOS

Esther Durand

Derechos de autor © 2025 Esther Durand

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o de otro tipo, sin el permiso previo y por escrito de la autora.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares reales es pura coincidencia.

Registrada el 9/09/2025

ÍNDICE

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

CAPÍTULO 1

El eco de los pasos resuena en el vestíbulo del MNAC como un compás solemne. Clara Echevarría avanza con la seguridad que exige el papel que lleva eligiendo representar desde hace mucho tiempo: la anfitriona impecable, la mujer que no permite fisuras en su imagen. Los ventanales altos dejan entrar la última luz de la tarde, bañando de tonos dorados los mármoles pulidos, y durante un instante piensa que ese resplandor parece estar de la mano con el destino. El escenario está preparado para la cata más exclusiva de la temporada, y nada, absolutamente nada, debería quebrar la armonía que ha tejido con semanas de preparación.

El aroma de los vinos recién abiertos comienza a mezclarse con la fragancia tenue de los arreglos florales que ha ordenado colocar en cada mesa. Cada detalle está calculado: la temperatura exacta en la sala, la disposición de los asientos, incluso la música en vivo de un cuarteto que ensaya discretamente al fondo. Clara observa cada detalle con el ojo clínico de quien no piensa permitir el error. La perfección es su escudo, su manera de no permitir que nadie adivine el temblor que late bajo la superficie producto de los nervios.

Porque esta noche, lo sabe, ella estará aquí.

Lucía.

El nombre se desliza por su mente como una pesadilla que no puedes apartar en tus peores noches. Hace años que no lo pronuncia en voz alta, pero su sola presencia anunciada bastó para desestabilizar la coraza que lleva tanto tiempo levantando. La invitación fue un movimiento inevitable: representantes de bodegas artesanales y bares de tapas, escogidos por la dirección del museo y por la asociación enológica. No podía vetarla. Tampoco debía hacerlo. Y, sin embargo, Clara siente en la boca un regusto amargo, como si el vino de bienvenida no tuviera el añado correcto.

Respira hondo. Nadie lo notará. Nadie lo nota nunca. Es una maestra en ocultar sus emociones.

—Todo está listo, señorita Echevarría —dice una de las asistentes, acercándose con una carpeta en mano.

Clara asiente con un gesto breve, casi en un gesto imperceptible. Su traje negro, de líneas precisas, se ciñe a su figura con suma elegancia. El pelo liso le cae sobre los hombros con una disciplina perfecta, y el carmín en sus labios es la única concesión al color. La imagen es la de una mujer segura de sí misma, dueña de la situación. Nadie sospecharía que, bajo esa fachada, un recuerdo la aprieta y sacude en el peor de los sentidos.

—Perfecto. Quiero que todo vaya como lo hemos ensayado. Nada de improvisaciones —responde, con un tono que no sugiere errores.

La asistente se retira, y Clara se queda sola por un momento. Cierra los ojos y escucha el murmullo que empieza a crecer en la sala: invitados que llegan, copas que tintinean, risas educadas. Es el sonido del éxito, del mundo al que pertenece, del lugar que se ha ganado con esfuerzo y con sacrificios, además de soledad. Debería bastarle. Pero sabe que, en algún rincón, en cualquier momento, aparecerá una figura que no ha podido borrar de su memoria.

Lo percibe en cada fibra de su ser, una vibración en el aire, un rumor que le obliga a girarse. Entre el grupo de invitados, Lucía se abre paso con una naturalidad desconcertante. Su vestido, sencillo y claro, resalta contra la formalidad de los demás. No hay artificio en su presencia, lleva el pelo suelto, y una sonrisa alegre cuando alguien la saluda, un gesto cercano que parece iluminar el espacio a su alrededor. Clara siente un nudo en el estómago. El contraste es casi cruel. Ella, rígida en su perfección; Lucía, libre en su calidez.

Por un instante, el tiempo se paraliza. El recuerdo de tantas noches compartidas, de proyectos soñados, del olor a vino y las caricias en su piel, la golpea con violencia. Pero enseguida se recompone. Se obliga a mantener el rostro sereno y los labios, en esa curva controlada que nadie puede llamar sonrisa, pero que tampoco permite sospecha alguna de que algo irá mal.

No la buscará. No piensa darle ese poder.

Álvaro aparece a su lado, impecable con su traje gris claro, una copa en la mano y esa seguridad que lo hace parecer siempre un paso por delante.

—Te brillan los ojos más de lo habitual —murmura, con una pizca de burla que a ella no le hace ninguna gracia.

Clara gira la cabeza hacia él, disimulando su incomodidad mientras arquea una ceja.

—Será la iluminación.

Álvaro sonríe con orgullo y satisfacción, con ese sarcasmo tranquilo que la irrita y la reconforta a la vez.

—Claro. La iluminación… o quizá sea cierto fantasma que ronda por la sala.

Ella no contesta. Le basta con apretar un poco más la copa que ha cogido de una bandeja, como si el cristal pudiera absorber la tensión que la atraviesa.

Los invitados continúan llegando, y la velada avanza con la claridad que Clara ha diseñado al milímetro. Presentaciones breves, comentarios técnicos sobre las añadas, elogios a la perfecta selección de vinos. Todo parece bajo control. Hasta que, inevitablemente, sucede lo que el destino le tenía preparado.

—Clara, qué alegría verte.

«Alegría», extraña forma de decirlo.

Ha bastado con poco para que el aire se vuelva diferente, lleno de una tensión que podría sacudir las paredes. Clara se gira lentamente y allí está Lucía, tan cerca que casi podrían rozarse. Los ojos de ella, de un verde profundo, la observan sin titubeos. No hay rastro de duda ni de culpa en esa mirada; solo una calma que resulta insoportable.

—Lucía, bienvenida —responde Clara, con la misma frialdad con la que podría nombrar a cualquier proveedor.

—Cuanto tiempo.

—Demasiado.

El silencio que se abre entre ellas tiene un peso que podría hundirlas en un profundo y mar oscuro. Alrededor, las conversaciones continúan, las copas se levantan, las risas se reparten como música de fondo. Pero para Clara todo se concentra en ese instante. En la cercanía de la mujer que la traicionó, que destrozó lo que habían soñado, que ahora se presenta con la naturalidad de quien no teme enfrentarse al mundo que la rodea.

—He oído que tu marca sigue expandiéndose —dice Lucía, con un tono que no alcanza a ser cordial, pero tampoco hostil.

Clara mantiene la barbilla en alto. Está orgullosa de sus logros, de haberlo hecho sola, y no piensa ocultarlo.

—Y yo que tu bar sigue en pie, contra todo pronóstico.

Lucía sonríe apenas, una chispa que dura lo que un parpadeo.

—El vino tiene esa capacidad. Resiste y evoluciona. Y también cambia las cosas, por mucho que no lo queramos y duela.

Clara traga saliva, visiblemente incómoda, pero no lo deja ver. El que lo está pasando de lujo es Álvaro. Sin duda.

—El dolor no siempre justifica las decisiones.

Por un instante, la máscara de Lucía titubea. Sus labios se entreabren, como si fuera a responder con sinceridad. Pero se contiene. La conversación queda suspendida, y Clara siente que cada segundo que pasa es una batalla contra su propio impulso: la necesidad de volver a preguntar por qué, de exigir explicaciones, el verdadero motivo por el que mandó todo a la mierda, de ceder a la tentación de mirar más allá de las palabras.

Entonces alguien las interrumpe, un coleccionista francés que quiere felicitar a Clara por la organización. Ella se despide de su amigo, y aprovecha para dar un paso atrás, recuperar distancia, anclar de nuevo su imagen en el papel que conoce: la anfitriona, la empresaria, la mujer que no se permite temblar.

Pero mientras sonríe y responde con frases ensayadas, sabe que Lucía sigue allí, a escasos metros, observándola. Y que por mucho que lo intente, el pasado no se quedará enterrado. Nunca lo hace.

La velada avanza como un río tranquilo en apariencia, aunque Clara sienta bajo la superficie un torbellino difícil de dominar. Ha dedicado la última hora y media a esquivar a Lucía con la destreza de una estratega. Cada vez que detecta su figura entre los grupos de invitados, cambia de dirección, se acerca a un inversor, se deja atrapar por la conversación de un periodista especializado. No es difícil, todo el mundo parece querer un instante de su tiempo, una palabra, una sonrisa. Ella sabe dar lo justo. Ni más ni menos. Como a sus amantes de los últimos años.

Aun así, percibe la presencia de Lucía como un perfume persistente. No importa dónde se coloque, siempre hay un destello de aquel vestido claro en el rabillo de su ojo, una carcajada suave que logra atravesar la música de fondo, un gesto espontáneo que la memoria reconoce de inmediato. Clara aprieta los dedos en torno a la copa. La seguridad que proyecta hacia los demás se mantiene intacta, pero dentro de ella, cada minuto se convierte en una prueba. Y cuando el cuarteto toca una pieza lenta y las conversaciones han bajado de intensidad, Lucía se acerca de nuevo. Con su puta calma que parece inquebrantable. Se detiene frente a Clara, lo bastante cerca para que el aire entre ellas se vuelva tenso, lo bastante lejos para que la cortesía aún pueda salvarlas.

—La selección ha sido impecable —la felicita Lucía, en un tono demasiado íntimo para su gusto. Sus ojos verdes parecen contener un brillo que Clara rehúsa interpretar. —Cada detalle habla de ti.

Clara sostiene la copa con una elegancia estudiada. Levanta la barbilla apenas un centímetro, el gesto justo para marcar distancia.

—Eso es lo que hago, Lucía. Perfección en cada detalle. ¿Lo has olvidado? —Detrás de esas palabras hay un significado claro. Todavía le duele lo que le hizo.

Un silencio breve, casi imperceptible, se abre entre ellas.

—No esperaba menos.

Clara percibe en esa respuesta una sombra de ironía, o quizá es su propio rencor el que colorea las palabras, pero decide no darle importancia.

—Me alegra que lo valores. —Su tono es impecable, frío, el de la anfitriona que no permite grietas en la compostura.

Lucía asiente, con una leve sonrisa. Durante un instante, parece querer añadir algo más, una explicación, una confesión, una excusa tardía. Pero no lo hace. Se limita a inclinar la cabeza y se retira con la misma calma con la que se ha acercado hace dos minutos.

Clara permanece inmóvil, con la mirada fija en la copa, hasta que el sonido de una carcajada le recuerda dónde está. Se recompone y vuelve a sonreír a los invitados que se le acercan. Nadie podría adivinar que por dentro siente un hormigueo incómodo, como si el suelo del museo estuviera a punto de resquebrajarse.

La noche termina con los aplausos protocolarios y las últimas despedidas. Los invitados se marchan poco a poco, satisfechos, y la sala se va vaciando hasta recuperar un silencio solemne. Clara supervisa a su equipo con la misma firmeza de siempre, agradece con gestos breves, da indicaciones sobre dónde deben llevar las cosas… La perfección no termina con los invitados: la perfección dura hasta el último detalle.

Cuando finalmente se libera del estrés, Álvaro aparece de nuevo a su lado. Su corbata está un poco aflojada y la copa medio llena, pero como siempre, mantiene la sonrisa intacta. Está segura de que ha ligado esta noche.

—Has vuelto a hacerlo —dice con una voz cargada de ironía afectuosa. —Una fiesta impecable, no ha habido un detalle que no les haya gustado.

Clara lo mira de reojo.

—Eso es lo que esperan de mí.

—Y lo que esperas de ti misma —añade él, sin necesidad de preguntar.

Se sientan en un rincón más tranquilo, donde algunas copas y botellas han quedado a disposición de los organizadores. Clara elige un vino tinto profundo, lo sirve con un gesto automático. El cristal refleja la luz tenue de las lámparas y por un instante ella se detiene en ese reflejo. La superficie roja parece un corazón latiendo en silencio.

—¿Brindamos? —pregunta Álvaro, alzando su copa.

Clara responde con una inclinación mínima.

—Por el éxito.

—Por el éxito —repite él, pero después añade, en un susurro que solo ella puede escuchar—. Y por los fantasmas que siguen viniendo a nuestras fiestas, y cambian las cosas.

Clara se queda quieta, con la copa a un centímetro de sus labios.

—¿De qué hablas? —inquiere Clara.

Álvaro sonríe como si hubiera estado esperando esa reacción.

—De que hay presencias que ni la distancia ni los años borran. Presencias que te siguen y se convierten en una sombra, aunque pretendas ignorarlas.

Clara apoya la copa sobre la mesa con una calma fingida.

—Si hablas de Lucía, te equivocas.

—¿Me equivoco? —Álvaro ladea la cabeza, con diversión. Siempre le ha gustado pinchar a su amiga. —Te he visto, Clara. He visto cómo la buscabas sin querer, cómo endurecías la voz cuando te habló. Y créeme, no soy el único.

Ella contiene el impulso de replicar con dureza. Respira hondo y se obliga a mantener el tono neutro.

—Lo único que me une a esa mujer es un pasado que prefiero olvidar.

—Un pasado que todavía te provoca… algo —corrige él, con la seguridad de conocerla perfectamente.

La frase la golpea como un rayo rompe contra el suelo en mitad de una tormenta. Clara lo mira, desafiante, aunque por dentro siente

que cada una de sus defensas se van resquebrajando, poco a poco. Álvaro no es cualquiera, la conoce más de lo que ella misma, ha estado demasiado cerca en momentos que nadie más recuerda.

—No confundas profesionalidad con debilidad —espeta finalmente, sin que los labios le tiemblen ni un poco.

Álvaro bebe un sorbo de vino y sonríe, satisfecho como si hubiera logrado exactamente lo que quería.

—No, no lo confundo. Pero tampoco confundas el silencio con olvido.

Clara se inclina hacia atrás en el asiento, cruzando las piernas con un gesto medido. Por dentro, sin embargo, las palabras de Álvaro han creado una revolución. «Fantasmas. Pasado…». El dolor de todo lo que ha intentado enterrar bajo capas de trabajo, de éxito, de disciplina, se ha presentado ante ella en cuestión de segundo, con forma de mujer y curvas que una vez poseyó con sus manos.

Mira la sala vacía del museo. El mármol brilla bajo las luces, las copas dispersas parecen vestigios de una celebración lejana. Y entonces, sin querer, se permite imaginar qué pasaría si en ese mismo instante Lucía entrara de nuevo. Si se acercara, si pronunciara su nombre otra vez. El pensamiento le provoca un escalofrío que recorre su cuerpo con maldad. Y no debería de permitirlo. Sacude la cabeza, apartando la idea de inmediato. No. No puede permitirse esa debilidad.

Se obliga a mirar a Álvaro con su sonrisa habitual.

—Los fantasmas no me persiguen. Yo decido a quién dejo entrar en mi vida y a quién no. Ya deberías de saberlo. —Él asiente, aunque la chispa en sus ojos dice que no le cree.

La conversación se disuelve en comentarios más efímeros, pero Clara sabe que la grieta ya está abierta. Que, por mucho que se repita lo contrario, Lucía conseguido impactar de lleno en su mundo. Y que su sola presencia ha bastado para romper la armadura que ha sostenido su seguridad estos últimos años.

Cuando abandona el museo y respira el aire frío de la noche barcelonesa, Clara siente que la ciudad entera se le viene encima con

una intensidad nueva. Las luces lejanas de Montjuïc, el murmullo de los coches en la avenida, el aroma salino que trae el viento desde el mar. Todo le recuerda que está viva, demasiado viva, como si los años de control y de rigidez se tambalearan ante una sola mirada que ha viajado desde el pasado.

Se ajusta el abrigo y camina hacia su coche, donde se queda mirando la silueta sobre el color negro del metal. Es una mujer elegante y segura. Nadie diría que dentro de ella arde un fuego que preferiría que nadie hubiera avivado.

CAPÍTULO 2

El café de la mañana debería calmar cada uno de sus sentidos, aunque Lucía sabe que es más un espejismo que una realidad. El bar de tapas que regenta en Gràcia todavía está medio vacío, apenas un par de clientes habituales ocupan las mesas del fondo, y la cafetera expulsa un vapor que se mezcla con el aroma persistente del vino que sirven cada día sin falta. Abre las ventanas para que entre la luz del día y, al hacerlo, escucha el rumor de la calle que ya comienza a llenarse de pasos y conversaciones.

Se frota las sienes con los dedos. Apenas ha dormido. Cada vez que cerraba los ojos, la escena de la noche anterior regresaba con la claridad hiriente de una grieta que no deja de sangrar: Clara, con un vestido impecable, erguida entre copas de cristal y mesas de mármol, fingiendo que ella no estaba allí. Ni un titubeo, ni un gesto de nostalgia. Solo esa mirada fría y odiosa, tan distante como si nunca hubieran compartido nada.

—Si sigues así te van a salir arrugas. —La voz de su madre la saca de golpe de sus pensamientos.

Lucía Salgado gira sobre sus talones y la ve entrar por la puerta lateral, con el mismo aire decidido de siempre. Teresa Martí lleva el pelo recogido en un moño perfecto, la bolsa del mercado colgando de un brazo y ese gesto inquisitivo que parece arrastrar desde que su hija tiene memoria.

—Buenos días a ti también, mamá. —Fuerza una sonrisa débil, aunque sabe que no va a engañarla.

Teresa deja la bolsa sobre la barra, abre uno de los cajones para sacar un trapo y se pone a limpiar una superficie que no lo necesita. Es su manera de iniciar cualquier conversación seria, como si tuviera que preparar el terreno para algo.

—He hablado con la señora Domínguez —empieza—. Me ha dicho que estuviste en el MNAC anoche, en vez de dejar que tu primo fuera.

Lucía suspira, por supuesto que el barrio iba a enterarse pronto de las «buenas» noticias.

—Era una cata importante, tenía que ir yo como representante. Sergio siempre será más de servir mesas —explica, tratando de sonar práctica—. Nos tenemos que modernizar si no queremos quedarnos atrás con respecto a los demás, y ya sabes que nuestra línea de vinos está en pleno auge.

—Qué casualidad, porque en esa fiesta estaba ella —dice su madre, y después frunce los labios.

—Sí, Clara estaba allí —admite, pero sin muchas ganas de dar aire a la conversación—. Y no creo que tenga que dar explicaciones de nada. Si te preguntas si fue el motivo por el que acudí, estás equivocada.

Teresa deja el trapo en la barra y cruza los brazos, clavando en su hija una mirada de reproche que poco a poco se va convirtiendo en preocupación.

—Lucía, tienes que dejar ese asunto en el pasado —le sugiere, con ese aire de superioridad que no soporta. Está claro que sabe más de la vida que ella, pero no es justificación—. No puedes seguir cayendo en lo que ya no tiene arreglo.

Lucía se apoya contra la barra, sin mirarla directamente. El eco de la velada sigue revoloteando en su cabeza. La forma en que Clara evitaba siquiera encontrar su mirada, la manera en que su sonrisa se transformaba en hielo apenas ella se acercaba… Todo eso le ha dejado un nudo en el estómago y un regusto amargo del que no se va a poder olvidar tan fácil.

—Yo no caigo en nada, mamá. ¿Es que no ha quedado ya que ha sido una simple coincidencia de este trabajo? —Pero ni siquiera a sus propios oídos suena convincente.

Teresa arquea una ceja, incrédula.

—¿Coincidencia? El destino ya te ha enseñado lo suficiente, ¿no crees? Esa mujer te destrozó al no apoyarte, y tú a ella. Lo vuestro fue un error desde el principio. Algo que no podía funcionar.

Lucía siente que las palabras le queman sobre la piel, y más allá de esta. No es que su madre mienta, pero escuchar la verdad con tanta claridad le hace daño. Y mucho. Baja la vista hacia la superficie de mármol de la barra, donde aún quedan marcas de copas que alguien olvidó limpiar. Probablemente fuese su primo.

—Yo la destrocé más de lo que ella a mí —murmura avergonzada —. ¿Tengo que recordártelo?

Su madre se detiene, la observa con los ojos entrecerrados, como si buscara un resquicio para entender lo que hay más allá de ese gesto. «¿Es que sigue enamorada de esa mujer?» No, no pienso permitirlo.

—Eso es lo que llevas repitiendo años, y no te sirve de nada. Lo hecho, hecho está. ¿Qué quieres, martirizarte para siempre? Tomaste una decisión acertada, y punto.

Lucía aprieta los labios y cierra los ojos un instante. El recuerdo de Clara en el MNAC reaparece con fuerza: su traje oscuro, delineando las curvas perfectas sobre su figura, el carmín de sus labios, la firmeza con la que hablaba a otros invitados, esa seguridad aplastante que la hacía parecer intocable. Y, sin embargo, bajo esa máscara, Lucía creyó adivinar un destello de dolor cuando sus miradas se encontraron. O tal vez fue solo un espejismo, el deseo desesperado de encontrar un resquicio en un muro que ella misma ayudó a levantar.

—No entiendes que… —responde con un hilo de voz—. No te puedes olvidar de alguien con tanta facilidad cuando te ha marcado de verdad.

Teresa suelta un bufido y vuelve a ponerse en movimiento, recogiendo tazas vacías de las mesas más cercanas. Por ahora —diez minutos tal vez— el bar sigue casi vacío.

—Claro que no lo entiendo. Porque no hay nada que entender. Una decisión es una decisión, Lucía. Y cuando alguien te da la espalda de esa manera, como ella lo hizo, solo porque no la antepusiste a sus sueños, lo único inteligente es seguir caminando en dirección contraria.

Lucía siente cómo un horrible calor se le acumula en el pecho, como si necesitara defenderse, aunque en realidad no tiene argumentos, es imposible después de lo que ocurrió. Y, aun así, la necesidad de justificar lo inexplicable la impulsa a hablar.

—En aquel momento pensaba que hacía lo correcto, pero ahora… ya no estoy tan segura —susurra, más para sí misma que para su madre.

Teresa se detiene, gira lentamente y la mira con la boca abierta, como si ahora se sintiera traicionada por su propia hija.

—Da igual lo que digas —concluye su madre, sacudiendo la cabeza—. Lo que está claro es que tienes un negocio que mantener, en plena alza como ya has dicho, y no puedes permitirte distraerte con fantasmas. Clara ya no forma parte de tu vida.

Lucía asiente, aunque en su interior todo grita lo contrario. Porque esa mujer sigue ahí, en cada rincón de su memoria, en cada gesto inconsciente que la devuelve a las tardes en las que soñaban con abrir juntas una bodega, con recorrer el mundo de la mano y no separarse nunca.

El tintinear de la campanilla de la puerta interrumpe la conversación. Una pareja joven entra y toma asiento junto a la ventana. Lucía aprovecha la excusa para marcharse hacia la barra y prepararles dos cafés, agradecida por ese pequeño respiro. Mientras llena las tazas, se sorprende notando que sus manos tiemblan.

La traición fue suya, sí. Fue ella quien rompió el pacto, quien escogió un camino diferente. Y, aun así, lo que más le duele es la certeza de que, para Clara, ya no existe nada entre ellas. Ni rencor que sirva de puente, ni ternura escondida en algún rincón por los recuerdos que compartieron. Solo una puta y cruel indiferencia.

Cuando entrega los cafés y regresa a la barra, su madre ya ha recogido la bolsa del mercado y se dispone a marcharse. Antes de abrir la puerta, se gira y la mira de frente.

—Hazme caso, Lucía. No vuelvas a acercarte a ella.

Lucía le mantiene la mirada, pero no se ve capaz de decir nada. La puerta se cierra con un golpe suave y el silencio vuelve a apoderarse del bar. Apoya las manos sobre la barra y deja que la respiración se le regule por sí misma. Por más que su madre insista, por más que la razón le grite que debe olvidarse del asunto, sabe que no puede.

La imagen de Clara sigue anclada en su mente. Su voz, sus ojos, su silencio. Y aunque todo indique que es un camino sin retorno, lo único que Lucía siente con absoluta claridad es que ese muro no es tan fuerte cómo ha pretendido creer durante los últimos años.

Es un peso que se lleva consigo después de la jornada, y ahora camina en silencio, con el bullicio de la plaza de la Virreina filtrándose como un rumor constante entre los árboles. Los niños corretean alrededor de la fuente central, las terrazas se llenan poco a poco de vecinos que buscan una pausa en la tarde, y el olor de café recién molido se mezcla con el dulce de las horchatas que sirven en la esquina. Lucía se sienta en una de las mesas exteriores, con una copa de vino blanco que apenas ha probado. Tiene los dedos entrelazados sobre el cristal frío, como si necesitara aferrarse a algo tangible para que la realidad no se le escape.

—Qué sombría te ves —comenta Carmen después de saludar, dejando su bolso sobre la silla que tiene al lado y sentándose frente a ella.

Lucía sonríe apenas, sin ganas. A pesar de que se ven a diario en el trabajo, es fuera del bar donde puede sentirse en su elemento.

—No tengo mucho que decir.

Su amiga la observa con detenimiento, como si buscara en sus gestos las palabras que le rondan por la cabeza. Carmen siempre ha tenido esa capacidad, leerle la mente hasta destripar su último pensamiento.

—Me han dicho que anoche la viste —le suelta sin rodeos—. Y que la cosa no acabó muy bien.

Lucía baja la mirada hacia el vino, evitando el escrutinio de quien es su mejor amiga. El reflejo en movimiento le devuelve una imagen deformada de su propio rostro, y por un instante se siente igual que esa

superficie: rota, distorsionada, incapaz de mostrar la claridad de lo que hay en su interior.

—Sí —admite, alargando la palabra en un suspiro—. Podría decirse que fue un desastre, sí.

Carmen apoya los codos en la mesa y entrelaza las manos.

—¿Esperabas otra cosa?

Lucía se muerde el labio inferior antes de responder. No sabe qué palabras usar para describirlo sin que las palabras se queden a medio camino.

—Al menos un encuentro que no fuera tan… así —reconoce, y se da cuenta de cómo ha caído en el error—. No como si nunca hubiéramos compartido nada. —Se detiene y traga saliva—. Me miró como si yo fuera… invisible.

El gesto de Carmen se suaviza.

—¿De verdad te sorprende? —pregunta con tono sereno, pero sin añadir crueldad al momento.

Lucía niega. No, no le sorprende. Lo esperaba, incluso lo temía. Pero incluso preparándose para ello, no pudo evitar que le doliera en lo más profundo de su ser. El gesto de Clara al verla, su frialdad, esa mirada distante que la atravesó como si quisiera convertirla en polvo y nada más… cada detalle se clavó dentro de ella como un veneno que ahora se le esparce sin remedio con cada bocanada de aire.

—Ha pasado mucho tiempo, Lucía. Demasiado. Y Clara… — Carmen suspira, apartando por un momento la vista hacia los árboles que proyectan su sombra sobre la plaza—. Clara ya no es la misma.

Las palabras resuenan en el pecho de Lucía profundizando un dolor que a veces se acentúa nada más despertar. No es la primera vez que lo escucha; ya otras personas se lo han insinuado en distintos momentos, aunque ninguna con la claridad con la que lo pronuncia su amiga ahora.

Lucía aprieta los dedos contra la copa, que se desliza un poco bajo el tacto de su piel.

—¿A qué te refieres exactamente? —pregunta con esfuerzo, como si cada palabra arrastrara consigo el miedo de escuchar la respuesta.

Carmen la observa un instante antes de hablar. Es una mirada cargada de cautela, de esa prudencia que se reserva solo para quienes se quiere de verdad.

—A que la vida la ha endurecido. Se ha vuelto calculadora, meticulosa hasta la obsesión. Siempre parece tenerlo todo bajo control, pero… —Hace una pausa y vuelve a fijar la vista en Lucía, como si quisiera asegurarse de que va a soportar lo que vendrá a continuación —. Es fría, distante. Ya no permite que nadie cruce esa barrera que se ha construido alrededor. Como si delante de ti tuvieras un robot.

Lucía siente que una presión invisible se instala en su pecho. Por un momento cree que le falta el aire. Cierra los ojos, como si así pudiera recuperar la imagen de la Clara que conoció, la que reía con los ojos iluminados al escuchar una canción en mitad de la madrugada, la que improvisaba planes disparatados y le prometía que juntas podían conquistar cualquier obstáculo. Esa Clara que se emocionaba con lo más sencillo y cuya pasión ardía sin medida.

Pero lo que Carmen describe es un fantasma irreconocible de lo que fue. Una mujer blindada, inaccesible, distinta.

—Y… —Carraspea para intentar recomponerse—, está claro que se volvió así después de lo que yo le hice. Claro.

Carmen no contesta de inmediato. Entre ambas se abre un silencio que se llena de dudas, apenas roto por las conversaciones de las mesas vecinas y el tintinear de las cucharillas contra las tazas. Finalmente, su amiga inclina un poco la cabeza, busca su mano para regalarle una caricia, e intenta sonreír.

—No puedes culparte de todo lo que le ocurrió tras vuestra ruptura. Pero sí… lo vuestro marcó un antes y un después en su vida. Tú sabes bien lo que significabas para ella. Igual que los sueños que teníais juntas.

Lucía se pasa una mano por el rostro, como si quisiera borrar los últimos años con un simple gesto. Recuerda aquella noche, la última vez

que la tuvo delante. Recuerda sus propias palabras, frías y torpes, incapaces de explicar lo que pasaba por su mente. Y recuerda la expresión de Clara, incrédula, herida, con las lágrimas detenidas en el filo de unos ojos que se negaban a parpadear, como si contuviera el tiempo para darle a ella la oportunidad de retractarse. Pero no lo hizo.

—La destrocé —murmura, y el corazón se le rompe un poquito más.

Carmen le aprieta la mano con suavidad. Es amiga de las dos y a veces siente que está en mitad de una enorme batalla, pero no ha dejado de mostrarles el apoyo que necesitan.

—No ganamos nada repitiendo lo que ya sabes. Sí, la heriste. Y mucho. Pero tú también tenías miedo, querías salvar el bar. Nadie nos enseña cómo gestionar esas cosas.

Lucía traga saliva, con el nudo en su garganta ardiendo.

—Eso no es excusa. Le di la espalda cuando más me necesitaba. ¿Cómo pretendo ahora que me perdone? ¿Qué me mire a la cara siquiera?

—Quizá no lo haga. Quizá nunca lo haga. Pero… ¿y si en algún momento sí que pasa? ¿Y si todavía queda un resquicio en ella que espera escuchar lo que nunca le dijiste?

Las palabras de Carmen hacen que un escalofrío le recorra la piel. Porque, aunque su instinto le dice que Clara no volverá a abrirle la puerta, hay una parte de ella que ansía creerlo. Una parte que, pese al paso de los años, sigue alimentándose de la esperanza de que algún día puedan mirarse sin rencor.

—Mi madre dice que lo mejor que puedo hacer es olvidarla. Que lo pasado, pasado está. —Lucía clava la mirada en el vino que ya casi no queda en la copa.

—Pero tú no puedes dejarla en el pasado —replica Carmen con suavidad—. Si fuera así, no te dolería tanto. La verdad es que no entiendo por qué no dejaste que fuera tu primo a la maldita cata. Te habrías quitado dolores de cabeza.

Lucía levanta la cabeza, sorprendida por la certeza de esa afirmación. Sus ojos se encuentran con los de Carmen y siente que, por primera vez en mucho tiempo, alguien le está tendiendo un espejo en el que no puede dejar de mirarse.

—Cuando la vi… —empieza a decir, pero se interrumpe, como si todavía le costara reconocerlo—. Cuando la vi, sentí el miedo, la culpa… pero también esa necesidad absurda de hablarle, de hacerle entender que… que nunca he llegado a olvidarla del todo.

El murmullo de la plaza parece desvanecerse, como si la conversación las aislara del resto del mundo.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? —le pregunta. Y Lucía se encoge de hombros, impotente—. Porque el mundo de la restauración ha cambiado, y no va a ser la primera vez que coincidáis.

—No tengo idea. Parte de mí quiere acercarse, explicarle todo lo que pasó, aunque sé que puede ser demasiado tarde. Pero la otra parte… —Hace una pausa, consciente de que le tiembla la voz—, la otra parte me dice que, si me rechaza otra vez, me va a destrozar, y muchísimo más de lo que ya estoy. Odio esa indiferencia por su parte.

Carmen aprieta su mano una vez más y le sonríe antes de apoyar la espalda en el respaldo de su silla. Bebe un poco de vino y contempla el movimiento que hay a su alrededor.

—El dolor ya lo tienes. Lo llevas cargando desde hace años. La diferencia es que, si hablas con ella, tal vez tengas una oportunidad de liberarte y por fin, mirar hacia delante.

Lucía la mira con un nudo en la garganta. Las campanas de la iglesia cercana marcan las horas, recordándole que el tiempo sigue avanzando, aunque ella se haya quedado estancada en aquel día de su ruptura. Mira la copa vacía, como si el fondo transparente pudiera mostrarle un futuro que todavía no sabe si tendrá valor de perseguir. Ojalá pudiera leerlo con la facilidad que las horas cambian en un reloj.

—Supongo que tendré que intentarlo —dice, aunque ahora no tenga idea de cómo hacerlo.

CAPÍTULO 3

La tarde se va apagando lentamente en Barcelona, y desde los ventanales modernistas del salón privado donde se celebra la cata, Clara observa cómo el sol se filtra por los vidrios emplomados, tiñendo la sala de reflejos dorados que hacen brillar las copas alineadas con precisión sobre la mesa. El ambiente es solemne, impregnado de ese murmullo constante de conversaciones entre proveedores y distribuidores, acompañado por el tintinear de cristales al chocar en brindis discretos. Clara Echevarría lleva horas en ese espacio, con el cuerpo vestido con la misma corrección con la que dirige su empresa, y aunque por fuera parece calmada, por dentro no deja de sentir un latido irregular, una tensión sorda que la mantiene alerta desde hace días.

Se encuentra conversando con un proveedor de la Toscana, un hombre de sonrisa franca que elogia la manera en que ella ha sabido posicionar su bodega en el mercado internacional. Clara agradece con una inclinación de cabeza, educada y cordial, consciente de cada palabra que dice y de cómo debe sonar: firme, convincente, impecable. La mujer que él ve es la misma que todos conocen, una empresaria sólida, intocable, capaz de convertir cualquier trato en una ventaja. Pero detrás de esa máscara perfecta, Clara siente un vacío que ha regresado con fuerza, desde aquel maldito reencuentro con Lucía en el MNAC.

El recuerdo la asalta cuando menos lo espera, con ese maldito brillo acerado en los ojos verdes de Lucía, la forma en que evitó prolongar una palabra más de lo necesario, la distancia que impuso entre ambas como si fueran dos desconocidas, porque sintió que era mejor así. Clara se repite que era lo que debía hacer, que no puede dolerle algo que hace años está muerto. Y, sin embargo, sí que lo hace. Duele como una espina que no has conseguido sacarte de la piel.

—Interesante estrategia la tuya —interrumpe una voz femenina, impregnada de ironía.

Clara se gira despacio y encuentra a Victoria a escasos metros, sonriendo con esa seguridad soberbia que siempre la ha caracterizado. Su vestido, de un rojo que parece calculado para acaparar miradas, contrasta con la sobriedad de su propio traje oscuro. Clara no necesita invitarla a unirse; Victoria Martín lo hace por sí sola, acercándose demasiado, depositando su copa sobre la mesa como si cualquier rincón de ese espacio le perteneciera.

—Victoria —dice Clara en tono neutro, ese que emplea cuando quiere mantener a raya a alguien sin mostrar un ápice de debilidad.

—No quería interrumpirte, pero he escuchado algo que quizá te interese —responde Victoria, ladeando la cabeza con un gesto casi felino, y los ojos brillando de malicia—. Parece que tu querida amiga… esa tal Lucía… se ha movido rápido después de la cata del MNAC.

Clara no parpadea, aunque siente un nudo formarse en el estómago que poco a poco estruja cada uno de sus órganos.

El asunto le da mala espina.

—¿A qué te refieres? —pregunta con voz serena, aunque por dentro un recuerdo punzante empieza a latir con fuerza. Lucía levantando la copa aquella noche, los labios rojos humedecidos por el vino, la tensión insoportable que llenó el aire entre ellas.

Victoria deja escapar una risa extremadamente calculada, que se mezcla con el murmullo de la sala.

—Oh, nada dramático… simplemente he oído que han salido a la venta lotes idénticos a los tuyos, aunque de productos más artesanos. Un nuevo vinicultor. Ese bar de tapas se está haciendo un nombre con la venta de vinos. ¿No es curioso? Tú mueves los hilos de medio sector y ella, desde un rinconcito de Gràcia, empieza a robarte clientela.

El proveedor italiano sonríe incómodo, murmurando una excusa para alejarse, consciente de que la conversación se ha vuelto demasiado personal. Clara lo deja marchar con un gesto educado, sin apartar la mirada de Victoria.

Dentro de ella, la furia empieza a abrirse paso. No tanto por lo que Victoria dice —porque todavía no sabe si es cierto—, sino porque esa sola insinuación tiene el poder de arrastrarla al pasado, a esa herida que jamás terminó de cicatrizar. Lucía traicionándola, eligiendo algo distinto a los planes que tenían, alejándose sin mirar atrás. Y ahora, de nuevo, como si utilizarla fuese lo único que sabe hacer.

—No me interesa hablar de rumores —responde Clara con frialdad—. Y menos contigo.

Victoria sonríe más, como quien ha conseguido exactamente lo que buscaba: encender la chispa de la duda.

—Lo sé, lo sé… pero me parece fascinante que la mujer que siempre ha presumido de no dejar cabos sueltos, de controlar cada movimiento de su emporio, pueda ser desestabilizada por alguien como ella. No cambias, Clara. Sigues dejándote afectar por los mismos fantasmas.

Las palabras se clavan dentro de ella con una precisión que le da náuseas, y aunque Clara mantiene la compostura —espalda erguida, rostro impasible, manos entrelazadas—, por dentro siente un golpe seco en el pecho. Esas palabras la hieren porque son verdad, Lucía sigue siendo un fantasma al que no sabe cómo enterrar.

—Que disfrutes de la velada, Victoria —espeta al fin, cortando el intercambio con un movimiento elegante de su muñeca al tomar otra copa que ofrece uno de los camareros—. Yo tengo mejores cosas en las que ocuparme.

Victoria recoge otra para ella, inclinándose apenas.

—Claro que sí. Siento haberte amargado la cata. —Su sonrisa es un triunfo disfrazado de cordialidad, y se despide con una inclinación de cabeza antes de perderse entre los invitados.

Clara respira hondo, dejando que el aire se deslice con lentitud por sus pulmones. El vino de su copa ya no le sabe a nada; se ha vuelto áspero, metálico, como si la misma conversación lo hubiese contaminado. Aguanta hasta que la cata concluye, intercambiando frases cortas con otros asistentes, sonriendo sin que el gesto llegue a aparecer del todo. Cómo le gustaría tener a Álvaro esa noche.

O echar un buen polvo que le hiciera olvidarse de todo.

Cuando finalmente se despide de los invitados, abandona el salón con pasos firmes y sus tacones resonando contra el mármol del pasillo como un martillo que marca el ritmo de su propia rabia. Afuera, la noche de Barcelona la recibe con su bullicio inconfundible: coches que cruzan la avenida iluminada, conversaciones que se escapan de las terrazas, un aire húmedo que trae consigo la mezcla de aromas de los diferentes restaurantes y casas.

Sube a su coche con un gesto mecánico, como si cada movimiento fuese parte de un guion aprendido a la perfección. Cierra la puerta, el motor ruge y aprieta las manos alrededor del volante. Conduce por el Eixample sin un rumbo claro al principio, pero con cada semáforo, con cada calle que deja atrás, la dirección se dibuja sola en su mente.

No importa si Victoria exageraba o no, si eran rumores o verdades a medias. Lo único que importa es que el nombre de Lucía vuelve a cruzarse con el suyo, que de nuevo siente la punzada de la traición y la rabia latiendo en el mismo sitio que hace años. Y Clara no va a permitirlo.

Las luces de la ciudad se reflejan en el parabrisas mientras acelera hacia Gràcia, el barrio que tantas veces evitó por no enfrentarse al recuerdo, y que ahora se convierte en destino inevitable. Sabe que el bar todavía está abierto, y no piensa perder la oportunidad de dejarle las cosas claras.

El reloj del coche marca las once menos diez cuando Clara aparca en una calle estrecha de Gràcia. Antes de arrancar se ha asegurado de que Victoria no estaba jugando con fuego porque sí, y lo ha visto con sus propios ojos… pequeños detalles que le recuerdan a su mundo.

El barrio respira un ambiente distinto al del Eixample, aquí las luces parecen más cálidas, más cercanas al suelo, como si iluminaran no solo las fachadas sino también las conversaciones que se escapan de las terrazas todavía abiertas. El aire está impregnado de especias, de pan tostado, de vino compartido en mesas de madera, y ese conjunto de

aromas despierta en ella recuerdos que preferiría haber enterrado para siempre.

Camina con paso decidido hasta la esquina donde se levanta el bar de tapas y vinos de Lucía y su madre. Desde fuera, el local muestra una fachada sencilla, apenas decorada con unas letras metálicas sobre la puerta y un toldo color burdeos que parece ajado por el sol y el paso del tiempo, pero que guarda un simbolismo acorde al local. A través de los ventanales, Clara distingue las últimas mesas ocupadas, hay un par de parejas apurando copas de tinto, un grupo de amigos riendo mientras comparten una tabla de quesos. El ambiente tiene algo de íntimo, acogedor, como si la vida se despojara aquí de lo demás, y Clara se sorprende a sí misma pensando que aquel rincón guarda mucho más de Lucía de lo que se debería permitir recordar.

Empuja la puerta con determinación. Un leve tintineo de campanillas anuncia su entrada, y varias miradas se giran hacia ella, aunque solo se detienen un instante antes de regresar a sus conversaciones. El murmullo se mezcla con la música suave que suena desde un altavoz oculto, un viejo bolero, reconoce, pero en el que prefiere no pensar. Sabe que Carmen estará en cocinas, y aunque nunca le ha reprochado que trabaje con Lucía, tampoco le resulta algo cómodo.

Echa un vistazo a su alrededor, pero no hay rastro de Lucía tras la barra ni en el salón. Quien emerge desde la cocina, limpiándose las manos con un paño, es una mujer de pelo recogido en un moño estricto y rostro endurecido por los años. Isabel. La madre de Lucía. Clara siente un nudo en la garganta al reconocerla, porque aquella mirada —la misma de siempre— la atraviesa con un rechazo tan evidente que no necesita palabras para hacerlo ver.

—Clara —dice Isabel con un tono que combina sorpresa con desdén—. Vaya visita más… inesperada.

—Buenas noches —responde Clara, erguida, dejando que su voz suene firme, aunque en el fondo un temblor casi imperceptible recorra sus entrañas—. ¿Está Lucía?

La pregunta flota en el aire, y por un instante parece que el murmullo de los clientes se atenúe, como si todo el mundo esperase esa respuesta y estuviera pendiente de ella. Isabel se acerca lentamente, plantándose frente a ella con los brazos cruzados.

—Lucía ya se ha marchado. Tiene otras responsabilidades que atender con su primo. —La dureza de sus palabras cae como un golpe seco.

Clara aprieta los labios, obligándose a no reaccionar de inmediato. Respira hondo y se mantiene firme.

—Entonces hablaré contigo. No pienso marcharme de aquí como si nada.

Isabel deja escapar una risa breve, carente de humor, y sacude la cabeza con gesto de incredulidad.

—Siempre igual. Terca, arrogante… creyéndote con derecho a irrumpir en nuestra vida cuando te conviene. —Sus ojos, oscuros y acusadores, se clavan en ella—. Te lo diré claro, nunca aprobé lo que hubo entre tú y mi hija. Jamás. Fue una etapa vergonzosa que preferiría olvidar.

El corazón de Clara late con fuerza, pero por mucho que una parte de ella quiera seguir huyendo, no lo hace. De hecho, echa un vistazo a su alrededor, a las partes del bar que han cambiado y que ahora tienen más el estilo de una bodega.

Siente la sangre arder en las mejillas, el orgullo empujando contra la herida que esas palabras abren de nuevo.

—Lo que hubo entre Lucía y yo no fue ninguna vergüenza —contesta, midiendo cada sílaba—. Y lo sabes, aunque nunca quieras admitirlo. Como tampoco fue asunto tuyo.

Isabel la observa con frialdad, en una batalla digna de dos titanes.

—Lo único que sé es que la arrastraste a un camino que no le correspondía. Y cuando esa historia terminó, tuve que recomponerla. Tú siempre has destruido lo que tocas, Clara. Con tus sueños sin sentido y esos pájaros en la cabeza que le metías una y otra vez.

La acusación la atraviesa como un cuchillo. Se repite que no ha venido aquí a hablar del pasado, pero las palabras de Isabel son demasiado afiladas para ignorarlas. Siente cómo el resentimiento que arrastra desde hace años se enciende con más fuerza, y esa rabia necesita un cauce por el que tomar el control.

—No he venido a que me culpes de tus fantasmas —responde, con el tono cargado de una frialdad casi cortante—. Estoy aquí porque no voy a permitir que Lucía, tú o este negocio, os aprovechéis de mis ideas ni de mis contactos para abriros camino.

El rostro de Isabel se tensa, y sus labios dibujan una línea dura.

—¿Ideas? ¿Contactos? —repite con sorna—. Siempre tan convencida de que todo lo que toca mi hija viene de ti, como si ella no pudiera construir nada por sí misma.

—No lo digo yo, Isabel. —Clara avanza un paso, bajando la voz, consciente de que los últimos clientes empiezan a recoger sus cosas y que la tensión entre ellas se vuelve demasiado evidente—. Lo dijo ella misma hace años, que lo nuestro no le servía para nada, que los planes que compartimos eran una pérdida de tiempo. Y ahora, curiosamente, esos mismos planes aparecen aquí, disfrazados de novedad.

El silencio que sigue es duro y pesado, cargado de tensión y odio. Clara percibe el crujido de una silla al ser arrastrada, la puerta al fondo cerrándose tras la salida de la última pareja. Isabel la observa con un brillo helado en los ojos, y durante un instante parece que va a contestar. Pero finalmente se limita a girarse, caminar hacia la barra y dejar el paño sobre la madera con un golpe seco.

—Ya has dicho lo que querías —declara, con un tono que no admite réplica—. Ahora lárgate.

Clara siente que cada músculo de su cuerpo tiembla de indignación. La rabia se mezcla con un dolor más profundo, uno que nace no de las palabras de Isabel, sino de la certeza de que todo lo que alguna vez significó algo entre ella y Lucía es reducido ahora a acusaciones, a desprecios, a esta sensación insoportable de haber sido utilizada.

Se da la vuelta con la barbilla bien alta, negándose a regalarle a Isabel la satisfacción de verla derrumbarse en ese instante. Pero cuando cruza la puerta y el aire fresco de la noche la envuelve, la máscara se resquebraja. Avanza unos pasos hasta el coche, y al abrir la puerta las lágrimas que había contenido empiezan a resbalarle por las mejillas, calientes, furiosas, como si la ciudad entera pudiera ver el desgarro que lleva dentro.

Se sienta al volante, deja caer las manos sobre el cuero frío, y por primera vez en mucho tiempo no se siente dueña de sí misma. Conduce de regreso a casa sin recordar las calles que toma, como si su cuerpo funcionara en automático mientras la mente se queda atrapada en el bar, en la mirada gélida de Isabel, en el fantasma de Lucía que parece empeñado en regresar a su vida una y otra vez, con más fuerza de la que puede soportar.

Y mientras las lágrimas siguen cayendo, Clara se repite que no le importa, que ya no le importa nada. Pero en el fondo, en ese rincón de sí misma que jamás logra acallar, tiene muy claro que es completamente mentira.

—Necesito olvidarme de ella de una vez por todas.

CAPÍTULO 4

La luz de la mañana entra por la barandilla del balcón, dibujando franjas doradas sobre el suelo de mosaico. El aire todavía guarda un frescor suave, con el perfume de las buganvillas que trepan por la pared del edificio vecino y el murmullo lejano de la ciudad desperezándose. Lucía se sienta en una de las sillas de hierro forjado, frente a la pequeña mesa circular que apenas tiene espacio para el café humeante, una jarra con zumo de naranja recién exprimido y un cuenco de fresas. El balcón es diminuto, sí, pero está poblado de macetas de barro que ella misma cuida con esmero: albahaca, romero, geranios de pétalos intensos… Un pequeño rincón en el que siempre se zambulle para pensar.

Da un sorbo lento al café, intentando que el amargor fuerte la despierte del todo. Sin embargo, no consigue dar calma a sus pensamientos. Una y otra vez vuelve a la misma imagen, a los ojos de Clara clavándose en ella la noche de la cata en el MNAC. Esa mirada helada, capaz de contener todo el rencor de los años, aún la oprime por dentro. Era como si el pasado se hubiera reducido a un único recuerdo, a la traición que tuvo lugar antes de su despedida.

Lucía aprieta los labios, aparta el cuenco de fresas como si de pronto le doliera mirarlo y deja la taza a medio vaciar. Una desazón creciente le sacude el pecho, y necesita movimiento para expulsarla. Se levanta, recoge el plato con brusquedad y lo deja en el fregadero antes de salir del apartamento casi sin mirar el reloj. Prefiere llegar temprano al bar, volcarse en las tareas, en las llamadas pendientes, en la reunión con su proveedor más importante. Trabajar siempre ha sido la forma más eficaz de engañar a la memoria.

El camino hasta el bar se le hace corto, y cuando atraviesa las calles estrechas de Gràcia, con sus fachadas pintadas y sus balcones repletos de ropa tendida, Lucía Salgado siente que se sumerge en un pulso distinto, uno donde cada rincón guarda la promesa de un cliente

nuevo, de una historia compartida entre platos. Empuja la puerta del local y se encuentra con el aroma conocido del vino, el pan recién horneado, y las especias que Carmen ya habrá comenzado a preparar en la cocina.

Isabel está detrás de la barra, revisando cuentas con el ceño fruncido. Al verla entrar, levanta apenas la vista.

—Ya era hora —dice, con un tono que no es de reproche, pero que siempre suena cargado de impaciencia.

—Buenos días, mamá. —Lucía deja el bolso bajo la barra, observa a su madre unos segundos y frunce el ceño—. ¿Estás bien? Tienes un gesto… distinto.

Isabel sacude la mano como quien aparta un mosquito molesto.

—Estoy bien. No tengo tiempo para tonterías, Lucía. Tenemos muchísimas reservas y aún falta organizar la bodega y los últimos pedidos. Será mejor que nos demos prisa.

La respuesta la descoloca. Hay algo en la voz de su madre, un matiz más seco de lo habitual que le hace preguntarse si habrá pasado algo, pero Isabel no ofrece explicaciones. Lucía intuye que oculta algo, aunque no sabe qué. Decide no insistir; discutir a primera hora es inútil. Se limita a asentir y ponerse manos a la obra.

La mañana avanza con la vorágine habitual de la temporada alta, con muchos pedidos que revisar, clientes que llaman para reservar una mesa, cajas que llegan de los diferentes proveedores. El local vibra con esa energía propia de un lugar que ya tiene un nombre, donde cada jornada parece un nuevo peldaño que escalar hacia arriba.

En el descanso del mediodía, Lucía se sienta con Carmen en una de las mesas del fondo, cuando ya el salón se ha vaciado de clientes. Carmen se ha quitado la chaqueta de cocina, pero aún tiene harina en las manos, y sonríe al ver cómo Lucía juguetea con el vaso de agua en lugar de beberlo.

—Llevas una cara… que como para decirte algo —dice Carmen, arqueando las cejas—. ¿Qué te pasa?

Lucía suspira, hunde los dedos en el pelo y se lo recoge con una coleta improvisada. Mira a su amiga, esa mirada que la empuja a enfrentarse a sus demonios más internos.

—No puedo más. —La confesión sale en un murmullo, casi ahogado—. Llevo años guardando esto, y sé que he sido una cobarde por no decirte nada. Sobre todo, el otro día, cuando me hablaste de cómo Clara ha cambiado.

Carmen se endereza, apoyando los codos sobre la mesa. Está segura de que ella no le habrá contado nada nunca. Porque si hay algo que Clara Echevarría lleva a la perfección, es la discreción.

—¿De qué hablas?

Lucía traga saliva, siente un nudo en la garganta que apenas le deja respirar. El silencio cae con pesadez entre ambas. Solo se oye el ruido lejano de cubiertos en la cocina y la música suave de un altavoz olvidado. Carmen no dice nada, espera, y esa espera se vuelve punzante, casi insoportable.

—Mi madre me presionó —continúa Lucía, bajando la voz por si acaso a su madre se le ocurriera aparecer—. Decía que, si no aseguraba el bar, iríamos a la ruina y que perderíamos la casa. La casa y el terreno de mi padre. Y entonces apareció aquel inversor, ofreciéndome lo que parecía la única salida. No fui capaz de resistirme. Me asocié con él a escondidas… y le vendí algunas de las ideas que Clara y yo habíamos construido juntas. Le pedí que nunca contactara con ella, que rechazara cualquier llamada por un tanto por ciento elevado.

Sus manos tiemblan sobre la mesa, y baja la mirada incapaz de sostener la de su amiga.

—¿Qué ideas? —pregunta Carmen, queriéndose asegurar de que no está soñando.

—Pues las de dar protagonismo a los pequeños productores, de crear algo auténtico desde la raíz… —Lucía aprieta los ojos un instante —. Las usé para convencer a aquel hombre de invertir en el bar. Y cuando Clara se enteró no me atreví a contarle la verdad. Por eso después tomó otro camino con su negocio.

El rostro de Carmen refleja sorpresa, tristeza y una pizca de indignación.

—¿Nunca se lo dijiste? ¿Ni una sola vez intentaste explicarle por qué lo hiciste?

—No. —Lucía mueve la cabeza con lentitud—. No tuve valor. La miraba y solo veía decepción, dolor… y no fui capaz de poner en palabras la presión que sentía. Mi madre, el futuro del bar, el miedo a perderlo todo. Creí que callando lo protegería, que así podría salvar algo. Pero al final lo único que hice fue perderla a ella.

El silencio vuelve. Carmen la observa un rato bien largo, mirando de vez en cuando a su espalda y con una expresión que mezcla compasión y una dureza inevitable. Finalmente, suspira y coloca una mano sobre la de Lucía.

—Llevas callada demasiado tiempo —le dice, mostrando una calma que ojalá ella pudiera tener—. Y Clara merece saber la verdad. Puede que no te perdone, pero al menos, podrá seguir adelante.

Lucía siente que las lágrimas se agolpan tras sus párpados, aunque se obliga a contenerlas. Respira hondo, como si quisiera llenarse de valor, aunque la voz aún le tiembla cuando responde:

—Lo sé. Pero no sé si puedo. No sé si seré capaz de enfrentarme a ella otra vez.

Carmen la aprieta suavemente la mano, sin añadir nada más. La única respuesta es el calor de su contacto, ese gesto silencioso que le recuerda que, aunque la verdad sea insoportable, no está completamente sola.

Después retira lentamente la mano de la de Lucía justo cuando se oye la puerta de la cocina abrirse. El sonido de los pasos firmes de Isabel resuena en el salón vacío. Su presencia se impone como una sombra que borra cualquier intimidad posible. La mujer se detiene un instante, barre con la mirada la mesa en la que están sentadas, y aunque no dice nada, Lucía reconoce esa rigidez en su gesto, ese silencio cargado que obliga a terminar de inmediato cualquier conversación que escape a su control.

—Ya está todo listo para el servicio de la tarde —anuncia Isabel con un tono neutro, casi impersonal, mientras arregla unos papeles en la barra.

Lucía y Carmen se intercambian una última mirada silenciosa, cargada de complicidad y de la promesa de una charla que terminarán más tarde. Carmen, con un gesto casi imperceptible, le aprieta el hombro y se levanta.

—Voy a revisar las tapas —comenta, retirándose hacia la cocina.

Lucía se queda sola en la mesa, obligándose a fingir normalidad. Respira hondo, recoge el vaso de agua sin haberlo tocado y vuelve a sumergirse en el torbellino del trabajo, como si las palabras que acababa de pronunciar se hubieran disuelto en el aire. Sin embargo, dentro de ella, nada permanece en calma. Cada pedido que atiende, cada indicación que da, cada bandeja que arregla, todo está atravesado por el eco de la verdad que ha confesado al fin, después de tanto tiempo.

La jornada se alarga más de lo esperado, como siempre ocurre en los días de temporada alta. Cuando finalmente baja la persiana metálica del local y despide al último camarero, Lucía siente el cansancio instalado en cada músculo. Su madre ya se ha marchado, y Carmen también, dejándola sola en el silencio del bar, como si quisiera recordarle que al final todo el peso del negocio recae sobre sus hombros.

Al salir a la calle, el aire nocturno la envuelve con un frescor húmedo. Camina despacio hacia casa, dejando que sus pasos se acompasen con los recuerdos que empiezan a aflorar sin que pueda detenerlos. No necesita esforzarse, porque basta con cerrar los ojos un instante para volver a aquella última noche, a ese momento donde se destruyeron cada uno de sus sueños.

Recuerda el piso que compartían, con las paredes desnudas llenas de planes escritos en papeles pegados con cinta adhesiva, esquemas de menús, contactos de bodegas pequeñas, mapas de productores locales. Todo aquello que, en su momento, representaba un futuro común. Clara estaba sentada en el sofá, con las manos tensas

sobre las rodillas, mirándola como si la reconociera y al mismo tiempo como si ya no supiera quién era.

—No lo entiendo, Lucía —había dicho entonces, con la voz rota, apenas un hilo que se resquebrajaba en cada palabra—. No entiendo cómo has podido hacerlo a mis espaldas. Todo lo que hablamos, todo lo que soñamos, lo has vendido como si no valiera nada. Como si yo no valiera nada.

Lucía la había escuchado de pie, incapaz de acercarse. Sentía un muro invisible entre las dos, un abismo abierto que ella misma había cavado. Y en lugar de explicarse, en lugar de desarmar con sinceridad la presión que llevaba por dentro, había optado por el silencio, por una defensa torpe.

—Necesitaba asegurar el bar —había murmurando entonces, sin fuerza, sin convicción—. De verdad que podemos pensar en otra cosa.

Pero Clara no había aceptado esa respuesta. Sus ojos, brillantes por las lágrimas que se negaba a dejar caer, lo dijeron todo. El gesto de incredulidad, de traición, de un amor que se resquebraja de golpe, fue el último que Lucía guardó en su memoria antes de verla levantarse, tomar su chaqueta y salir por la puerta sin mirar atrás.

El recuerdo la sacude con tanta intensidad que cuando llega a su edificio siente las piernas incluso débiles, como si hubiera recorrido un trayecto interminable. Sube las escaleras con lentitud, abre la puerta de su piso y se encuentra con el silencio familiar de su refugio. El salón está sumido en penumbras, iluminado apenas por las farolas que se cuelan desde la calle.

Deja el bolso sobre la silla, se quita los zapatos y se dirige de inmediato al balcón. La taza de café de la mañana sigue allí, olvidada, con un poso oscuro en el fondo y el borde marcado por sus labios. Es como si ese objeto se hubiera convertido en un símbolo de la conversación interrumpida consigo misma, de la prisa con la que salió intentando escapar de sus pensamientos.

Se sienta de nuevo en la misma silla, rodeada por las macetas que desprenden aún el perfume nocturno de la tierra húmeda. El murmullo lejano de las terrazas del barrio se mezcla con el canto

aislado de algún pájaro nocturno. Apoya los codos sobre la mesa, entrelaza las manos y deja que la respiración se vuelva más pausada.

«Basta de huir», se dice en silencio. Siente cómo esas palabras retumban en su interior con una claridad nueva. Puede que Carmen tenga razón. Puede que haya llegado el momento de contar la verdad. No para justificar lo injustificable, ni para esperar un perdón que tal vez nunca llegue, sino para dejar de vivir atrapada en esa mentira que la consume.

La imagen de Clara aparece de nuevo. La mirada que le lanzó en el MNAC, tan distinta a la de aquella última noche, y sin embargo cargada de la misma herida. La diferencia es que ahora Lucía sabe que no basta con lamentarse en silencio.

Mira la taza vacía y la aparta hacia un lado. Sabe que tendrá que verla, hablar con ella, aunque tiemble al pensar en la conversación. Aunque el rechazo vuelva a ser absoluto. Aunque Clara no quiera escucharla.

Lo que sí tiene claro es que no puede seguir ocultándose detrás del bar, ni de las decisiones de su madre, ni de la máscara de mujer fuerte que todo lo controla. Esa noche, bajo las luces temblorosas de la ciudad que nunca duerme, Lucía se promete a sí misma que buscará la ocasión de aclararlo todo.

Quizá ya sea demasiado tarde… o quizá no.

CAPÍTULO 5

El reloj de pared marca las doce del mediodía, aunque Clara no lo ha mirado en lo que lleva de mañana. Lleva horas encerrada en su despacho, rodeada de carpetas, informes y botellas alineadas en estantes que parecen observarla en silencio, como testigos mudos de su rutina obsesiva. La luz cálida de la lámpara del techo proyecta un círculo dorado sobre la mesa, dejando en penumbra el resto de la estancia, y en el aire, circula un aroma que mezcla la madera de los muebles con un vino abierto horas atrás, que ha servido de prueba para lo que vendrá en el futuro.

Camina de un lado a otro, con el móvil en la mano, revisando por enésima vez los correos que no le ofrecen solución alguna. Nada. Absolutamente nada que pueda darle una pista de lo que debe hacer. Necesita un vino. *Ese tipo* de vino. No uno parecido a lo común que hay en el mercado, sino uno en particular.

Un cliente extranjero de su nueva carpeta de clientes —y este es muy importante— ha sido claro; confía en la autenticidad de las bodegas artesanales, en la exclusividad de sus métodos, en el prestigio que otorgaría incluir en su catálogo un vino de esas características. Y, para su desgracia, Clara acaba de confirmar lo que tanto se temía, porque la única persona que puede interceder con ese productor en concreto es nada más y nada menos que Lucía.

Si la puta de Victoria lo supiera, estaría riéndose en su cara.

«Joder, esto debe ser una jodida broma del destino», piensa.

Se detiene frente al ventanal que ocupa la mitad de la pared del despacho y desde allí, contempla Barcelona extendiéndose bajo la cruda luz del día. las luces titilan como brasas diminutas en un bar abierto, y en la distancia se distingue la silueta inconfundible de la Sagrada Familia. Clara apoya la frente contra el cristal, frío y firme,

intentando calmar la presión que ya siente en las sienes y que le ha traído un intenso dolor de cabeza.

Tiene cojones que, después de lo que sabe, después de tantos años, no haya sido capaz de tener tratos con ese productor y que sea, precisamente Lucía, quien sí los tiene.

La idea de tener que llamarla le da incluso asco. Náuseas, un sentimiento de agobio que la deja sin respiración. Álvaro también se reiría en su cara. Y es que, después de lo ocurrido, de las palabras envenenadas que Victoria lanzó durante la última cata, después de la visita humillante al bar y la mirada de desprecio de Isabel, el simple hecho de pensar en pedirle un favor a Lucía se siente como un acto de debilidad intolerable. No Clara Echevarría no puede mostrarse así.

Sin embargo, como mujer de negocios que es, tiene muy claro que no hay opción. Su carrera, el proyecto en el que ha volcado cada minuto en los últimos años, depende de ello, del dinero de ese gran cliente.

—Esto es un infierno…

Cierra los ojos y, sin quererlo, la memoria la arrastra hacia una revisión íntima de su vida más reciente. Imágenes fragmentadas desfilan en su mente, llenas de cenas en restaurantes caros con hombres y mujeres cuyos nombres apenas recuerda al día siguiente, conversaciones triviales que terminan con un hotel de cinco estrellas y un amanecer vacío… El sexo sin complicaciones ha sido su manera de no pensar demasiado, de huir del silencio que aparece a su alrededor cuando se queda sola. Porque desde hace un tiempo, no deja que alguien atraviese esa barrera invisible que ha levantado en torno a sí misma. Ninguno se acerca lo suficiente como para tocar la herida que a veces, todavía le quema por dentro.

Lo único que se permite como respiro son las escapadas con Álvaro, quien no sabe cómo no la ha mandado a la mierda, y que siempre insiste en sacarla de su mundo de compromisos y agendas. También están las comidas familiares en el pueblo, claro, donde sus padres preparan guisos sencillos en la casita rodeada de huertos. Allí, entre la calidez de las paredes encaladas y el olor a romero y pan recién

hecho, Clara puede bajar la guardia durante unas horas. Pero incluso en esos momentos hay un rincón de su mente que sigue ocupado por la misma sombra que la acecha en sus noches.

Lucía. Lucía y Lucía.

Suspira, se aparta del ventanal y vuelve a recorrer el despacho como si el movimiento pudiera darle alguna respuesta. Sus tacones resuenan sobre el suelo de madera con un eco seco que subraya la soledad de la estancia. Se detiene frente a la mesa y acaricia distraídamente una de las carpetas, la abre, observa las cifras, los nombres, los contratos... Nada consigue apartarla del nudo que se forma en su estómago.

«¿De verdad voy a tener fuerzas para hacerlo?», se pregunta. El orgullo le grita que no. Que buscar a Lucía sería reconocer que todavía tiene poder sobre ella, que su vida no ha conseguido escapar por completo de aquella historia que debería estar enterrada. Pero la parte racional, la que se ha convertido en el motor de su existencia, le recuerda que los negocios no se sostienen con sentimientos, que a veces hay que tragar veneno para poder seguir adelante.

El teléfono vibra en su mano cuando recibe un nuevo mensaje, pero ni siquiera lo abre. Se sienta en su perfecta butaca de cuero, cruza las piernas, se echa hacia atrás y se queda mirando fijamente el aparato como si fuera su peor enemigo. Le parece increíble que, después de tantos años, todavía tenga su número guardado. Se había prometido borrarlo, un millón de veces, claro que sí, romper cualquier último vínculo que quedase de ella —como haber tirado su blusa favorita o roto sus cd's de Estopa, con ese mal gusto que siempre la ha caracterizado—, expulsarla de su vida como si nunca hubiera existido. Y, sin embargo, ahí está, en la memoria del móvil y en la suya propia, imposible de eliminar.

Se muerde el labio inferior. Y de golpe, recuerda la forma en la que Lucía la miró en el MNAC, con una mezcla de sorpresa y vulnerabilidad que tanto la desconcertó. Podría ser una perfecta mentirosa, lo tiene claro. Recuerda también la frialdad con la que ella misma se obligó a tratarla, como si no sintiera nada —todo el mundo sabe que la habría besado—, como si la mujer frente a ella no hubiera

sido la única persona capaz de derribar cada una de sus defensas. Y esa contradicción es la que más la tortura; saber que todavía hay algo, aunque se esfuerce por no admitirlo.

El despacho parece encogerse a su alrededor, Clara se tapa la cara con las manos, desliza los dedos por su pelo y exhala un largo suspiro, cargado de frustración.

—Es solo por trabajo —musita, temiendo que alguien abra la puerta y la llame loca de remate—. Nada más que trabajo.

Frustrada, se levanta otra vez, camina hacia el ventanal y vuelve hacia el escritorio, incapaz de encontrar quietud. Finalmente, como quien lanza al vacío una moneda para esperar el resultado a su favor, desbloquea el teléfono, abre la lista de contactos y desliza el dedo hasta detenerse en su nombre.

El corazón le late con fuerza, tan alto que casi puede escucharlo en el silencio del despacho. Durante unos segundos se limita a mirar la pantalla, con la respiración contenida, como si la mera posibilidad de marcar fuera una transgresión demasiado grande. La imagen del pasado regresa con nitidez, y ve a Lucía sonriendo entre copas de vino, Lucía manchándose las manos con harina mientras improvisaban pizza en aquel piso diminuto, Lucía tendida a su lado en las madrugadas en las que los sueños parecían posibles…

Aprieta el móvil en la mano, cierra los ojos un instante, y finalmente pulsa el botón. El sonido del tono comienza a vibrar en el aire, y Clara siente un vuelco en el estómago.

—Firme y contundente, no te traiciones ahora —se dice, y deja que el sonido llene el despacho.

CAPÍTULO 6

—Clara, ¿ha pasado algo?

La voz de Lucía atraviesa el auricular con una cadencia suave, como si intuyera que al otro lado no encontrará ningún tipo de respuesta que sea fácil. Clara aprieta el móvil contra la oreja mientras se pasea por el despacho iluminado por las luces del techo, y el corazón le late con una fuerza desmesurada. Por mucho que se esfuerce por mantener la compostura, sus dedos no dejan de tamborilear contra la madera del escritorio cada vez que detiene sus pasos, un tic nervioso que creía haber enterrado hace años, cuando aprendió a mostrarse implacable frente a cliente y rivales.

Inhala despacio antes de responder, modulando la voz para no sonar en pánico, aunque en el fondo solo escucha el eco de su propia rabia.

—No. No ha pasado nada. —La palabra «nada» se le escapa con sequedad, tan fría que ni siquiera parece su voz propia.

Al otro lado se prolonga el silencio. Clara se imagina a Lucía, quizás en las cocinas del bar, o en su terraza, con el pelo recogido de cualquier manera, los labios fruncidos por la preocupación, o tal vez caminando por los pasillos, alejándose de las miradas indiscretas. Se la imagina porque, aunque han pasado los años, sigue conociendo el ritmo de su respiración, la manera en que deja escapar un pequeño suspiro cuando algo la inquieta. Y ese silencio, ese hueco entre palabras, le confirma que Lucía siente algo parecido a un desasosiego que en apariencia no deja entrever.

Clara aprieta la mandíbula. No quiere dejarse arrastrar por imágenes que no le corresponden. Llama por un motivo en concreto, y debe ceñirse a ello.

—Pues yo te noto diferente. Tu tono no dice lo mismo —responde Lucía al cabo de unos segundos. Con una tranquilidad que lejos de calmarla, la irrita aún más.

Clara gira sobre sí misma, se aproxima al ventanal y apoya la frente contra el cristal caliente. Desde allí, observa la ciudad extendida bajo los rayos del sol y cómo los coches cruzan las avenidas como líneas fugaces. Se muerde el labio inferior hasta sentir un leve ardor, ese pequeño recordatorio físico de la tensión que la consume.

—Estoy como siempre, ya te lo he dicho —replica con frialdad, aunque el timbre de su voz la traiciona—. No empieces a imaginar cosas.

Se escucha el arrastrar de una silla.

—Mira, Clara… —empieza Lucía, como si hubiera reunido el valor para continuar con la conversación—. Si me has llamado, después de tanto tiempo y de cómo me trataste el otro día, tiene que ser por algo importante. Así que, me gustaría que, por una vez fueras directa conmigo.

Por una vez. ¿Lo está diciendo en serio?

Ese tono condescendiente la hace abrir la boca, sin poder creerlo. Clara aprieta el teléfono con tanta fuerza que siente cómo los nudillos le crujen. Por un instante quiere confesar lo que de verdad siente; la rabia, el dolor, todo lo que le contó Victoria y las imitaciones que vio con sus propios ojos. La humillación sufrida frente a Isabel, el peso de los recuerdos que no consigue arrancarse de la cabeza… Pero no puede, no *debe* hacerlo.

Cierra los ojos, inspira hondo y, al abrirlos, se obliga a hablar con más calma.

—Necesito hablar contigo en persona. Es importante.

—¿En persona? ¿Sobre qué?

—Sobre uno de tus proveedores —responde, clavando la mirada en la pared principal de su despacho, como si así pudiera atravesar la distancia que las separa—. Necesito acceder a él, y tú eres la única que puede abrirme esa puerta para obtener el producto de un vinicultor.

La reacción de Lucía se hace esperar unos segundos, un intervalo que a Clara le parece eterno. Después llega, como un suspiro:

—Clara, si me dices de qué se trata, quizás pueda…

—No. —La interrumpe sin darle margen, con una dureza que incluso a ella misma le resulta excesiva—. No soy de hablar de estas cosas por teléfono. Y lo sabes, es un asunto que tengo que discutir en persona.

Clara imagina a Lucía con el ceño fruncido, los labios apretados, intentando descifrar sus intenciones. Imagina, también, que al otro lado se fragua una batalla semejante a la suya; querer preguntar, querer acercarse, y a la vez respetar la barrera invisible que acaba de imponer.

—Está bien. Si crees que lo mejor es hablarlo en persona, lo haremos así.

Clara se detiene en seco. Durante un segundo, la tensión en su pecho se relaja mínimamente, como si hubiera recuperado el control de la situación.

—Bien —aclara, procurando que su tono no delate el alivio oculto bajo la máscara de frialdad—. Te llamaré mañana para concretar dónde y cuándo nos vemos.

Lucía parece querer añadir algo más, pero se contiene.

—De acuerdo —es lo único que añade.

Antes de que el momento se prolongue demasiado, corta la llamada. La pantalla del móvil se apaga y, en el reflejo del cristal del ventanal, Clara se ve a sí misma, con los labios apretados, el ceño fruncido y los ojos brillantes de una emoción que no tiene ni idea de si es provocado por la rabia, el miedo, o la nostalgia.

Se deja caer en la butaca de cuero, hunde la espalda en el respaldo y se tapa los ojos con una mano. El despacho se queda en silencio, salvo por el eco lejano de la ciudad. Sabe que ha abierto una puerta que no podrá cerrar con facilidad. Y lo que más la atormenta es la certeza de que, a pesar de todos sus intentos por mantenerse al margen, sigue siendo incapaz de borrar a Lucía de su vida.

—Mujer, ¿has visto un fantasma o qué?

La voz socarrona de Álvaro irrumpe en el despacho, rompiendo de golpe la tensión que todavía flota en el aire tras la llamada con Lucía. Clara levanta la cabeza bruscamente, como sorprendida en medio de un pensamiento demasiado íntimo, y observa a su amigo apoyado en el marco de la puerta, con ese gesto de despreocupación que le caracteriza. Lleva el abrigo desabrochado, la bufanda colgando alrededor del cuello y una sonrisa torcida que no deja lugar a dudas; la ha pillado con las manos en la masa.

—Ojalá lo fuera, pero no —responde Clara con sequedad, intentando recuperar la compostura—. He tenido que contactar a Lucía por un proveedor.

Álvaro arquea las cejas con exageración, se adentra en el despacho y se deja caer en una de las butacas frente al escritorio. Cruza las piernas con naturalidad y empieza a juguetear con el reloj de su muñeca, dándole cuerda con disimulo, como si lo que acaba de decirle Clara, no fuera gran cosa.

Más bien, todo lo contrario.

—Lucía… —repite, alargando las sílabas con teatralidad—. Eso sí que no me lo esperaba. ¿De verdad es necesario?

Clara suspira con pesadez, se pasa el dorso de la mano por la frente y tamborilea los dedos sobre el escritorio.

—Ese proveedor solo trabaja en Barcelona con ella —responde, con un tono que oscila entre la rabia y la resignación—. Y, para colmo, es el único que puede cerrar el trato que necesito. No puedo hacer otra cosa.

Álvaro no tarda en soltar una carcajada que choca contra las paredes del despacho. Se inclina hacia delante, apoya los codos en las rodillas y sacude la cabeza mientras ríe, como si aquello fuera la ironía más deliciosa del universo.

—Va a resultar que tu enemiga será tu salvación —dice, aún riendo, y en sus ojos brilla un destello travieso.

Clara lo fulmina con la mirada, pero aunque le duela admitirlo, no puede más que aceptar su derrota.

—No lo digas así —murmura, con tono de súplica. Es estúpido e injusto lo débil que se siente—. No entiendes lo que significa.

—Claro que lo entiendo —replica él, con una sonrisa maliciosa —. Significa que llevas años odiándola, alimentando ese rencor como si fuera gasolina, y ahora la vida te obliga a tragártelo. Y, perdona que te lo diga, pero la cara que tienes ahora mismo es de gato estreñido. Literalmente. Y yo no puedo evitar disfrutarlo.

Clara pone los ojos en blanco, pero no puede evitar que una ligera sonrisa se le escape por la comisura de los labios. Será un capullo, pero Álvaro siempre tiene ese efecto, el de conseguir arrancar un gesto de complicidad a cualquiera, incluso en las peores tormentas.

—Ven —dice él, levantándose con energía—. Vamos a comer. Te hace falta. Si seguimos aquí, vas a terminar por romper algo, y no pienso pagar otra lámpara de diseño.

Clara protesta débilmente, pero al final accede. Un rato después, ambos caminan hacia un restaurante que conocen bien, un lugar elegante en pleno Eixample, donde los ventanales dejan pasar la luz tenue de la tarde y el ambiente se llena de conversaciones discretas, copas de vino brillando bajo las lámparas colgantes y camareros que se mueven en un baile perfecto. Las mesas están vestidas con manteles blancos inmaculados, el menaje brilla con un cuidado casi obsesivo y los arreglos florales aportan una nota de color sobrio.

Clara se quita el abrigo y deja ver el vestido de lana gris que resalta su figura de manera sutil. Curioso que se sienta mejor con vestidos fuera de los eventos importantes. Desliza el abrigo por el respaldo de la silla y se siente frente a su mejor amigo. Álvaro acaricia la chaqueta de un traje azul marino impecablemente entallado, con un pañuelo burdeos en el bolsillo que añade un toque de desenfado calculado. Al sentarse, se desabrocha el botón.

Piden un menú degustación de temporada que consiste en carpacho de ternera con virutas de parmesano, un arroz meloso con setas y trufa, y de postre, un *coulant* de chocolate con helado de vainilla.

El vino, elegido por Clara casi de manera instintiva, es un tinto con cuerpo, perfecto para acompañar una conversación que promete ser densa.

Durante los primeros minutos hablan de trivialidades, de los proyectos en marcha, con algún que otro comentario mordaz de Álvaro sobre la moda absurda de algunos clientes, recuerdos de cenas pasadas en aquel mismo lugar… Pero en cuanto el primer plato llega a la mesa y la atmósfera se asienta, Clara baja la mirada hacia el borde de su copa y, tras un silencio prolongado, decide hablar.

—Siempre pensé que había algo más detrás —confiesa en voz baja, como si temiera que alguien pudiera escucharla, y rebatir sus pensamientos—. Algo en esa supuesta salvación del bar de Lucía que nunca terminó de encajarme. Pero el rencor… el rencor me impidió preguntarle. Me convencí de que no merecía la pena saberlo.

Álvaro la observa con atención, dejando a un lado el tenedor. Se limpia los labios con la servilleta y sus ojos, habitualmente chispeantes, adquieren un matiz más serio, casi protector.

—¿Y crees que a estas alturas merece la pena? —pregunta.

Clara juega con el tallo de la copa, gira el cristal entre los dedos mientras sus pensamientos se atropellan unos a otros, sin encontrar el carril correcto para continuar.

—No lo sé —admite y se encoge de hombros—. Parte de mí sigue queriendo mantenerla lejos, mantener esa distancia que he construido para no volver a caer en lo mismo. Pero por otro lado… —Se interrumpe, traga saliva, y los ojos le brillan con un destello que apenas se atreve a mostrar. Más bien, que no muestra con otro que no sea Álvaro—. Otra parte sigue preguntándose qué habría pasado si no hubiera vendido nuestras ideas, si hubiera tenido el valor de enfrentarme a ella en aquel momento y exigirle una explicación. Sugerirle alguna otra solución.

Álvaro sonríe, aunque esta vez no hay burla en su gesto, sino un apoyo que jamás ha ocultado tras sus bromas.

—Eso suena a que, en el fondo, la echas de menos.

Clara alza la vista bruscamente, como si sus palabras fueran un golpe directo. Lo mira con los labios entreabiertos, a punto de negarlo, pero no le sale ni una palabra. En cambio, se queda en silencio unos segundos, con el corazón martilleando en el pecho.

—No —asegura, aunque el tono carece de convicción—. No es eso. Es… es simplemente que no puedo dejar cabos sueltos. No quiero deberle nada a ella. Y menos después de que me ayude.

La sola palabra le da escalofríos.

Álvaro asiente despacio, sin contradecirla. Sabe cuándo insistir y cuándo simplemente ofrecer su apoyo sin más. Da un sorbo de vino, se recuesta en la silla y deja que el silencio se instale brevemente entre ambos.

—Pues entonces, aclara bien ese punto —le dice con una serenidad absorbente. Ojalá ella pudiera tenerla—. Habla con ella, negocia lo que tengas que negociar, y punto. Y si después de eso sigues pensando que no merece un lugar en tu vida, al menos sabrás que lo intentaste.

Clara suspira, deja la copa sobre la mesa y se queda mirando las luces cálidas del restaurante reflejadas en los espejos de las paredes. Siente un nudo en el estómago que no tiene que ver con la comida ni con el vino, sino con todo lo que la espera al otro lado de ese encuentro inevitable. Y duda, claro que duda, pero aun así sabe que no tiene salida.

Y a partir de ahora, se va a dedicar a jugar bien su papel.

CAPÍTULO 7

El bar —recién cerrado— está en completo silencio, aunque en el aire todavía flota el aroma de las últimas tapas y el vino servidos, del aceite de oliva y de las especias que se han ido mezclando durante el día en cocinas. Las mesas, perfectamente limpias y alineadas, reflejan la luz tenue de las lámparas que cuelgan encendidas sobre el salón. Lucía se ha quedado hasta más tarde, dejándole una excusa pobre a su madre, pero lo suficientemente creíble para verla marchar. Ahora, limpia la barra y termina de colocar las copas y las botellas con un cuidado casi obsesivo. Es su manera de distraerse, de prepararse para lo que sea que Clara traiga al bar.

Como mínimo, una revolución.

Cuando escucha el ruido firme de sus tacones aproximándose desde la calle, el corazón le da un vuelco, aunque procura que no se note en su expresión. Es mejor no delatar los nervios. No después de su encuentro en el MNAC. Clara abre la puerta con cierta rigidez, va con su habitual abrigo oscuro, el pelo perfectamente peinado y ese gesto serio que parece haber perfeccionado con el paso de los años —como le dijo Carmen— para no dejar que nadie intuya lo que siente.

Durante unos segundos, las dos se miran sin mediar palabra, y se forma una tensión que podría cortarse con un cuchillo, una tensión que se rompe cuando Lucía deja el trapo sobre la barra.

—¿Nos sentamos? ¿Quieres tomar algo? —Clara niega a lo último.

Hace lo que le pide, aunque antes se detiene un instante, reconociendo ese espacio con más atención de la necesaria. A diferencia de la noche que habló con Isabel, esta vez sus ojos recorren las paredes, las mesas, el rincón de las macetas que Lucía ha dispuesto cerca de la

ventana. Un gesto extraño, como si intentara recordar cómo era todo antes, o buscase algo en concreto.

Lucía frunce el ceño, pero no le da más importancia. Poco después, se sientan frente a frente en una de las mesas del fondo, donde el murmullo de la calle se mantiene lejano y la intimidad se vuelve un poco más asfixiante. Clara no se ha quitado el abrigo y ahora, entrelaza las manos sobre la superficie desgastada de la mesa. Después, respira hondo, pone en orden cada uno de sus pensamientos y adquiere ese filo en su mirada que siempre ha tenido en los negocios.

—Necesito acceder al proveedor que solo trabaja contigo en toda Barcelona. Supongo que sabrás a quien me refiero —cuenta, y Lucía asiente con la cabeza—. Estoy buscando hacer un pedido del vino artesano, como los que tú has trabajado. Para una cena privada con un inversor muy importante al que quiero ofrecerle lo mejor. Con unas para el evento sería suficiente. Y después, no sabrás nada más de mí.

Lucía la observa en silencio, le sostiene la mirada, intentando analizar no solo lo que Clara le dice, sino las palabras que calla en medio de las demás. Se echa hacia atrás, cruza los brazos con indiferencia y deja escapar una sonrisa irónica que apenas suaviza la tensión.

—Tengo que reconocerlo —comenta con algo de burla—. Jamás imaginé que llegaría este día —añade, con un deje sarcástico que busca hacerle daño—. Que tú, Clara Echevarría, vendrías a pedirme un favor.

El gesto de Clara se endurece. Tiene que reconocerlo, después de cómo la trató la otra noche, se lo merece. Sin embargo, aprieta un poco más el agarre de sus manos y se esfuerza por mantener la calma. Lucía Salgado no va a conseguir sacarla de quicio. Esta vez, no.

—No es un favor —replica con frialdad—. Estoy dispuesta a negociar los términos que quieras.

Lucía deja que el silencio se prolongue unos segundos, disfrutando de esa grieta en la coraza de Clara. Después, inclina el rostro y su tono se vuelve más serio, incluso afilado.

—Ese proveedor no vende sus vinos a cualquiera. Y mucho menos en grandes cantidades. Son productos de familias pequeñas que

confían en mí, que trabajan con paciencia, sin prisas ni artificios. Y no voy a permitir que acabe convertido en otra mercancía explotada por la hostelería de moda.

Hostelería de moda. Clara está a punto de echarse a reír.

«¿De verdad tiene los ovarios de ponerse así después de lo que hizo?», piensa. Pero aunque los labios le tiemblan, no piensa ceder ni un milímetro.

—Pagaré lo que haga falta —la corta Clara antes de que las cosas se salgan de control, inclinándose hacia ella con un destello de impaciencia en los ojos—. No me importa el precio en absoluto.

Lucía ríe en un gesto que se apaga de inmediato. Carmen tenía razón, la mujer que tiene delante dista mucho de ser la que una vez conoció.

—Ahí está tu error. Creer que todo se resuelve con dinero.

Clara aprieta la mandíbula, conteniendo una respuesta que amenaza con hacerle mucho daño, pero que al final reprime. Lucía lo nota, lo disfruta un instante, y después continúa, esta vez con un tono que carga cada una de sus intenciones.

—Si quieres esa clase de vino, tendrás que darme algo más que dinero. Quiero respeto. Quiero garantías de que no se va a prostituir su esencia en manos de cualquiera que pague una copa. Y, sobre todo, quiero asegurarme de que entiendes lo que significa poner una botella así sobre tu mesa.

Clara la mira, con la boca abierta. No puede creer su arrogancia, y por primera vez en la conversación su mirada titubea, sintiéndose una pequeña muñeca de trapo, usada otra vez por sus manos.

Álvaro le pediría serenidad. Y eso es justo lo que va a tener.

—¿Qué propones entonces? —pregunta, con un tono de voz más áspero, cansado.

Lucía se inclina hacia delante, apoya los codos sobre la mesa y habla con calma, como si saboreara la tensión que se acumula en el espacio que hay entre las dos.

—Quiero estar presente en esa cena. Quiero ser yo quien acompañe el vino con mis tapas, quien explique a los comensales la combinación que tienen delante. Solo así aceptaré darte ese contacto. Es más, las dos tendremos que ir a buscar ese vino.

Clara parpadea, sorprendida. Su cuerpo se tensa de inmediato, y durante unos segundos parece que va a rechazar de lleno la propuesta. Pero no lo hace. Se limita a observar a Lucía, a buscar en su expresión algún indicio de debilidad que pueda aprovechar. Sin embargo, en este asalto no lo encuentra.

—¿Quieres ser mi co-anfitriona? —pregunta con incredulidad, a punto de soltar una carcajada amarga.

—Llámalo como quieras —responde Lucía, con una frialdad que no es tan típica de ella. «Me lo merezco»—. Pero no pienso entregarte ese vino para que lo uses como otra carta más en tu juego de seducción empresarial. Si quieres que tu inversor vea autenticidad, tendrá que verla en directo. Conmigo allí.

El silencio que sigue está repleto de chispas que podrían provocar un incendio con una sola mirada. Clara baja la vista por un instante, cierra los ojos y respira hondo mientras asiente. Cuando los vuelve a abrir, vuelve a ser esa mujer de hierro en los negocios.

—Acepto —habla, con un hilo de voz que no logra ocultar del todo la rabia que la recorre por dentro. Suficiente para no delatarse—. Pero que quede claro, esto no cambia nada entre nosotras.

—Por supuesto que no cambia nada —responde, aunque en su interior sabe que esa no es toda la verdad. Algo ha empezado a romper el muro de hielo que ambas han levantado durante demasiado tiempo.

Cuando Clara se levanta de la mesa y se coloca el bolso, Lucía la observa en silencio, sintiendo el corazón latiendo tan rápido que hasta le corta la respiración. Esa noche, cuando cierre definitivamente las luces del bar, sabrá que el destino acaba de obligarlas a compartir un escenario del que ninguna podrá salir ilesa.

Y Lucía acaba de bajar el primer escalón hacia el infierno.

CAPÍTULO 8

La noche ha caído sobre Barcelona con el brillo húmedo que deja la lluvia final al resbalar por las aceras. Clara camina del brazo de Álvaro por una calle llena de bares, el aire impregnado del humo a tabaco, risas lejanas y el murmullo constante de la ciudad que nunca termina de dormir. Ella finge una serenidad que ni de coña siente, obligándose a mantener el paso ligero, a escuchar las ocurrencias de su amigo, a dejar que su risa lo llene todo como si pudiera contagiarle un poco de esa indiferencia hacia los problemas de la vida.

Se aparta un mechón de su pelo oscuro y mira durante unos segundos el andar de sus zapatos.

—Deberías relajarte, mujer —le susurra Álvaro, dándole un golpecito en el hombro mientras se abren paso entre un grupo de jóvenes que discuten sobre el último single de Quevedo. Ojalá ser joven otra vez—. Ni que tu vida dependiera de esa cena.

—Pues casi —protesta ella, pero cuando escucha bufar a Álvaro sonríe.

Sin embargo, es un gesto fugaz, casi automático. Ha aprendido a hacer eso, el aparentar control incluso cuando por dentro está a punto de romperse en pedazos. Tiene el recuerdo de Lucía mirándola fijamente en el bar clavado en la cabeza, con esa dureza extraña y una tensión que prefiere ocultar bajo la montaña de pensamientos que la recorren. Unos pensamientos que, aunque intente arrinconarlos, vuelven una y otra vez, como latiéndole en las sienes.

En el local donde entran, el aire está impregnado de ginebra y música electrónica. Álvaro pide dos copas, y durante un buen rato hablan de todo y de nada a la vez: de las reformas de su piso, de los rumores en el sector, de alguna anécdota ridícula que él cuenta con su desparpajo habitual. Clara agradece esa distracción, la burbuja

momentánea que le ofrece, pero incluso en medio de las carcajadas, la sombra de lo que se avecina no desaparece. Porque no va a poder evitar trabajar con Lucía, y eso no la tiene convencida del todo.

Es un hecho que gobierna sus pensamientos durante toda la velada.

Horas después, al despedirse en la puerta, Álvaro la abraza con fuerza, como si pudiera leerle en la mirada lo que está sintiendo.

—No te encierres tanto en tu burbuja, cariño —le susurra al oído —. Te va a pasar factura.

Ella no responde. Solo sonríe y levanta la mano en un gesto vago cuando lo ve alejarse. Y entonces, sin pensarlo demasiado, gira en otra dirección. Sus pasos la conducen a un bar de ambiente, donde sabe que puede perderse sin dar demasiadas explicaciones donde la música vibra más que las palabras y donde puede ser ella sin que otros piensen que se trata de un error.

El interior la envuelve de inmediato con las luces de neón, los cuerpos moviéndose al compás de un ritmo lento y sensual, y las risas entrecortadas que se pierden entre la penumbra. Clara se apoya en la barra, pide una copa y deja que la multitud la roce, como si ese contacto anónimo pudiera arrancarle de golpe las dudas y la tensión que lleva arrastrando toda la semana.

No tarda en fijarse en una mujer al otro extremo de la barra. Morena, de ojos intensos, con una sonrisa que se curva como una invitación sin palabras. Sus miradas se encuentran, primero con discreción, después con más descaro. Clara siente ese calor inmediato, esa descarga que tantas veces ha usado como anestesia. Y cuando la desconocida se acerca, rozándole la mano al pedir su bebida, el desenlace ya está escrito.

Hablan poco, lo suficiente para intercambiar nombres falsos que ninguna de las dos se molestará en recordar. Lo demás se dice en la manera en que se miran, en cómo se acercan lentamente hasta que los labios apenas necesitan una excusa para encontrarse. La música sube, el mundo se difumina, y cuando salen del local tomadas de la mano,

Clara tiene la certeza de que está huyendo de los sentimientos que le estrujan el corazón, como tantas veces.

La casa de la desconocida tiene un fuerte olor a incienso que no le desagrada del todo. Apenas hay tiempo de observar los detalles; el sofá cubierto de cojines de colores, una estantería repleta de libros desordenados, una lámpara tenue que tiñe la habitación de un ámbar cálido. Porque lo único que le preocupa es comérsela entera y que el cuerpo de ella arda en deseo.

Sus manos recorren a la otra, exploran cada centímetro de su piel, arrancan la ropa con urgencia. El calor de los cuerpos se mezcla con la respiración agitada, con las risas entrecortadas que se transforman pronto en gemidos ahogados. Clara cierra los ojos y se entrega a ese vértigo físico, a la intensidad inmediata que no necesita más explicaciones que las de sacarse el dolor con un buen polvo. Durante horas, saborea el paraíso, se abre de piernas y se deja follar una y otra vez.

Y por un momento, solo un momento, cree haber logrado lo que buscaba. Olvidarse de todo. Olvidar la mirada de Lucía, olvidar el temblor que le provoca su voz, olvidar esa tensión que la corroe desde que volvió a verla.

Pero la mañana llega con una luz cruel que se cuela entre las cortinas mal cerradas. Clara abre los ojos en una cama desconocida, rodeada de sábanas arrugadas que huelen a sexo y a sudor. La mujer duerme a su lado, con el rostro relajado, y una respiración profunda que envidia. Lo siguiente debería ser algo simple; levantarse, sonreír, inventar un pretexto y marcharse. Lo ha hecho decenas de veces.

Sin embargo, sus ojos recorren la habitación con un detenimiento extraño, se fija en las paredes pintadas de blanco, los cuadros pequeños con paisajes de montaña, una guitarra apoyada en un rincón. Y se da cuenta de que no quiere recordar nada de ese espacio, porque lo único que siente es la voz que le grita en la cabeza lo jodida que está.

Se levanta despacio, recoge la ropa del suelo y se viste en silencio. Ni siquiera deja una nota. Ni siquiera un gesto de cortesía. Solo

un portazo suave que marca su huida.

En la calle, el aire fresco de la mañana la golpea de lleno. Siente la resaca en el cuerpo, pero más fuerte es la sensación de vacío que la muerde por dentro. Camina sin rumbo durante varios minutos, con el sonido de sus tacones contra el asfalto marcando un ritmo seco, casi violento. E inevitablemente, la imagen de Lucía vuelve. Clara cierra los ojos un instante, se frota las sienes como si pudiera apartarla de su mente, pero no lo consigue. El rostro de la mujer que anoche tuvo entre sus brazos se desvanece con rapidez; en cambio, la mirada de Lucía permanece de una forma que la azota, inquebrantable, clavándose en ella como una herida que no ha podido curar en todos esos años.

Camina más deprisa, como si huyera de un fantasma. Pero sabe, con una certeza amarga, que no hay cama ni cuerpo, ni encuentro fugaz capaz de arrancarle de raíz lo que lleva dentro. Y esa conciencia la golpea con la misma crudeza que la luz del sol al doblar la esquina.

CAPÍTULO 9

El sol de mediodía cae con fuerza sobre la autopista que conduce hacia el Penedès. Clara mantiene las manos firmes en el volante, aunque los nudillos se le vuelven a poner blancos cada pocos minutos y tiene que obligarse a soltar un poco la tensión. El coche de empresa; pulcro, silencioso, es como una extensión de la fachada profesional que mantiene día tras día. Elegante, impenetrable, incluso se podría decir que a veces casi arrogante. Y aún así, bajo esa superficie pulida, un nerviosismo latente acompaña a los latidos dentro de su pecho, con una fuerza que la hace suspirar varias veces y sentirse más que incómoda.

Lucía viaja en el asiento del copiloto, con la ventanilla ligeramente bajada y el aire fresco enredándose en su pelo. Viste con una naturalidad que contrasta con la sobriedad impecable de Clara. Hoy ha elegido una camisa clara de lino, que lleva remangada hasta los codos, unos vaqueros ajustados y unas zapatillas que están listas para adaptarse a cualquier terreno. Hay en ella un aire despreocupado que, lejos de tranquilizar a Clara durante el trayecto, la irrita en secreto, como si lo que están a punto de hacer, solo fuera un juego para su acompañante.

El silencio entre ambas se ha prolongado más de la cuenta, y hay cierta incomodidad en el aire. Clara siente la urgencia de llenarlo, pero cada palabra que ensaya mentalmente, le suena torpe, innecesaria, incluso peligrosa. Sin embargo, no hay quietud que pueda mantenerse para siempre y Lucía da el primer paso, con ese tono de voz que antaño, llenó sus noches de felicidad.

—No deja de ser curioso ¿sabes? —comienza, mirando el horizonte de viñedos que comienza a desplegarse a los lejos—. Después de tantos años, aquí estamos, compartiendo coche hacia una bodega artesanal. ¿Quién lo habría dicho?

«¿De verdad lo dice en serio?», piensa Clara. Podría reprocharle que eso era exactamente lo que le hubiera gustado hacer. Pero se niega a darle el gusto de pelear.

Clara aprieta la mandíbula y prefiere fijar la vista en la carretera. Aunque su respuesta, no tarda mucho más en llegar.

—No lo habría imaginado, no —le responde, con la misma frialdad que le ha demostrado durante todos sus encuentros—. Pero supongo que el mundo del vino es un pañuelo con mocos, y muy pequeño, además.

Lucía la observa de reojo, y esboza una media sonrisa que podría haber acompañado con algún comentario mordaz, porque por un segundo, Clara ha vuelto a ser la de siempre.

—Pequeño o no, me alegra que estemos aquí. Tú en tu papel de ejecutiva implacable, y yo… siendo la mujer que conociste.

«Lo dudo mucho», quiere decirle en voz alta.

Clara se remueve en el asiento, incómoda con la situación. Podría replicar, negar y rebatir cada una de sus palabras, pero por su paz mental, ignora la punzada que siente en el pecho. Sus ojos viran un instante hacia Lucía, hacia el movimiento relajado de sus manos en el regazo, hacia la naturalidad con la que respira como si no hubiera un muro invisible separándolas. Y entonces, se le cruza por la mente una confesión que lleva días reteniendo, la idea de contarle que fue al bar, que habló con su madre Isabel y que lo que ha pasado a continuación, no es un simple accidente del destino. Pero en cuanto las palabras se forman en su garganta, se las traga de golpe.

No le va a servir de nada remover más mierda.

El resto del trayecto transcurre en un equilibrio incómodo de miradas fugaces y silencios prolongados. Clara se refugia en el ritmo constante del motor, en la precisión de la carretera, como si pudiera encontrar en ese orden la calma que le ha estado faltando en todo el trayecto.

Al llegar al Penedès, el paisaje se abre en una sinfonía de verdes. Los viñedos se extienden en hileras perfectamente alineadas, bañados

por una luz dorada que realza el contraste entre las hojas jóvenes y la tierra oscura. El aire, más limpio que el de la ciudad, entra por la ventanilla y trae consigo un aroma fresco, casi dulce, que hace que Clara inspire con profundidad de lo que quisiera admitir, deseosa de sacarse la pesadez del viaje de golpe.

El coche se detiene frente a una finca de piedra clara, rodeada de cipreses y parras que trepan con descaro por los muros. Hay algo íntimo en aquel lugar, una calidez que no suele encontrar en los despachos impersonales donde se mueve a diario. Clara observa cómo varias personas trabajan en los viñedos, hablando entre ellas, riendo, moviéndose con la soltura de quien no siente que esté trabajando de verdad. Sino cumpliendo un sueño.

Un sueño que a ella le arrebataron.

Lucía es la primera que sale del coche, y sus ojos se iluminan de inmediato, como si el entorno le estuviera susurrando palabras de amor al oído.

Clara siente una punzada en el pecho, una tristeza que la atraviesa tan rápido como un rayo en mitad de una tormenta. Y las preguntas aparecen, mezclándose con la desazón que le late con fuerza. ¿Qué habrían podido construir juntas si las cosas hubieran sido distintas? ¿Qué proyectos, qué vida, qué sueños compartidos quedaron enterrados bajo el peso de las traiciones y de las verdades —más allá de lo que Lucía contó— que siempre sospechó, pero nunca llegó a confirmar?

Sale del coche y de nuevo, Clara Echevarría se pone su armadura. Ajusta la chaqueta oscura y recompone el gesto serio en su expresión. No puede permitirse desmoronarse, ni un solo segundo. Mientras camina, observa los pequeños y grandes detalles del lugar: los barriles apilados en el exterior, las flores plantadas en macetas junto a la entrada, la madera gastada de la puerta que se abre lentamente para recibirlas. Todo parece hablar de cuidado, de tradición, de un amor sincero por lo que allí se crea.

Lucía avanza con paso firme, segura, saludando con una sonrisa amplia al vinicultor que se acerca a recibirlas. Clara, en cambio, siente

que cada paso le crea un nuevo nudo en el estómago. Inspira hondo, intentando llenar sus pulmones con ese aire limpio, como si pudiera disipar la opresión que se ha instalado en su pecho. Pero la sensación persiste, la certeza amarga de estar caminando, no solo hacia una negociación crucial, sino también hacia un territorio emocional del que lleva años huyendo sin éxito.

El vinicultor es un hombre de mediana edad, de semblante afable y manos curtidas por años de trabajo entre viñedos y barricas. Viste con sencillez, con una camisa de algodón, pantalones de lino claros y un sombrero de paja que sostiene en una mano mientras las saluda con entusiasmo sincero. Sus ojos oscuros y brillantes, parecen escrutar con interés cordial tanto a Clara como a Lucía, aunque pronto es evidente hacia quien se dirige su atención.

—Lucía, qué alegría volver a verte —comenta con voz grave, impregnada de calidez—. Tu presencia siempre es una garantía de respeto hacia nuestro trabajo.

Lucía sonríe con naturalidad, estrechándole la mano como si fueran viejos conocidos —y lo son—, con esa soltura que a Clara le resulta tan incómodamente magnética.

—El placer es mío, Joan. Sabes lo mucho que valoro lo que hacéis aquí.

Clara asiente con un gesto leve, esbozando una sonrisa profesional mientras se presenta. Sin embargo, desde el primer instante percibe que su papel será secundario, y aunque su ego protesta, reconoce en silencio que es Lucía quien posee la llave del trato. Ella es la que transmite confianza, la que conoce a ese hombre, la que parece entender la esencia de lo que está en juego.

A medida que avanzan hacia el interior del edificio principal, un espacio fresco, de piedra clara y techos altos donde reposan grandes barricas de roble, Clara adopta el rol de observadora. Escucha cómo Lucía y Joan intercambian impresiones sobre cosechas pasadas, sobre la climatología de aquel año, sobre los matices que diferencian un vino artesanal de uno comercial. Clara asiente de vez en cuando, lanzando algún comentario puntual que refuerza la idea de que su interés es

genuino, aunque sabe que su conocimiento técnico nunca alcanzará el de Lucía en ese lugar.

Y eso, en parte, la avergüenza.

—El vino que os ofrezca —explica Joan mientras los tres recorren otra nueva sala— no será un producto simple que servir en copas y ya está. Es el resultado de generaciones que han dedicado su vida a estas viñas. Y necesito asegurarme de que se tratará con el respeto que merece.

Lucía, con un brillo en los ojos, responde antes de que Clara pueda abrir la boca:

—De eso no tengas ninguna duda, de verdad. —Su mirada se dirige a quien le acompaña y le sonríe como si llevaran trabajando juntas mucho tiempo—. Clara puede ser exigente, incluso testaruda, pero sabe valorar lo auténtico. Y yo me aseguraré de que este vino esté en las mejores manos.

Clara la mira de reojo. Esa seguridad con la que Lucía habla en su nombre le provoca una contradicción que le es difícil de gestionar. Porque una parte de ella se siente molesta, invadida, como si Lucía hubiera cruzado un límite que no desea. Pero otra, más profunda y visceral, experimenta una especie de alivio, un descanso extraño en poder estar ahí a su lado, aunque sea un instante, en la certeza de que Lucía sabe cómo manejar la situación.

El recorrido culmina en una sala más íntima, con una larga mesa de madera pulida, sobre la que ya esperan varias botellas cuidadosamente dispuestas, cada una acompañada por una nota manuscrita que describe su procedencia y características. Joan les invita a tomar asiento, y con un gesto ceremonioso, descorcha la primera botella.

—Nada mejor que una cata para decidir cuál os acompañará en ese evento tan importante —explica mientras sirve en copas finas un vino de tono ámbar brillante.

Clara sostiene su copa con la precisión aprendida durante los eventos que ha capitaneado a lo largo de los años. La acerca a la nariz, analiza el aroma y deja que el líquido roce apenas sus labios. Pero

pronto se da cuenta de que su atención no está en el vino. Sino en la mujer que está sentada a su lado.

La observa en silencio mientras esta toma la copa con una naturalidad hipnótica. Lucía no exagera sus gestos, no pretende impresionar a nadie; simplemente disfruta de la ocasión, del momento, del vino. Inclina la copa con suavidad, la hace girar entre sus dedos y cierra los ojos un instante antes de probar el primer sorbo. Sus labios se curvan en una sonrisa apenas perceptible mientras lo saborea, y luego abre los ojos con una chispa que a Clara le resulta insoportablemente atractiva.

La garganta de Clara se seca. Traga saliva con dificultad, consciente de que, en lugar de evaluar el vino, está evaluando cada gesto de ella. El calor sube desde su cuello hasta sus mejillas, y para disimular, carraspea y se concentra en la copa, como si pudiera ocultar bajo la superficie brillante del líquido el torbellino que se agita en su interior.

—¿Qué os parece? —pregunta Joan, dirigiéndose a ambas.

Lucía responde detallando los matices, la frescura, la permanencia en boca. Clara asiente, pero sus palabras son mucho más vagas, un mero eco de lo que debería decir. No logra concentrarse, por mucho que lo intente. Cada vez que Lucía sonríe, cada vez que inclina la cabeza al escuchar al vinicultor, siente que su autocontrol se empieza a derretir un poquito más.

El proceso se repite con varios vinos más. Joan habla de la historia de cada uno, de las características del terreno, de la paciencia necesaria para llegar a ese punto exacto de fermentación. Clara escucha, pero solo a medias. Lo que realmente escucha es el sonido de la risa contenida de Lucía al hacer un comentario ingenioso, el roce accidental de su mano contra la mesa al apoyar la copa, el leve suspiro de satisfacción después de cada sorbo.

Se está volviendo loca.

A medida que avanzan, la tensión se vuelve casi palpable. Clara se sorprende a sí misma dejando escapar miradas prolongadas, incapaz de apartar los ojos del arco de los labios de Lucía, de la manera en que

su lengua se desliza un instante para atrapar una gota de vino. Un gesto breve, inocente, pero que para ella tiene un efecto devastador.

Respira hondo, intentando recuperar la compostura.

«Contrólate, por Dios», se repite en silencio, pero el cuerpo no obedece. Siente el calor instalado en su abdomen, la piel erizada bajo la tela de su blusa, un deseo latente que creía haber enterrado.

—Este… —dice, señalando la tercera copa, buscando refugio en lo práctico, porque tiene que escapar de ahí como sea.

El vino es fresco y complejo al mismo tiempo, con notas cítricas y un fondo mineral que refleja el terruño. Ligero y no excesivamente dulce; que mantiene un equilibrio entre elegancia y carácter, lo bastante versátil para acompañar distintos platos y con el tipo de autenticidad que Clara busca para el evento.

—Creo que tiene la combinación justa de frescura y complejidad. Podría encajar perfectamente con la cena.

Joan asiente, complacido.

—Una elección excelente.

Lucía la observa entonces, con una sonrisa sutil que Clara no sabe interpretar. Hay algo en esa mirada que le resulta insoportable y adictivo a la vez, como si hubiera leído el temblor que lucha por ocultar bajo su fachada de control.

Clara se obliga a sostenerle la mirada, aunque la garganta le arde, y el corazón late con un ritmo totalmente descontrolado. Comprende que este trato, más allá de la importancia profesional, está poniendo en riesgo algo mucho más íntimo, y que está a punto de romper la frágil coraza que ha construido durante años para protegerse de lo que le hizo Lucía. Y la idea de perder ese control, empieza a aterrarla.

Cuando el vinicultor se levanta para buscar los documentos del acuerdo, Clara se queda a solas con Lucía por unos segundos. El silencio se llena del latido que escucha en sus oídos, y el aire, impregnado del aroma a vino y madera, se carga de una tensión que amenaza con desbordarse en cualquier momento.

Clara aparta la vista, intentando contener el temblor de sus manos. Sabe que, de seguir así, este trato se convertirá en algo más que una simple negociación. Y esa posibilidad, tan peligrosa como inevitable, la desconcierta incluso más que el deseo que acaba de despertar con una fuerza imposible de negar.

CAPÍTULO 10

Lucía todavía nota por dentro la presión reciente del viaje, incluso viendo cómo Clara aparca frente al bar con un gesto que pretende ser sereno. Han compartido sonrisas de complicidad después de cerrar un buen trato, pero el silencio es lo que ha gobernado la mayoría de los minutos. Un silencio que se le ha incrustado bajo la piel dolorosamente. Cada mirada esquiva, cada frase rota a la mitad, cada bocanada de aire contenido que todavía flota en el aire… Detalles que la han puesto a prueba y que ahora, provocan que le tiemblen las piernas.

Al cruzar las puertas del local cerrado al público, percibe el aroma que Carmen ha dejado escapar desde la cocina —una mezcla de especias, pan tostado e ingredientes mezclados que no llegan a reconocer—, y se sorprende deseando que al menos, la velada no sea tan áspera y tensa como las horas anteriores.

Debe reconocerlo, que Carmen haya conseguido el «sí» de Clara, es un milagro que no se ven todos los días.

Su amiga las recibe con el delantal puesto, un mechón rebelde escapando de su coleta perfecta y esa sonrisa que, aunque discreta, consigue atenuar cualquier tipo de tensión.

—Ya era hora —habla con fingida impaciencia, mientras coloca sobre la barra tres pequeños platos cubiertos con campanas de cristal —. Estaba a punto de comerlas yo sola, pero no me digáis que no es mejor idea celebrar el cierre del trato con unas tapas que quiten el hipo.

Lucía apenas sonríe, la mira de reojo a Clara y tiene que contenerse para no soltar ninguna tontería.

Clara, en cambio, se mantiene erguida, con la postura impecable bajo su chaqueta oscura, como si incluso en un bar que está vacío, necesitara mantener las mismas apariencias que un salón repleto de clientes. Lucía no aparta la mirada, se queda de lleno en ese porte

elegante que siempre le resultó atractivo y que ahora se mezcla con una frialdad que le eriza la piel. De hecho, mientras se sienta, se pregunta cuánto de esa frialdad es una máscara y cuánto la herida del odio que aún siente hacia ella.

—Tengo tres ideas nuevas —explica Carmen, como si no le interesara en absoluto las rencillas que hay entre ellas. Retira la primera campana y deja escapar una nube de vapor aromático—. Una mini-tosta de pan negro con sardina marinada, crema de aguacate y un hilo de miel de romero. Sencillo, pero de sabores que son muy contundentes. De los que dejan huella al paladar.

Clara —ya sin su chaqueta ni armadura— ladea la cabeza, bastante interesada a pesar de odiar estar ahí en ese momento. Sus dedos, que jugueteaban con la copa que tiene delante y aún está vacía, se detienen.

—Interesante contraste —comenta, sin demostrar demasiado entusiasmo.

Lucía está a punto de suspirar, no puede creer que sea tan dura cuando se trata de Carmen. No obstante, tarda poco en sonreír.

—Es más atrevido de lo que parece —aclara y le dedica un guiño a su mejor amiga—. En estos últimos meses, Carmen se ha vuelto una inconformista en la cocina, siempre está innovando algo nuevo para los clientes.

—De eso va tener un bar ¿no? —ironiza Clara.

«Podría relajarse un poco».

Carmen hace un gesto con la mano, como si no le importara la indiferencia de Clara, aunque el brillo de orgullo que hay en sus ojos, delata que le importa más de lo que cree. Sirve también las otras dos propuestas: una tapa de croqueta de setas y trufa, coronada con escamas de sal negra, y una pequeña tartaleta crujiente de masa filo con queso de cabra, cebolla caramelizada y una reducción de uva. Cada una parece pensada para abrazar un sorbo de ese vino especial que todavía guardan en el botellero; algo fresco, vibrante, con esa elegancia que pide comer en calma y poner toda la atención.

Durante unos minutos, el silencio se llena de suspiros, de pequeños gemidos de placer que también se escapa de entre los labios de Clara. El silencio incómodo del coche —piensa Lucía— se ha difuminado, a cambio de expectación, y el sonido de los cubiertos chocando contra los platos. Lucía prueba la primera tapa y cierra los ojos durante unos segundos, compartiendo el sabor con el vino servido. El toque salado y la miel se funden, recordándole de golpe las noches en las que Clara y ella cocinaban improvisando recetas que casi siempre terminaban en desastre, pero que las hacía reír hasta que les dolía el estómago.

Abre los ojos de golpe, y aunque no quiere que el recuerdo la domine, un retazo de nostalgia se queda clavado en sus pupilas.

Clara también prueba bocado, y Lucía la observa con una atención que roza la completa insolencia. Ve a cámara lenta cómo se lleva el trozo a la boca, cómo cierra los labios con lentitud, cómo traga con un gesto que apenas disimula el placer que le ha provocado el contraste de sabores… Y lo mejor, contra todo pronóstico, está en la sonrisa que Clara Echevarría planta en su rostro. Tan auténtica que hasta sus ojos brillan.

—Está delicioso —admite, y su voz resuena en el local vacío como un regalo inesperado.

Lucía tiene que apartar la mirada, mientras siente un cosquilleo en el estómago que debería evitar. A toda costa. Por su bien. Por el de Carmen. Por el de toda la humanidad. Sin embargo, hasta Carmen lo percibe, porque se limita a sentir y darles espacio, como si la cena improvisada en realidad estuviera hecha para el reencuentro de ellas dos.

—Has mejorado mucho en estos últimos meses —admite Clara, y no pierde la oportunidad de volver a probar bocado.

Sus siguientes palabras, ya no tienen ese tono afilado, aunque sí conserva la cadencia de quien quiere medir cada palabra.

—La cata con el productor ha sido… interesante. Seguimos con la idea de elegir el Xarel·lo, ¿no? —Mira hacia Lucía, buscando, casi sin darse cuenta, una aprobación que ni siquiera necesita.

—Yo creo que acertaste de pleno. Tiene carácter, pero no va a eclipsar la comida que acompañe a la cena.

—Es exactamente lo que mi cliente espera para su cena privada —continúa Clara, y esta vez hay un matiz distinto en el tono de su voz, un acercamiento genuino—. He estado pensando en los detalles, porque según me ha dicho, va a ser una velada íntima, con un máximo de veinte personas. No busca nada ostentoso, sino exclusividad y elegancia. Que cada invitado sienta que lo que está robando no puede encontrarse en ningún otro lugar de Barcelona.

Lucía la escucha con atención, incluso Carmen las observa con miedo a poder interrumpir ese instante tan frágil de cercanía que han logrado. Lucía lucha contra el resurgir de viejas emociones, y también siente un orgullo inesperado. Reconoce esa pasión en Clara, ese fuego que siempre admiró de ella y que tantas veces fue motivo de discusiones, pero que al final, era la prueba más transparente de que su ex pareja nunca se conformaba con algo mediocre.

—Y tú estarás allí, dando lo mejor de tu negocio —añade Clara, y de repente el corazón golpea con fuerza contra su pecho—. No lo digo porque lo hayas impuesto como una condición; que en parte sí, sino porque creo que esto va a tener sentido. Ese vino, estas tapas… me encajan en la combinación.

Lucía Salgado percibe cómo se le eriza la piel al escucharla, y lo que más la sorprende es la sinceridad que hay en esas palabras. Durante años, imaginó un encuentro con Clara, lleno de reproches, miradas envenenadas —que ya tuvo en la cata—, acusaciones mutuas —poco faltó—. No de este extraño territorio intermedio donde la frialdad empieza a caer cachito a cachito y deja asomar algo parecido a la complicidad que tienen dos buenas socias.

—Será un placer que Carmen las cocine para la cena —dice, y tiene que apagar el fuego que hierve en su interior con un poco de vino.

El resto de la velada transcurre entre pequeños sorbos, viejos recuerdos y las risas contenidas de tres amigas que nunca creyeron en ese reencuentro. Clara bromea tímidamente sobre la severidad del vinicultor que ha conocido, y Lucía exagera una anécdota sobre Carmen

en sus primeros meses en cocinas. De nuevo, parecen eso, tres amigas de nuevo, en lugar piezas dispersas de un rompecabezas roto.

Carmen nota cada mirada que dura más de lo habitual entre ellas, y sonríe de vez en cuando. Incluso cuando Clara se despide con esa educación que nunca la abandona.

Cuando Lucía se queda sola en el bar, apoyada contra la barra, mira el lugar vacío, las copas a medio acabar, los platos con restos de lo que ha sido casi una cena maravillosa —que ha insistido en recoger—. Y siente un nudo en la garganta. Se pregunta por qué habrá tardado tanto en dar un paso como el de esa noche, y se tapa la cara con las manos unos segundos, respirando hondo, como si quisiera retener el calor de la risa de Clara, antes de que se disolviera en el aire frío de la noche.

Antes de marcharse a casa, busca el teléfono y escribe un mensaje a Carmen con dedos temblorosos, sobre un texto que fluye con claridad: «Ahora que Clara y yo vamos a estar más tiempo juntas… creo que encontraré un momento para contárselo todo». Lo envía sin releer. Y cuando guarda el móvil, siente un extraño vértigo, como si hubiera abierto una compuerta peligrosa, sin saber qué encontrará más allá.

CAPÍTULO 11

El cielo de Barcelona amanece cubierto, con una capa gris que parece pesar sobre los tejados húmedos a la espera de una tormenta. Clara camina por las calles del Sarrià, con el cansancio cubriendo sus párpados. No recuerda haber tenido un día libre en semanas, y hoy se ha prometido disfrutar y exprimir cada hora como si fuera el último. Sin embargo, la sensación de reposo no llega a instalarse en su cuerpo; el trabajo, las reuniones y, sobre todo, la inesperada cercanía con Lucía, se han convertido en un eco constante que aparece en cada pensamiento cuando cierra los ojos. En una mano lleva el bolso de piel que siempre la acompaña, en la otra, una cajetilla recién abierta de cigarrillos. Se enciende uno con el mechero de plata heredado de su abuelo y aspira con lentitud, como si el humo pudiera despejar la maraña de sensaciones que le llenan la mente.

El teléfono vibra dentro del bolso, y al reconocer el número de su padre, suspira.

—Buenos días, papá.

Al otro lado de la línea, la voz grave conserva cierta calma, esa mezcla de serenidad y ternura que le resulta tan familiar. Él le da los buenos días y lo primero que pregunta es cómo van las lluvias por la ciudad, porque en el pueblo parecen vivir en un mundo paralelo donde la naturaleza rompe en furia cada dos por tres. Después, cómo no, van los vinos y la salud de su madre.

Clara sonríe al saber que todo va como lo dejó la última vez que fue.

—A ver si te tomas un fin de semana, *fillola*. O vamos a tener que traerte a rastras.

—Te prometo que pronto, de verdad —le dice, aunque Clara sabe que eso no es del todo verdad.

—Ya me ha dicho Álvaro que andas con muchos compromisos en la ciudad. Y que estás trabajando con Lucía… otra vez.

«¿Desde cuándo estos dos hablan tanto?», se pregunta y mira la pantalla del teléfono como si fuera un objeto extraterrestre.

Niega con la cabeza, da otra calada y responde.

—No es exactamente así, papá. —Clara aprieta los labios, aspira humo y lo expulsa despacio, observando cómo se dispersa en el aire húmedo de la mañana. El giro de la conversación ha sido totalmente inesperado—. No estamos trabajando juntas, solo es… una colaboración. Para un proyecto puntual. Una cena privada para un cliente importante. Ya está.

El silencio la estremece. Ya sabe lo que su padre estará pensando, ellos jamás vieron bien esa relación. Esperaban algo más para Clara y se lo dejaron saber cada segundo de su relación, y tras la ruptura con sus «te lo advertimos».

—Hija, sabes bien cuánto sufriste por ella. *La teva mare* y yo no queremos verte pasar otra vez por lo mismo. Nunca has cerrado esa herida del todo, y me preocupa que te engañes pensando en que es algo profesional. Más por cómo se las gasta esa…

—Papá, de verdad… que no es para tanto. —Clara frunce el ceño. Mira los balcones llenos lejanos, el murmullo lejano de un saxofón que lucha contra el ruido del tráfico. Su padre se equivoca y eso la irrita—. He aprendido muy bien la lección. Y tengo muy claro cómo separar lo que pasó de lo profesional.

Él suspira al otro lado, como si tuviera claro que esa promesa es mucho más frágil de lo que ella quiere aparentar.

—Está bien, está bien. No insistiré más —promete, y se lo imagina su sonrisa de siempre—. Pero al menos dime que vendrás pronto al pueblo. acompañada de Álvaro, si es posible. Tu madre y yo queremos verte más tranquila, lejos de todo ese… ruido.

Clara sonríe con gesto melancólico. Le gusta pensar en esa paz, aunque en esos momentos la siente muy lejana.

—Iremos pronto, ya verás. Y no te preocupes por lo de Lucía. En cuanto esa cena pase, volveremos a ser dos desconocidas.

Se despiden con la calidez sobria que siempre ha caracterizado su relación. Clara guarda el móvil en el bolso, se termina el cigarrillo y lo apaga en una papelera con un gesto elegante, casi automático. Después retoma el camino hacia el piso de Carmen, preguntándose si esa promesa hecha a su padre es, en realidad, un muro que se auto impone o una mentira piadosa con la que seguir adelante.

Poco después, Carmen la recibe con una sonrisa iluminada, el delantal ya puesto y el pelo recogido en una coleta alta. Es casi imposible que las dos libren el mismo día, y piensa robarle todo el tiempo del mundo.

El piso desprende un olor acogedor a especias, a café recién hecho y las plantas que riega cada mañana con mimo. Clara entra, se quita el abrigo y siente cómo poco a poco el ambiente le arranca la rigidez de los hombros con el que ha caminado.

—¿Te apetece que terminemos de cocinar juntas? —propone Carmen, mientras deja los ingredientes en la encimera de la cocina; tomates secos, pasta fresca, hierbas aromáticas, un par de cuñas de queso envueltos en papel.

Clara asiente, agradeciendo la naturalidad de su amiga, se arregla la coleta, arremanga el jersey, y se pone manos a la obra.

—Por cierto, todavía me queda una botella de ese tinto exclusivo que hiciste triunfar en las catas del año pasado. ¿Le damos un toque al cocinado?

Clara sonríe de oreja a oreja, y abre la botella con destreza. Es un elemento que se mueve perfecto entre sus dedos. Como un día delineó las curvas de la piel desnuda de Lucía.

El pensamiento la sacude y nota el calor subirle por el cuerpo.

Se concentra en buscar dos copas, y después las llena hasta la mitad de un rojo profundo con destellos granates. Clara lo huele primero, y después lo prueba con calma, dejando que el cuerpo aterciopelado del vino recorra su lengua.

—Había olvidado su carácter, pero lo equilibrado que es a la vez —dice, y la calma regresa a ella.

Es algo que le pasa al hablar de vinos, como si ese terreno fuera un refugio natural. Carmen sonríe y bebe también.

—Es magnífico. Perfecto para una velada tranquila como esta —añade, y le guiña un ojo.

Mientras cortan los tomates y preparan la pasta, la conversación viaja hacia lo vivido la noche anterior en el bar. Carmen recuerda la sonrisa de Clara, ese gesto fugaz que le dio un poco de calor al ambiente.

—Hacía mucho que no te veía reír así, aunque fuera apenas un instante. Fue como volver atrás en el tiempo, ¿no crees?

Clara la mira de reojo, con el cuchillo en la mano y el ceño fruncido. Quiere negar, pero la verdad le quema en la piel. Y también, en el corazón.

—No sé. Supongo que fue… inesperado. —«Demasiado inesperado para haber estado con Lucía». Se queda callada un instante y se encoge de hombros—. Tampoco debería significar nada.

Carmen se limita a remover los ingredientes en la sartén, dejando que el aceite chisporrotee y que el aroma del ajo dorado se extienda por la cocina.

—Tampoco pasa nada porque admitas que te duela trabajar con ella, o que… todavía sientes algo.

Clara se aparta de la encimera como si se hubiera convertido en fuego y se aferra a lo único que sostiene su control. Fija los ojos en el vino que reposa en su copa y se queda unos segundos en silencio.

—Te sorprenderá saber que no siento nada —miente y pone esa sonrisa con la que cree que engaña al mundo—. El pasado está enterrado, Carmen.

Pero sus palabras se deshacen en cuanto Carmen abre un cajón de la cocina, *ese* cajón donde suele guardar muchos de sus mejores recuerdos, del que saca un sobre con unas fotografías antiguas. La

extiende sobre la encimera con cuidado, como si fueran reliquias; cenas improvisadas, viajes, instantes robados en los que Clara y Lucía reían juntas, sin la sombra del rencor. Pero sobre todo, imágenes en las que Clara era feliz, alguien diferente a la mujer en la que se ha convertido.

—Yo solo digo que me gustaría que mi amiga volviera. Sea gracias al perdón o no.

Clara se queda paralizada. Sus dedos acarician las imágenes que le atraen como a un imán, sin atreverse a mirarlas más de cerca. Una punzada de dolor la atraviesa, agudo y al mismo tiempo cargado de una calidez peligrosa. Recuerda la última vez que tuvo a su alcance la espalda desnuda de Lucía, el tacto de su piel, el temblor de un suspiro compartido en la penumbra. Y ese recuerdo la sacude con tanta fuerza que necesita apartarse, llevarse la copa a los labios y beberse todo el vino.

—Solo son recuerdos —murmura con brusquedad, poniendo ese escudo que ya todo el mundo reconoce—. Y creo que es mejor no remover lo que ya no tiene solución.

Su mejor amiga guarda las fotografías, y asiente.

—Mejor vamos a cocinar —le pide Clara. Dándose cuenta de que, por mucho que lo repita, hay algo que empieza a despertar en los rincones de su alma que había cerrado con llave.

La sensación la acompaña horas después. La ciudad palpita en la noche con un ritmo inquieto, casi febril. Clara Echevarría camina sin rumbo fijo, envuelta en la penumbra de las calles húmedas, donde el reflejo de los neones tiñe el asfalto de destellos rosados y azulados. Su taconeo elegante resuena contra las aceras como si intentara acompasar su rabia contenida. Ha bebido demasiado vino en casa de Carmen; no hasta el punto de perder el control, pero lo suficiente como para sentir el cuerpo más ligero y la mente cargada de pensamientos que la golpean como un martillo incansable.

No soporta admitirlo, pero desde hacía días, Lucía se ha infiltrado en cada poro de su piel, como un veneno dulce dispuesto a correrle la sangre. Y se odia por ello, se odia por haber sonreído frente a ella, por haber sentido calor en el pecho cuando la vio probar el vino en

la bodega, por haber recordado el tacto de su piel al ver una simple fotografía. Una parte de sí misma querría arrancarse de raíz esos recuerdos, y otra se aferra a ellos como si fueran lo único verdadero que lleva en el corazón.

Necesita un escape. Algo que la distraiga aunque sea por unas horas.

Y los cuatro cigarrillos que se ha fumado, no lo han conseguido.

Clara entra en un local cualquiera, donde la música electrónica retumba contra las paredes y hace vibrar el suelo bajo sus pies. Pide un gin-tonic en la barra, lo bebe con ansia, y cuando gira la cabeza, unos ojos oscuros la observan desde el otro extremo. Una mujer, de sonrisa atrevida y vestido corto, se acerca sin dudar. Apenas intercambian un par de frases banales, suficientes para que Clara perciba lo que busca; complicidad inmediata, ausencia de preguntas, la promesa de un olvido momentáneo.

La noche las engulle antes de que pueda pensarlo demasiado. Afuera, el aire frío le corta la piel mientras los labios de la desconocida se funden con los suyos, urgentes, cargados de un deseo que nace de la necesidad más que de la atracción real. La empuja suavemente contra un muro de ladrillo húmedo, en un callejón oscuro, y allí el beso se vuelve una batalla, con mordidas, y sus lenguas, buscando el territorio de la otra, en un febril que huele a humo, a perfume caro y a desesperación.

Clara cierra los ojos con fuerza. Quiere perderse, entregarse al vértigo, convencerse de que basta con dejarse arrastrar. Pero la imagen de Lucía aparece entre las sombras con el brillo de su mirada, la curva de su sonrisa cuando hablaba con el vinicultor, la calidez de su voz pronunciando su nombre como nadie más lo hacía. Se aferra con rabia a los labios de la desconocida pero, aun así, en lo más profundo de su mente, la traición que acabó con todo se enciende como un recordatorio cruel.

«Papá y mamá tenían razón», piensa con un amargor que se mezcla con el sabor metálico del labio que acaba de morder. Ellos nunca aprobaron su relación. Siempre le hicieron sentir que Lucía no era

suficiente, que era un error, que una mujer con estudios, con un futuro brillante, con un gran apellido debía aspirar a más que a una simple tabernera. Y, aun así, Clara había elegido a Lucía, una y otra vez, porque en ella encontró algo que ningún apellido, ningún patrimonio, ningún título académico había sido capaz de darle: un amor que parecía inquebrantable. Sueños que tenían en conjunto y que la hacía volar como nadie.

Hasta que ella dejó de ser su sueño.

Ese recuerdo la golpea con la fuerza de una bofetada. Clara se separa un segundo de la mujer, respira agitadamente, siente el pecho arder. La desconocida acaricia su rostro con manos ansiosas, intenta atraerla de nuevo, y Clara se deja arrastrar, como si quisiera ahogar en caricias cada fragmento de dolor. Pero en el fondo, no encuentra ninguna escapatoria. Las miradas de Isabel también vuelven, inquisitivas, llenas de reproches velados, como si ella misma hubiera sido cómplice de lo que destrozó la mejor relación de su vida.

Finalmente, acaban en su piso. La puerta se cierra tras ellas con un golpe sordo y el eco de los tacones resonando contra la madera del suelo. Se besan con urgencia, entre risas tensas, mientras se van despojando de la ropa con manos torpes, cada prenda arrojada al suelo como si fuera un peso innecesario. Clara no piensa en nada más, solo actúa con instinto, con rabia, con una pasión que no nace del deseo sino de la necesidad de castigar su propio corazón.

Las sábanas blancas se arrugan bajo el cuerpo de las dos. Hay besos y mordidas, hay manos que recorren con prisa la piel de la otra, hay gemidos que llenan el silencio de su apartamento. Clara se deja llevar, empuja sus caderas, acaricia su piel, la muerde, como si cada gesto pudiera arrancar de su piel la memoria de Lucía. Pero cuanto más busca esa liberación, más consciente es de que no llega, de que cada caricia ajena se siente falsa, de que la voz de esa mujer, jadeante junto a su oído, no tiene la música que tanto añora.

Se gira, cierra los ojos con fuerza, se aferra al cuerpo desnudo que tiene entre los brazos, y aun así, en lo profundo de su mente, vuelve a aparecer la imagen de Lucía, de la última vez que compartieron una cama, el calor que emanaba de su piel, la forma en que su respiración se

acompasaba con la suya. Y ese recuerdo, lejos de apaciguar el vacío, lo amplifica hasta el dolor.

La desconocida se duerme poco después, exhausta, recostada contra su pecho. Clara permanece despierta, con los ojos clavados en el techo, y la habitación iluminada apenas por la luz intermitente de un cartel luminoso que parpadea desde la calle. Se fuma un cigarrillo en silencio, cuidando de no despertarla, y cada calada es un intento fallido de anestesiar la locura que le carcome el corazón.

«Nunca fue suficiente», se repite en su mente. Ni su esfuerzo por encajar en lo que su familia esperaba, ni su empeño en arrancar a Lucía de su corazón, ni este cuerpo extraño que ahora descansa en su cama. Nada es suficiente.

Aspira una última vez, aplasta la colilla en el cenicero y cierra los ojos, aunque sabe que el sueño no llegará pronto. La rabia y el deseo, entremezclados en su interior, siguen latiendo con una fuerza insoportable. Lo único que la acompaña es la certeza de que, por mucho que lo intente, Lucía sigue siendo el recuerdo que no se disuelve, el amor que no deja de arder, incluso en las noches más oscuras.

CAPÍTULO 12

Las calles se bañan del aroma a café que se filtra desde alguna cafetería cercana, como el de las frutas que poco a poco van llenando los puestos de frescura y colores que no pueden verse en ningún sitio más. Clara Echevarría lo percibe con más nitidez de lo habitual mientras camina por el Mercat de la Boquería junto a Lucía, como si los olores y sonidos, o los gritos de los vendedores activara en ella una decena de recuerdos que había guardado bajo llave. Le sorprende regresar allí después de tantos años, un espacio que una vez compartieron como si fuese un terreno de juego secreto donde se permitían imaginar el futuro de su negocio, cenas temáticas, combinaciones que parecían salidas de un delirio de recién licenciada y que ahora, sin embargo, podrían materializarse en una velada real para impresionar a su último cliente más exigente.

La rutina de ir a las grandes superficies y alejarse de lo conocido, es algo que le ha servido de mucho, pero ahora que camina junto a Lucía, se siente desconcertada. Porque ella parece moverse en el mercado como si estuviera en su propio hogar, donde saluda a algunos vendedores por su nombre, mientras sonríe con cercanía y una seguridad que parece no haberse difuminado con el paso de los años. Clara observa en silencio, sin poder evitarlo, cómo la mujer despliega un magnetismo que la rodea de una luz distinta. Y claro que sí, le duele reconocer que, incluso en ese pequeño instante, Lucía sigue teniendo la capacidad de robarle el aire con gestos sumamente sencillos.

Se paran en un puesto de quesos y Lucía inclina la cabeza hacia una tabla repleta de piezas envueltas en papel, con cortezas rugosas y aromas que te hacen la boca agua.

—Creo que uno de estos podría ir perfecto —le indica a Clara.

La dependienta las invita a probar algunos trozos. Clara se descubre algo cohibida, pero al final acepta y los saborea lentamente.

Uno de los quesos es intenso, con notas de hierba fresca y un regusto picante en la lengua. Cuando abre los ojos, descubre que lucía la mira fijamente con una sonrisa cómplice que le dice algo muy sencillo «vas a darme la razón». Clara carraspea e intenta apartar la mirada, pero el calor ya se le ha instalado en la nuca.

—Está muy bueno, sí. Y tiene ese toque delicioso que pegará con el vino principal que hemos escogido —anuncia Clara, con un tono calculado, deseando no tropezar consigo misma.

—Yo creo que más que pegar, va a brillar —le responde Lucía, con ese maldito entusiasmo que lleva poniéndole los pelos de punta varios días—. Este tipo de queso, acompañado de un vino con carácter, puede hacer que un cliente sienta que ha viajado a la propia montaña sin haber abandonado la mesa. Y según me dijiste, eso era lo que estabas buscando.

«No se le olvida nada.»

Clara entrecierra los ojos y Lucía se encoge de hombros. Ha dado de pleno.

Ese «va a brillar» resuena en su interior, trayendo el viejo recuerdo como si aún estuvieran sentadas en el suelo de su viejo piso, con varios cuadernos abiertos, inventando menús imposibles para un negocio que jamás vio nacer. Clara contiene una sonrisa, y por un instante se permite volver a esa chica que fue, a la que soñaba en plural, pero enseguida vuelve a su estado natural.

Siguen caminando entre puestos abarrotados de embutidos, jamones, pequeños montones de chorizo y lomo curado que desprenden un aroma que trae añoranza, y la culpa por no haber pisado más el mercado. Lucía toma la iniciativa de pedir unas piezas específicas, con nombres que Clara apenas recuerda, y se encarga de gestionar con el vendedor o la vendedora el envío de todo al lugar del evento. Clara interviene en los detalles, pregunta sobre cantidades, calcula el presupuesto en su mente, pero al final cede, porque sabe que en este terreno Lucía se mueve como pez en el agua.

Y no le sorprende que continúe siendo así.

—No has perdido el toque —murmura Clara en un momento de calma, mientras observan cómo toman los datos—. Sabes mandar.

Lucía suelta una risa sin malicia.

—No lo hago a propósito. Simplemente… me sale así. Ya sabes, son muchos años de experiencia.

Clara se siente molesta, porque se ha perdido esa evolución, porque debería haberlo visto en primera persona. Y aunque quiere odiarla, más bien siente un calor extraño que prefiere ignorar.

El colorido de los puestos de frutas y verduras las envuelve poco después y Clara se sorprende a sí misma sonriendo, casi sin darse cuenta, al ver cómo Lucía toca un melocotón y lo huele, cerrando los ojos como si el simple aroma pudiera transportarla a un verano perdido.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que hiciste la compra en el mercado? —pregunta Lucía, todavía sin mirarla directamente.

Clara se encoge de hombros y suspira.

—Más de lo que pueda recordar. He evitado lugares… ciertos lugares.

—¿Por qué?

—Porque te encontraba en cada uno de ellos —responde, sin darle más vueltas. Está cansada de dar rodeos cuando se trata de Lucía.

Esta se detiene, y Clara ve perfectamente el dolor que sus palabras le han causado.

—Te odié —añade, intentando fingir serenidad, aunque el temblor en su voz la delata—. Te odié muchísimo. Porque en cada esquina de esta ciudad aparecías tú. Y era insoportable. Por eso decidí alejarme un poco de nuestro mundo, crear mi propio mundo.

El silencio que sigue es casi insoportable. El bullicio del mercado parece alejarse, como si quedaran atrapadas en un espacio privado, invisible para el resto. Lucía aprieta los labios, como si tuviera algo que confesar, como si las palabras estuvieran preparadas para salir en algún

momento. Pero no dice nada. La ve tan relajada, casi feliz por primera vez en mucho tiempo, que el miedo a romper esa burbuja en la que está Clara, pesa más que la urgencia de contarle toda la verdad.

—Supongo que yo también me odié. Porque dejar de verte no significó que dejara de pensar en ti.

Clara no sabe qué contestar. El aire se le queda atascado en los pulmones. El corazón le late con fuerza, como si quisiera huir a alguna parte para no quedarse en su pecho. Sabe que esa conversación está abriendo grietas que llevaba años intentando sellar, ocultar, darlas por olvidadas. Y, aun así, algo en ella se siente vivo, terriblemente vivo.

Clara se da cuenta de que, de algún modo extraño, se siente más cercana a Lucía en ese instante que a cualquiera de las personas con las que se ha acostado en los últimos meses. No son amigas, no son enemigas, tampoco amantes. Son dos mujeres que compartieron un pasado que ahora está roto y que, sin saber cómo, están encontrando un espacio donde caminar de nuevo juntas, aunque solo sea entre los pasillos abarrotados de un mercado.

*

La tarde se ha deslizado con lentitud tras la vorágine del mercado. El eco de las voces de los vendedores aún resuena en la memoria de Clara, como si el bullicio se hubiera quedado pegado a su piel. Ahora, camina por las calles que rodean la Boquería, más tranquilas, con escaparates que invitan a detenerse en las pequeñas tiendas de decoración, anticuarios con lámparas polvorientas, comercios especializados en vajillas finas que parecen haberse detenido en otra época. El sol de media tarde entra por los ventanales y tiñe el interior de tonos dorados, casi solemnes.

Clara se adentra en una de esas tiendas, atraída por el reflejo de unas copas de cristal tallado que brillan sobre un estante. El espacio huele a madera encerada y a lino recién planchado, y en él reina un silencio tan distinto al caos del mercado —disipado cuando Lucía se fue — que siente como si hubiera cruzado un umbral hacia otro mundo. Pasa la mano sobre los manteles expuestos, palpa la suavidad de un algodón marfileño, el peso elegante de un lino más oscuro, y deja que su

mente empiece a ordenar combinaciones, como si las mesas de la futura cena se desplegaran ya ante ella.

Mientras observa los detalles de un juego de copas altas y delgadas, su teléfono vibra en el interior del bolso. Lo saca, algo distraída, y encuentra el nombre de Lucía en la pantalla. *«Me lo he pasado muy bien hoy. Deberíamos repetirlo.»*

Clara se queda quieta unos segundos, con el móvil en la mano y los labios apenas entreabiertos. La naturalidad de esas palabras la golpea más que si Lucía hubiese escrito un párrafo lleno de nostalgia. Le tiemblan los dedos. No sabe si responder de inmediato o esperar. Una parte de ella, la más racional, le grita que no se deje arrastrar, que no confunda el trabajo con lo que nunca volverá a ser. Pero otra, más íntima —y terca— sonríe ante la idea de que Lucía haya sentido lo mismo que ella sintió al recorrer juntas los pasillos del mercado.

Cierra los ojos, respira hondo y vuelve a guardarse el móvil, posponiendo la respuesta. Decide centrar la atención en la vajilla, aunque por dentro se sienta temblar como el vino recién derramado en una copa.

Cuando sale de la tienda con una bolsa en la mano y un par de manteles reservados para que se los envíen, suena otra notificación de WhatsApp.

«A ver, señorita —comienza el mensaje de voz que ha dejado—. En unos días hemos quedado con los de siempre en la terraza del Gòtic. Vente. Y escucha, trae a Lucía. Sí, no pongas cara, Carmen me ha contado que iba contigo al mercado. Ya va siendo hora de que las cosas se normalicen.»

Clara siente que el aire se le corta. Se apoya en la pared de piedra de la calle, cerrando los ojos un instante. «Trae a Lucía». Como si fuera tan fácil. Como si invitarla a esa reunión con amigos en común, no la dejara echa un desastre.

El corazón le late rápido. Se ve caminando hacia aquella terraza, rodeada de rostros conocidos, con Lucía a su lado poco después. Se imagina las miradas, los silencios, las sonrisas forzadas de quienes saben toda su historia. Y, en el fondo, le aterra descubrir que no es solo

la incomodidad lo que teme, sino la posibilidad de que esa cercanía se sienta demasiado bien, demasiado dañina.

Se obliga a caminar, a seguir recorriendo el barrio, como si el movimiento pudiera diluir la inquietud. Pasa por un escaparate donde cuelgan lámparas de cristal, cada una diferente, y su reflejo le devuelve una imagen que apenas reconoce: la suya, con los ojos brillantes, con un leve rubor en las mejillas. Alejando por completo a la mujer implacable de negocios. «¿Desde cuándo volver a verla me hace sentir así?»

Con la otra mano, enciende un cigarrillo. Lo sostiene entre los dedos con la elegancia automática de quien lo ha convertido en un gesto defensivo. Da una calada lenta, profunda, y el humo le acaricia la garganta antes de escaparse hacia el cielo abierto. Recuerda la voz de su padre, apenas unos días atrás, advirtiéndole que tuviera cuidado, que no olvidara cuánto sufrió, que no confundiera lo profesional con lo personal. Y ahora, con ese mensaje de Álvaro en el móvil y el recuerdo de las palabras de Lucía aun vibrando en su interior, siente que la promesa que hizo empieza a convertirse en polvo.

La realidad es simple y brutal; todo el mundo parece querer ese acercamiento entre ellas. Carmen con sus silencios cómplices, Álvaro con sus invitaciones explícitas, incluso los amigos que, sin saberlo, estarán esperando que aparezcan juntas en esa terraza. Clara se siente como una pieza arrastrada por una corriente invisible, incapaz de controlar hacia dónde va a desembocar, y no tiene idea de cuál será su destino.

CAPÍTULO 13

La terraza del Gòtic respira un aire distinto al resto de la ciudad. Desde allí arriba, las calles estrechas parecen un laberinto lejano, casi ajeno, y el bullicio del barrio llega amortiguado, como un rumor distante que es capaz de acompañarte sin invadir demasiado tu espacio. Las mesas están adornadas con velas que parpadean al compás de la brisa, y los vasos de vino brillan bajo la luz dorada de los faroles. Clara llega puntual, con ese porte impecable que nunca la abandona, incluso cuando por dentro un torbellino amenaza con arrasar cualquier atisbo de calma.

Álvaro le sonríe en cuanto llega a su lado, saludando con un gesto amplio, una copa de tinto en la mano y el gesto de quien siempre parece controlar la situación. Le tira unas cuantas miradas para ver si adivina su estado, pero Clara es la número uno en eso de engañar al personal. A su lado, Carmen conversa con Mateo, inclinado sobre la mesa con un gesto relajado, y al otro lado de la mesa está ella, Lucía, con esa frescura que a Clara le resulta tan incómoda como irresistible. Y un vestido amarillo que le queda de maravilla.

Después de quitarse la chaqueta, la conversación empieza a fluir entre risas, brindis improvisados y comentarios sobre lo mucho que habían tardado en volver a reunirse todos. Clara se descubre a sí misma bebiendo más rápido de lo habitual, como si cada sorbo fuera un escudo contra la tensión que la atraviesa. Pero poco a poco, contra todo pronóstico, empieza a relajarse. A disfrutar de ese encuentro después de tantos años, donde no quiere salir corriendo solo con pensar en Lucía.

Las tapas se acumulan en el centro de la mesa; aceitunas jugosas, croquetas de jamón, pan con tomate recién preparado. La conversación salta de tema en tema, y Clara, sorprendida, nota que está sonriendo sin esfuerzo, incluso riéndose de las ocurrencias de Mateo, o respondiendo

con ironía juguetona a algún comentario de Álvaro que no para de pincharla como si fuera la cita más importante de su vida

Pero lo más inquietante, es que junto a Lucía, a su lado, se abre un espacio de complicidad inesperada. De vez en cuando, sus miradas se encuentran sobre el borde de la copa, fugaces pero intensas, y el tiempo parece detenerse.

Durante un instante, Clara siente que el pasado ha dejado de quemarle tanto por dentro. Que quizá, por primera vez en años, están todos reunidos como antes, sin el lastre de rencores, traiciones y silencios insoportables. El aire nocturno es suave, y por un momento se permite el lujo de pensar que puede quedarse en ese estado de calma.

Pero la calma nunca dura.

Siempre lo ha tenido muy claro.

Se disculpa para ir a los aseos. El interior del local es más frío, iluminado por luces blancas que contrastan con la calidez de la terraza. Se mira en el espejo mientras se retoca el pintalabios, y la imagen que le devuelve el cristal la desconcierta; unos ojos brillantes, demasiado vivos, como si estuviera a punto de caer en un juego peligroso.

De repente, siente un escalofrío recorrer su columna vertebral.

La puerta del aseo se abre, y el reflejo de Victoria cae en el espejo. Surge casi de la nada, apoyada en el marco de la puerta, con esa elegancia natural y un gesto ambiguo que nunca ha sabido si interpretar como simpatía u odio. Hay casualidades que nunca han tenido que ver con el destino.

—Clara —dice, con una sonrisa enigmática—. Curioso encontrarte aquí.

—Victoria —responde Clara, seca, intentando disimular la incomodidad mientras sigue pintándose los labios.

La mujer se acerca un poco más, bajando la voz, como si quisiera compartir un secreto.

—Me he enterado que estás trabajando codo con codo con Lucía, y quería decirte que el otro día pasé casualmente por su bar. Hará un

par de días. ¿Y sabes quien estaba allí? Tu cliente. Ese inversor con el que estás tan empeñada en impresionar. Estaban hablando. Bastante animados, por cierto.

El corazón de Clara se contrae, y no es capaz de moverse, ni siquiera parpadea, pero por dentro una ola de calor y furia le sube como un incendio descontrolado.

—¿Y? —pregunta con una frialdad ensayada, aunque su tono de voz empieza a vibrar.

Victoria arquea una ceja.

—Solo pensé que te interesaría saberlo. Ya sabes cómo es Lucía… siempre tan cercana… y encantadora.

Clara no responde. No le da ese gusto. Se limita a girarse, a cruzar de nuevo la puerta hacia la terraza, con cada paso más firme que el anterior, como si sus tacones fueran un martillo golpeando contra el suelo. Pero dentro, la tormenta ya está desatada.

Al regresar, todo parece igual; las velas, las risas, las copas, nada se ha movido de su sitio. Pero Clara siente que algo se ha roto en su interior. Se sienta, fija la mirada en Lucía, y ya no puede contenerse.

—Dime —empieza, con voz baja, demasiado baja, tanto que obliga a Lucía a inclinarse un poco hacia ella—. ¿Desde cuándo vuelves a jugar conmigo?

Lucía parpadea, desconcertada.

—¿De qué estás hablando?

Clara aprieta la copa con fuerza, casi al borde de romper el cristal.

—Victoria me acaba de decir que vio al inversor en tu bar. Con *tus* atenciones y charlas sobre vino, supongo. Qué conveniente.

Los ojos de Lucía brillan, primero por la sorpresa, luego con una indignación contenida.

—Clara… no es lo que piensas.

—¿Y qué es lo que pienso exactamente? —Su voz es un susurro venenoso, apenas audible, pero cargado de filo—. Que otra vez estás entrometiéndote, que otra vez pretendes arrastrarme a tu terreno y dejarme en ridículo, después de aprovecharte de mí.

Lucía respira hondo, se inclina más para evitar que el resto de chicos les presten atención.

Algo totalmente imposible.

—No estoy jugando contigo. El cliente entró al bar, preguntó por ti y después mi madre le dio conversación, me pidió que le hablara un poco de nuestra historia.

Clara suelta una carcajada seca, sin apenas alegría. Ya no se cree nada.

—Qué coincidencia tan maravillosa. Siempre pareces estar en el lugar perfecto para destrozarme la vida.

El silencio en la mesa es casi absoluto, aunque los demás intentan continuar una conversación forzada. Álvaro lanza miradas de advertencia, Carmen frunce el ceño, pero Clara y Lucía están atrapadas en un duelo privado.

Lucía baja la voz, con las mejillas ardiéndole por la vergüenza.

—Sigues viéndome como la culpable de todo. Como si no hubieras tenido parte de culpa en lo que pasó.

Las palabras caen como un golpe seco en la boca del estómago. Clara siente la rabia y, al mismo tiempo, una atracción inexplicable, un calor insoportable que le recorre la piel. La cercanía de Lucía, su respiración alterada, el brillo desafiante en sus ojos… todo es desquiciante.

El corazón de Clara late desbocado. Por un segundo cree que va a besarla ahí mismo, frente a todos, como si la rabia se hubiera convertido en deseo puro. Y Lucía lo sabe, lo siente en la forma en que sus miradas se quedan enganchadas, en cómo ninguna de los dos retrocede.

Pero Clara se levanta de golpe y arrastra la silla por el suelo.

—No pienso repetir el pasado —espeta, con los dientes apretados.

Sujeta la chaqueta, coge el bolso y se larga. Camina con pasos rápidos hacia las escaleras, dejando atrás la terraza, el grupo sorprendido y, sobre todo, dejando atrás a Lucía, aunque el cuerpo entero le arde de la tensión insoportable de haber estado tan cerca de ceder.

CAPÍTULO 14

Lucía se queda inmóvil unos segundos, incapaz de reaccionar mientras ve cómo Clara se levanta de la mesa y desaparece entre el laberinto de mesas y comensales. La copa todavía le tiembla entre los dedos, y el eco de sus reproches lanzados con veneno, golpea su mente con la fuerza de un tambor. No puede entender cómo todo se ha ido a la mierda en cuestión de minutos, cómo ese instante de calma compartida en la terraza ha acabado convertido en un campo de batalla, por unas acusaciones que ni siquiera llega a entender.

Siente las miradas de los demás sobre ella. Álvaro tiene una ceja levantada y aprieta la mandíbula, sin acabar de entender cómo ha podido hacer algo así. Mateo pone atención en Carmen, en un vago y torpe intento de distraerla con algún comentario trivial, aunque ella apenas lo escucha; su mirada está fija en la misma puerta por la que ha desaparecido Clara.

Lucía deja la copa sobre la mesa con brusquedad y se levanta de golpe de la silla.

—Perdonadme —les comunica y la torpeza con la que se pone de pie, está a punto de conseguir que tire el resto de copas.

Los chicos no son capaces de decir nada y ella abandona la terraza con la misma rapidez que lo ha hecho Clara.

Las calles del Gòtic la reciben con un aire húmedo y eléctrico, típico de las noches barcelonesas, donde los rincones de piedra parecen guardar secretos y los balcones en penumbra vigilan en silencio los pasos de quienes pasan por ahí. Lucía Salgado siempre ha creído en las segundas oportunidades, en que el destino obra en consecuencia, con la intención de curar viejas heridas. Por eso camina deprisa, doblando esquinas y recorriendo calles sin pensar demasiado, solo con la intención de dar con ella, hasta que la ve en la lejanía. Clara está con los

brazos cruzados, y la espalda recta, avanzando como una sombra decidida hacia El Born.

Un camino que juntas recorrieron un millón de veces.

—¡Clara! —la llama, pero la otra no se detiene.

Lucía acelera el paso y, cuando la alcanza al fin, la sujeta de un brazo con firmeza. Clara se gira bruscamente, con el rostro encendido por la rabia y los ojos brillando de una furia que Lucía es capaz de reconocer al instante.

—Suéltame, joder. —La voz de Clara es tan cortante que siente cómo el cuchillo se le clava en el estómago.

—No pienso hacerlo —responde Lucía. Y, sin darle oportunidad de replicar, la arrastra hacia una callejuela estrecha, donde apenas cabe la luz de un farol antiguo que tiñe las paredes de un tono amarillento. El murmullo de la ciudad se queda amortiguado en ese rincón, como si el mundo entero hubiera decidido apartarse para dejarlas a solas.

Clara forcejea un poco, pero no con la fuerza suficiente para soltarte. Nota cómo sus tacones trastabillan y resuena sobre el suelo empedrado hasta que, finalmente, Lucía la coloca frente a sí, respirando de forma agitada.

—Tienes que escucharme, por favor.

—No tengo nada que oír de ti —responde con frialdad, dándole la espalda.

Lucía avanza un paso, con las manos todavía sujetándolas por las muñecas, y la obliga a mirarla.

—Te repito que él fue al bar para buscarte, no al revés —le aclara, abriendo bien los ojos—. Yo no busqué que viniera, ni siquiera lo conocía, Clara, ni lo recibí con los brazos abiertos o intenciones ocultas. Fue mi madre quien intervino y le habló un poco del negocio, de cómo trabajamos con productores más pequeños, nada más.

Los ojos de Clara brillan en desconfianza, pero detrás de esa máscara de dureza que ha puesto, Lucía distingue una herida que todavía sigue abierta.

—¿Y pretendes que te crea? —espeta, aunque la voz le tiembla, revelando que sí le gustaría creerla.

—Sí, porque es la verdad —afirma Lucía, pero no suelta la fuerza de su agarre—, y porque sabes que lo único que ha querido Victoria es malmeter entre nosotras. No soporta verte avanzar, ni verme a mí seguir en la cola, así que aprovecha cualquier oportunidad para sembrar dudas. Y contigo… es muy sencillo, Clara. Porque llevas demasiado tiempo pensando lo peor de mí.

Las palabras flotan entre ellas, cargadas de un reproche que Lucía no puede suavizar. Clara aparta la mirada, busca el suelo, los muros que la rodean, cualquier cosa que no sean sus ojos.

Lucía da un paso más, acortando la distancia, y Clara retrocede hasta que su espalda se queda pegada a la fría fachada del edificio, entre este y el cuerpo de Lucía. El contraste entre la piedra fría y la proximidad ardiente de ella le provoca un estremecimiento involuntario.

La piel se le eriza.

Las manos de Lucía siguen sujetándola con firmeza, pero sin hacerle daño, y por un instante el tiempo se detiene. El silencio es tan intenso que lo único audible es la respiración agitada de las dos, entrecortada y rápida, como si estuvieran a punto de cruzar un umbral del que ya no encontrarán camino de regreso.

Lucía la mira a los ojos. Ve el brillo de la rabia, sí, pero también la fragilidad oculta, el deseo maldito que le late bajo la piel, ese mismo que ella misma lleva años conteniendo. Su propio corazón late con una violencia insoportable, y las palabras que lleva tanto tiempo guardadas dentro de su cabeza, de su corazón… amenazan con salir de golpe.

«Dile la verdad», se dice. «Dile que fue mamá quien te obligó a cerrar aquel trato, que tú nunca quisiste traicionarla, que lo que pasó no fue decisión tuya.»

Abre la boca, siente el ardor en la garganta, la urgencia de confesarlo todo de una vez. Pero entonces ve algo en los ojos de Clara. Una sombra de dolor tan profundo que la atraviesa, y que la reduce a las cenizas más oscuras. Comprende, en ese instante, que confesárselo

todo, sería como clavar un puñal en una herida que no se ha cerrado por mucho tiempo que haya pasado. Y se da cuenta de que no puede.

Lucía aprieta los labios y se queda callada.

La tensión entre ellas es insoportable. Están tan cerca que sus respiraciones se mezclan con la de la otra, tan pegadas que un mínimo movimiento podría convertirse en un beso o incluso en algo más… Clara traga saliva, tiene las pupilas dilatadas, la mandíbula apretada como si luchara contra algo invisible.

Lucía no se mueve, atrapada en ese abismo que comparten.

—Si de verdad quieres creer que estoy aquí para hundirte, hazlo —murmura después de unos segundos, con la voz ronca y la garganta seca—. Pero sabes que no es cierto.

Clara cierra los ojos, como si esas palabras fueran demasiado peligrosas. Y durante un segundo, Lucía piensa que se va a rendir, que va a dejarse arrastrar por lo que sienten, que va a permitir que las chispas que hay en su interior, por fin se conviertan en fuego.

Pero Clara gira la cabeza a un lado, intentando escapar de esa mirada que la devora.

—Suéltame —le pide de nuevo, esta vez con menos fuerza, más vulnerable, como si su propia voz le temblara.

Lucía no lo hace de inmediato. Sus manos siguen aferradas a las muñecas de Clara, y sus cuerpos continúan a escasos centímetros. Clara da un paso al lado, respirando hondo, buscando recomponer la armadura que casi se le rompe en ese maldito callejón.

Clara se arregla el bolso sobre su hombro con gesto brusco, como si esa acción marcara el final de una conversación que parece no haber deseado tener. Lucía la ve respirar hondo, intentando recomponerse, aferrándose a la dignidad que tanto se esfuerza en mantener intacta, aunque en sus ojos, aún brillantes por el enfado, hay un temblor que reconoce perfectamente. Esta decidida a marcharse, a dejarla ahí, en mitad de las frías paredes callejón.

Tiene muy claro que nunca admitirá que la ha creído. Lo sabe por cómo la ha mirado hace un instante, por el titube de sus labios, por la

manera en que se le aceleraba el pulso bajo su agarre. Pero no va a concederle la satisfacción de admitirlo. Clara ha sabido en los últimos años cubrir de hielo cada emoción ardiente que se asoma por la superficie.

La observa girarse, altiva, con la melena oscura cayéndole sobre el hombro con un movimiento que parece coreografiado para hacerle daño, como si al mostrarle la espalda quisiera recordarle lo fácil que le resulta dejarla atrás. El instinto de Lucía grita que la deje ir, que no cometa el error de seguir hundiéndose en ese pantano que tantas veces la ha devorado. Pero cuando los pasos de Clara resuenan sobre la piedra y la distancia empieza a crecer entre ellas, algo más fuerte que la razón se apodera de su ser.

Avanza, la sujeta de la muñeca con un movimiento decidido y, antes de que pueda mediar palabra, la gira hacia ella. La sorpresa en el rostro de Clara apenas dura un segundo, porque en el siguiente, la boca de Lucía ya ha buscado la suya. El beso estalla como una tormenta contenida, cargado de deseo, de rabia, de necesidad. Sus labios se hunden con los de ella con urgencia, con la brutal sinceridad de quien ya no puede retenerse más.

La espalda de Clara golpea la pared fría y áspera, y le sorprende que no se aparte. Más bien lo contrario; su boca responde con la misma intensidad, como si también hubiera estado esperando ese momento, con una ansiedad salvaje que le recorre toda la piel. El roce de sus labios hinchados, la humedad que se mezcla entre ellas… el temblor de los dedos de Clara al aferrarse en el hombro de Lucía… Cada detalle la abrasa, la destroza y la reconstruye al mismo tiempo.

Al separarse, Clara lo hace con brusquedad, como si el aire fuese de repente insuficiente. Sus labios están encendidos, abiertos en un gesto entre la incredulidad y el enfado. Mira a Lucía como si fuera a lanzarle el peor de los reproches, como si fuera a recordarle que esos jamás debería haber pasado. Pero lo que ocurre en realidad; arrasando con todo, es que vuelve a besarla. Sin avisar, con un ímpetu que le roba el aliento.

Clara la besa con intensidad. Sin sorpresas ni vacilación, sin ponerse frenos. Las manos de Lucía se aferran a la cintura de ella, y

siente cómo su cuerpo se tensa y se rinde a la vez, cómo el pulso que late en su cuello le roza los labios al rozarlos ahí, en busca de su piel.

Con un gesto desesperado y cargado de deseo, Clara Echevarría la toma de la muñeca y tira de ella hacia la salida del callejón. Caminan juntas sin mirarse, con paso rápido, casi atropellados, como si el mundo entero fuese un obstáculo que quieren dejar atrás cuanto antes. La ciudad bulle alrededor, los bares escupen la risa de la gente junto al humo de los cigarros, los turistas se cruzan en su camino, pero nada de eso existe. Solo la mano de Clara aferrada a la de Lucía, y la urgencia imparable de lo que va a suceder.

Las dos levantan la mano al mismo tiempo y un taxi se detiene frente a nosotras con un chirrido de sus frenos. Suben sin pensarlo, y Lucía da la dirección al conductor en cuanto se cierra la puerta. Algo de lo que no es consciente, porque Clara la arrastra hacia ella y vuelve a besarla. El coche avanza por calles iluminadas, pero no son conscientes de la ciudad, ni del ruido, solo del roce de sus bocas.

El trayecto se hace eterno y a la vez inexistente. Cuando por fin llegan, bajan casi a la carrera y Lucía apenas tiene tiempo de abrir la puerta de su piso antes de que Clara la empuje y la cierre de golpe tras ellas. El sonido seco de la cerradura resuena con fuerza.

Los labios de Clara buscan los de Lucía de inmediato, y ya no hay contención. La pasión la desborda, se desata en besos que son mordiscos, en caricias que queman, en los cuerpos que se reconocen y reclaman con una desesperación largamente reprimida. Las manos de Lucía recorren las curvas de Clara con una urgencia reverente, como si necesitara memorizar y recordar de nuevo cada línea de su silueta antes de que desaparezca de nuevo de su vida.

La ropa cae al suelo poco a poco, formando un rastro de abandono que las conduce hasta la habitación de Lucía. Allí, bajo la tenue luz que se filtra desde la calle, ella mira a Clara como nunca la había visto; está hermosa, con el cuerpo temblando, y el pelo desordenado sobre los ojos, junto a sus ojos ardiendo de deseo.

Lucía la empuja suavemente hacia la cama y ella se deja caer. Las manos de Clara buscan a Lucía con desesperación, recorriendo su

espalda, hundiéndose en su piel con una fuerza que le arranca gemidos ahogados. Se besan de nuevo, y el rencor, la añoranza, la rabia, y el amor que… nunca ha desaparecido, se mezclan.

Las sábanas pronto se convierten en un campo de batalla donde no existen más reglas que las del deseo. Los labios de Lucía recorren el cuello de Clara con avidez, bajando por su clavícula hasta detenerse en la curva de su pecho, donde arranca un gemido profundo al atraparlo entre sus labios. Ella se arquea bajo si cuerpo, y las uñas de Clara se clavan en la espalda de Lucía a placer, con rabia y ese dolor dulce que la enciende mucho más. Las manos de Lucía se deslizan por los muslos de ella, abriéndolos con firmeza, mientras la besa con un hambre que roza lo desesperado.

El cuerpo de Clara se estremece bajo su tacto, su piel arde contra la de Lucía, como si hubieran guardado ese incendio durante años, esperando el momento perfecto para desatarlo. La lengua de Lucía desciende lenta, saboreando cada línea de su abdomen, provocando espasmos involuntarios que obligan a Clara a apretar las sábanas con fuerza. Cuando al fin hunde entre sus muslos, Lucía le arranca un gemido que resuena contra la penumbra de la habitación, un sonido cargado de sentimientos que revolotean en su interior. Lucía la sostiene con firmeza, sujetándola por las caderas para que no se escape de ese vaivén, para que sea muy consciente de que no piensa darle tregua.

El sabor de su sexo la inunda y, cuando Lucía siente cómo Clara se arquea, cómo su cuerpo tiembla contra su boca, levanta la mirada y se encuentra con sus ojos, abiertos, ardiendo de placer, mirándola como si odiara depender de ella para volver a sentirse viva. Lucía sube, con los labios mojados y la besa con brutalidad, haciéndole probar su propio sabor mientras sigue acariciándola con los dedos, entrando en su interior, reclamándola, hasta que el cuerpo de Clara cede y se rompe en un orgasmo que las hace vibrar.

Los jadeos compartidos llenan la habitación, hasta que solo existe el vértigo del placer y una certera injusta para Clara, aunque también para Lucía, porque saben que nada será igual después de esta noche.

CAPÍTULO 15

Clarra lleva cuatro días arrastrando un cansancio que no consigue arrancarse de encima. Desde la noche que pasó con Lucía, el resto del mundo se ha tambaleado, como si la tierra bajo sus pies se hubiera agrietado y el vacío amenazara con tragársela. No logra concentrarse en el trabajo, en los detalles de la cena, en la decoración, en todos los pedidos que deben hacer. Se ha dedicado a dar órdenes que sus asistentes y el mismo Álvaro han corregido con discreción, y apenas logra sostener conversaciones más allá de lo estrictamente necesario. Ahora, está postrada en la cama de su piso en Poblenou, y siente que su cuerpo ha decidido rendirse una vez más a la fiebre que sube y baja continuamente. Le arde la garganta y en la mesita de noche hay más bolitas de pañuelos con mocos de los que puede contar. Siente los músculos débiles, y eso la ha obligado a mantenerse bajo las sábanas que, en estos momentos, se sienten como un refugio del mundo exterior.

La conversación que tiene por teléfono con su padre, alcanza su estado más álgido. La cabeza le da vueltas y no tiene ganas de escucharlo más, aunque como siempre, él es capaz de echarle la bronca con una dulzura que nunca ha sabido disimular.

—Sabía que al final el cuerpo te terminaría por pasar factura —le dice la voz grave al otro lado del teléfono. Clara se lo puede imaginar hasta haciendo la maleta para ir a Barcelona—. Llevas demasiado tiempo exigiéndote más de lo que cualquier persona normal aguantaría.

—Ya, pero es que yo no soy alguien normal —protesta ella.

Suspira y hunde la cabeza en la almohada, cerrando los ojos como si pudiera escapar de la regañina digna de estar en plena adolescencia.

—Estaré bien —añade, con un hilo débil de voz—. Solo necesito descansar un poco más. Apenas es un resfriado.

—No me mientas —insiste él. Siempre ha odiado que tenga tanta intuición cuando se trata de ella—. Sé que hay algo más, que *hay alguien* más detrás de ese d desorden. No es casualidad que esto haya pasado después de decirme que estabas trabajando otra vez con Lucía.

«Qué pesado». Clara aprieta los labios, está tentada a colgarle, pero reúne todas las fuerzas de las que es capaz y responde.

—Te dije que era solo trabajo, no sé por qué no me crees —asegura, más para convencerse a sí misma que a su propio padre—. Una colaboración puntual que luego separará nuestros caminos de nuevo.

Su padre guarda silencio. Se lo imagina con el ceño fruncido.

—Solo te voy a decir una cosa, Clara —suelta con ese tono que no da lugar a discusión—. No permitas que vuelva a destrozarte.

El eco de esas palabras le martillea en las sienes, más fuerte que la propia fiebre. Poco después, termina la llamada con una promesa que ella lanza al aire casi sin pensar, recordándole que pronto irá al pueblo con Álvaro, y que no va a pasar nada más con Lucía más allá de lo profesional —menuda mentirosa está hecha—. Cuando cuelga, siente un vacío insoportable, como si el simple hecho de nombrarla hubiera abierto la herida que tanto se ha esforzado en ocultar.

Intenta dormir, pero el descanso se convierte en un torbellino de imágenes difusas; la risa de Lucía, la presión de sus labios contra los suyos en aquella callejuela del Born, el temblor de sus manos recorriendo su cuerpo en la penumbra del dormitorio. Cómo la acarició y la hizo suya igual que otras tantas veces. Clara se revuelve bajo las sábanas, atrapada entre el deseo y la rabia, hasta que el sonido del timbre de casa rompe el silencio.

Y menos mal, porque se descubre con la mano dentro de sus bragas.

Con dificultad se incorpora, arrastrando los pies hasta la puerta. Al abrir, descubre a Carmen, con un táper humeante en las manos y esa sonrisa tierna llena de preocupación.

—Ni se te ocurra protestar, que ya sé que me vas a decir que no hacía falta y bla, bla, bla… —dice, entrando sin pedir permiso—. Pero no deberías pasar el día sola si estás enferma.

—Es un poco de fiebre, nada más —replica Clara, intentando sonar firme, aunque la tos que la sacude de inmediato la contradice—. De verdad que entre Álvaro y tú, me vais a volver loca.

Carmen suelta una carcajada y deja la comida sobre la encimera de la cocina.

—¿Tú te has escuchado la voz que llevas? Si pareces Manolo el del bombo en pleno partido.

A regañadientes, Clara se deja caer en el sofá mientras Carmen sirve la sopa caliente. El olor a verduras y especias inunda el apartamento, devolviéndole una sensación casi olvidada; sentirse cuidada. Durante unos minutos comen en silencio, hasta que Carmen la observa con atención, como si buscara en sus gestos cualquier cosa que le esté ocultando.

—Clara —empieza titubeando un poco, apoyando la cuchara sobre el plato—. El otro día, en la terraza… las cosas estuvieron muy tensas. ¿Necesitas hablarlo?

Clara desvía la mirada hacia la ventana. El sol de mediodía ilumina los edificios de Poblenou, pero a ella solo le llega la sombra de la inquietud. Le sorprende que Lucía no le haya comentado nada. Y quizá, hasta para bien.

—No hay mucho que decir —murmura—. Solo me dejé calentar la cabeza por Victoria. Ya le pedí perdón a lucía.

—Ya… calentarte la cabeza —repite Carmen, arqueando una ceja —. Pero yo creo que por ahí hay algo más.

El silencio las envuelve y Clara siente la tensión agarrarse a cada uno de sus músculos. Juguetea un momento con el borde de la servilleta, debatiéndose entre callar o soltarlo todo. Su mejor amiga no la presiona, pero sus ojos, tan atentos a los de ella, le arrancan la máscara de cuajo, y al final, el peso de la verdad le resulta insoportable.

—Nos acostamos. En su piso —confiesa de golpe, como si al pronunciarlo en voz alta liberara un torrente de emociones que llevaban demasiado tiempo contenidas.

Carmen abre mucho los ojos, aunque no parece sorprendida del todo.

—¡Joder, lo sabía! —responde y casi sonríe por tener razón—. Lo vi en tus gestos, en cómo te fuiste de allí aquella noche.

Clara traga saliva, siente un nudo en el pecho que no es desconocido del todo. Porque con respecto a Lucía, siempre ha estado ahí.

—No quería decírtelo porque sé lo que me vas a decir, lo que pensarán todos. Incluso Álvaro cuando se entere —suspira—. Pero… además de eso, es que creo no podría haberlo evitado.

Carmen la observa en silencio, dándole espacio para continuar.

—Estoy hecha un desastre —prosigue Clara, con la voz titubeante y el deseo irrefrenable de desahogarse de una vez—. No puedo olvidar la última vez que discutí con Isabel. Esa mujer me odia de una forma irracional, Carmen, estoy convencida. Y lo peor es que manipula a su hija, la controla, la hunde y la maneja a su antojo. Pero no puedo meterme ahí, por mucho que piense que hay algo más.

Su amiga suspira y se inclina hacia ella, tomándola de la mano. Carmen podría habérselo contado todo en ese momento, pero sabe que debe ser Lucía quien lo haga.

—Clara, escucha. Entiendo lo que sientes, de verdad, pero no puedes permitir que esto se convierta en un juego tan peligroso. Ni para ti ni para ella. Si vuelves a dejar las cosas a la ligera y no pensar en lo que realmente quieres…, el final será el mismo que entonces. Y tú no eres la misma mujer que hace años. Eso no hace falta que te lo recuerde.

Clara baja la mirada, incapaz de ver el reflejo de su expresión en los ojos de Carmen. Quien, antes de marcharse, recoge los platos y le dedica una sonrisa cálida.

—Tengo que volver al bar —le informa y le da un beso en la frente—. Aun así, me alegra verte más relajada, aunque sea estando

enferma. Te hacía falta bajar el ritmo, y pensar un poco en ti.

Clara la acompaña hasta la puerta, sintiéndose más vulnerable que nunca. Cuando se queda sola, apoya la frente contra la madera y cierra los ojos. Siente las mariposas en el estómago, pero también un nudo en el pecho, cargado de confusión, de preguntas que no quiere responder ahora, de incertezas que la guían siempre a una misma palabra, al nombre de la mujer que lo cambió y ha cambiado todo.

A Lucía.

CAPÍTULO 16

La tarde noche ha caído sobre Barcelona con un fulgor suave, dorado, que ha bañado las fachadas modernistas y teñido el cielo de un ámbar delicado hasta dar paso a la oscuridad. Lucía Salgado, desde la entrada del elegante espacio que Clara eligió para la cena privada, observa cómo los invitados empiezan a llegar, con un aire de absoluta expectación que les brilla en las miradas. Está segura de que intuyen que la velada será especial, y no puede evitar sentirse nerviosa. El lugar es perfecto; un salón de techos altos y vigas de madera, iluminado por lámpara cálidas que dejan las sombras en penumbra, generando una intimidad casi teatral.

En la lejanía ve a Clara, impecable en un vestido sencillo pero de líneas firmes, coordinando con discreción cada detalle, aunque Lucía la ve moverse con esa tensión elegante que se delata en su mirada. Puede que su mayor don sean los vinos, pero también tiene un gusto exquisito para coordinar veladas de este estilo junto a su mejor amigo Álvaro. Lucía se pregunta si Carmen, radiante en su papel de chef, también vive las noches con nervios. Aunque no lo parece porque Sergio, ya reparte copas y tapas vestido de negro, con una profesionalidad que saca sonrisas por todas las mesas.

«¿Qué habría pasado si llega a ser mi primo quien hubiese ido a esa cata?», se pregunta, al recordar el reproche de su madre.

Lucía respira hondo, intentando calmar el nudo que siente en el estómago. Esa noche no solo es importante para el negocio de Clara, también lo es para ella. Han pasado días desde que estuvieron juntas —incluso sabe que Clara se ha puesto enferma, y sí, ha odiado no ir a cuidarla—, días en los que ha trabajado hasta la propia extenuación para no pensar demasiado, ni para dejar que las dudas la devoren. Pero ahora, en mitad de ese salón elegante, basta con verla caminar entre los invitados, y sonreír con esa mezcla de control y encanto, para que las

mariposas vuelvan a resurgir en su pecho con una fuerza imposible de contener.

El vino que eligieron para la cena circula entre las mesas, despertando muchos elogios y buenos comentarios. Lucía se acerca a un pequeño grupo donde un par de comensales discuten sobre los matices del sabor y la textura que tiene. Y sí, por primera vez en mucho tiempo, Lucía se siente orgullosa, no solo porque el producto guste, sino porque Clara la mira desde la distancia con esa chispa en los ojos, un destello de reconocimiento que, aunque breve, le basta para sentir que forma parte de algo que están compartiendo de verdad.

La velada transcurre con una armonía que incluso relaja sus nervios. Los invitados se dejan llevar por la comida exquisita de sus tapas, por el vino, por esa atmósfera relajada. El inversor, sentado junto a Clara, asiente complacido en varias ocasiones, y al final de la cena, levanta la copa para brindar por un futuro prometedor. Lucía aprovecha ese instante para fijarse en ella, para ver el brillo de satisfacción que apenas logra contener, la forma en la que su sonrisa se muestra con naturalidad, dejando entrever que las cosas han salido mejor de lo que se había imaginado.

Entre el jaleo, apenas tienen tiempo de hablar, pero aun así, los momentos de complicidad entre las dos se han abierto paso haciéndolas escapar de la multitud. Sin embargo, Lucía respira cuando por fin termina la cena y los invitados se dispersan. Fuera, la noche de la Barceloneta las acoge mientras caminan juntas, dejando atrás las luces cálidas del salón y adentrándose entre la brisa fresca del mar que recorre las calles. El paseo marítimo vibra con los murmullos lejanos de las conversaciones, pero a su alrededor parece reinar un silencio que es muy íntimo, interrumpido solo por el vaivén constante de las olas.

Lucía siente que el momento se le va a escapar entre los dedos si no hace algo. Lleva demasiado tiempo callando el pasado, ocultando los sentimientos que bullen en su interior, y cada paso que da junto a Clara es como tirarse una piedra a sí misma, como si la cercanía —que es insoportable— fuera a separarlas en algún momento si no dice la verdad. La mira de reojo, tiene el pelo revuelto por el viento, un gesto

tranquilo, y los labios entre abiertos como si buscara decir algo y se lo guardar al instante.

Es ahora o nunca.

—Clara… —La voz le tiembla en cuanto pronuncia su nombre, pero se abre paso a través de sus labios con decisión—. Tengo que decirte algo que no puedo seguir guardando para mí.

Ella gira la cabeza, intrigada, poniendo un gesto que busca protegerse. Lucía se humedece los labios y continúa, consciente de que su corazón está empezando a latir con mucha fuerza.

—Nunca he dejado de quererte —confiesa, y esas palabras, una vez liberadas, le resuenen en los oídos de nuevo—. Jamás quise traicionarte, ni entonces ni ahora. Lo que ocurrió… todo lo que piensas que hice, cómo lo hice… no fue cómo crees.

Clara fija los ojos en ella, pero su expresión es hermética, como si fuera una muralla imposible de atravesar. Lucía siente el impulso de tomarle la mano, de sacudirla, de compartir una caricia, pero se contiene.

—No sabes cuántas veces he querido decirte esto —prosigue Lucía, y agacha la mirada para ver sus manos—. Que no he olvidado lo que hubo entre nosotras. Que, aunque me odiaras, aunque te alejaras, en mí siempre quedó ese sentimiento que ha tomado el control de mi corazón cada vez que pensaba en ti. Mi madre me obligó a cerrar ese trago, íbamos a perder la casa también y… no pude evitarlo.

La brisa marina sopla con mucha más fuerza, y mueve los mechones de su pelo. Por un instante, tiene la sensación de que la ciudad entera se ha quedado suspendida, esperando la reacción de Clara. Ella apenas sonríe, muestra una curva mínima en los labios que podría interpretarse como felicidad o como una defensa impuesta más.

—Lucía… —murmura, pero el resto de las palabras se le quedan atascadas en la garganta.

Sus manos aprietan el asa del bolso, y sus pasos se vuelven más rápidos, como si buscara huir de un terreno peligroso.

Lucía la observa, desarmada, sintiendo que se le escapa una vez más.

—Dime algo, lo que sea —suplica, avanzando un paso hacia ella —. No me dejes hablando sola.

Clara se detiene, apenas se vuelve, y cuando lo hace, en sus ojos hay un destello de dolor que la atraviesa como un puñal.

—No sé qué decirte —responde con honestidad—. No tengo idea de lo que debo sentir, Lucía.

La frase, tan sencilla y tan brutal, la deja sin aire. Lucía baja la mirada, incapaz de sostener la distancia que se ha abierto de nuevo entre ellas. El silencio se instala, roto solo por el rugido lejano de las olas contra el espigón. Al final, Clara se despide con una sonrisa leve, casi frágil, y se aleja hacia un taxi que la espera al borde del paseo. Lucía se queda allí, inmóvil, viendo cómo la silueta de la mujer que nunca dejó de amar se pierde entre las luces de la ciudad.

Cuando por fin se gira hacia el mar, la brisa la golpea con un frescor casi violento. Cierra los ojos, dejando que el aire salado le acaricie el rostro, como si pudiera limpiar la herida recién abierta. Pero el vacío en su pecho es más grande que nunca, y mientras escucha el vaivén del agua contra la arena, sabe que ha dicho la verdad demasiado tarde, o quizás en el momento exacto en que Clara no podía escucharla.

CAPÍTULO 17

Clara apoya la frente contra el cristal del gran ventanal que hay en el salón, dejando que sus pensamientos le crucen la mente con una crueldad que no la ha dejado ni dormir. El cansancio sigue anclado en cada uno de sus músculos, y la confesión de Lucía en la Barceloneta se repite en su memoria como una melodía persistente, pero por ahora, no quiere permitirse el lujo de que estos tomen el control. Ha decidido pasar el fin de semana con Álvaro en Sant Cugat del Vallès, en la mansión familiar, donde sus padres ya la esperan para cenar, y la sola idea de compartir mesa con ellos, en esa casa de techos altos y silencios densos, ya le provoca una tensión que ni el mejor vino podría disipar.

Desde ahí, puede observar cómo el jardín está perfectamente cuidado, como siempre, con un montón de cipreses recortados y rosales que empiezan a abrirse, pero incluso esa perfección que tanto conoce le resulta más sofocante que acogedora.

—¿Estás bien? —le pregunta Álvaro y se acerca a ella, dejando la mano en su hombro.

—Sí, será mejor que no los hagamos esperar.

La mansión sigue desprendiendo ese aroma a madera antigua y a las flores recién cortadas que acaban en mucho de los jarrones. Eduardo, su padre, aparece en el gran salón, impecablemente entallado en un traje oscuro, aunque no haya ninguna ocasión que lo requiera, y le da un abrazo que se siente más protocolario que cálido. Manuela surge después, con un vestido elegante en tono marfil, un collar de perlas y esa sonrisa medida que nunca revela del todo sus intenciones. Por un momento, se siente muy fuera de lugar, pero la compañía de Álvaro, consigue relajarla con una caricia en el brazo. Después, se arregla el jersey azul, e intenta suavizar la tensión de Clara con una sonrisa.

La cena tiene lugar en el comedor principal, bajo una lámpara de cristal que arroja destellos dorados sobre la mesa larguísima cubierta con un mantel de lino blanco. La vajilla es de porcelana antigua, con bordes dorados, y el primer plato llega en silencio; una crema ligera de espárragos con virutas de jamón ibérico, servida en tazas delicadas que parecen que se vayan a romper en cuanto algo las roce. Clara se acomoda en su silla, respirando despacio, intentando recordar que está en terreno de viejas batallas.

La conversación se inicia con banalidades —algo sobre el clima, comentarios sobre la temporada de vinos, la agenda de futuros eventos sociales a los que acudirán sus padres—, hasta que Manuela, con el tono cortante que la caracteriza, da un giro inesperado a la conversación.

—Hija, hemos hablado con algunos conocidos —comenta mientras coloca con precisión la servilleta sobre su regazo—. Y coincidimos en que Victoria podría convertirse en una socia ideal para ti. No solo por sus conexiones en el sector, también porque sabe moverse en círculos que podrían abrirte más puertas importantes.

Clara se mantiene erguida, con el rostro impasible, pero por dentro siente cómo la sangre comienza a hervirle.

—No tenía ni idea de que estuvierais en contacto con ella —responde, con un tono controlado, aunque la incomodidad atraviesa cada palabra.

Eduardo interviene con voz grave, como si lo que va a decir fuera pura lógica.

—Nosotros siempre hemos tenido buenos contactos, hija. No dejamos de preocuparnos por tu futuro, y Victoria ha demostrado ser una mujer con ambición y con cabeza. Además… —Hace una pausa significativa, observando a Manuela—, podría ser un apoyo para ti, tanto en lo profesional como en lo personal.

La frase queda suspendida en el aire como si fuera un veneno listo para matarla. Clara lo percibe al instante: no hablan solo de negocios. La insinuación es tan clara como hiriente. Se tensa en la silla,

y aprieta los dedos en el tallo de la copa de vino como si de ese modo pudiera descargar la rabia.

—¿De dónde os viene esa idea? —pregunta con frialdad, aunque la voz le vibra en la garganta—. Porque os aseguro que no necesito que nadie decida por mí ni en los negocios ni en mi vida personal.

Manuel se inclina hacia delante, con esa expresión que combina severidad con desdén.

—Lo que no queremos es que vuelvas a cometer errores como si fueras una adolescente.

Clara sabe perfectamente de qué habla. No ha hecho falta que pronuncie el nombre de Lucía, pero el reproche flota entre las cuatro paredes del comedor. Y, sin embargo, Manuela no tarda en darle forma.

—Lo de Lucía fue un error que te costó demasiado caro. No solo perdiste contactos importantes, también perdiste credibilidad. No puedes permitirte repetir algo así.

El golpe es directo y cruel. Clara la mira con los ojos encendidos en rabia, como si por un momento el pasado regresara con toda su fuerza. Respira hondo, apoya la copa en la mesa con un gesto calculado y deja que la voz le salga firme, clara.

—Quizás sí, perdí cosas, madre. Pero también gané algo que jamás me dará ninguna de vuestras recomendaciones. Gané independencia. Todo lo que tengo ahora, cada paso, cada contrato, cada persona que ha apostado por mí, ha sido por mi trabajo, por mi esfuerzo. Nadie me lo ha regalado.

Eduardo trata de suavizar la tensión, pero sus palabras solo añaden más dardos dispuestos a hacer daño.

—Hija, entiéndelo, no queremos verte caer de nuevo, suplicar por nuevos contratos. Victoria es una mujer de confianza, con recursos. Si dejas que te ayude…

Clara lo interrumpe con una calma que hasta a Álvaro le hiela la sangre.

—Yo no necesito su ayuda. Y desde luego no necesito que se insinúe que sería “ideal” en mi vida personal. Porque por si no lo sabéis, no es más que una víbora.

Álvaro, hasta ahora en silencio, se mueve incómodo en su asiento. Clara percibe la tensión en sus hombros, la manera en que aprieta los labios, pero no dice nada. Y ella lo agradece, porque sabe que esta batalla es suya.

El segundo plato llega; un lomo de merluza en salsa verde con almejas, pero el aroma delicado apenas consigue suavizar el ambiente. El comedor entero parece impregnado de una frialdad cortante. Manuela come despacio, sin apartar la vista de Clara, como si buscara una grieta por donde atacar de nuevo. Eduardo mantiene el gesto serio, y Álvaro se concentra en cortar su pescado sin levantar la mirada.

Clara, en cambio, se reclina ligeramente en la silla, consciente de que ha dejado claro su punto. Puede sentir cómo la tensión late en cada rincón de la habitación, pero también de un extraño alivio, por haber defendido, una vez más, la vida que ha elegido, con todo lo que eso implica, incluso con el recuerdo de Lucía, con el dolor y la confusión que lleva consigo durante los últimos días.

Después de la cena, el pasillo de la casa familiar está sumido en una penumbra silenciosa, solo interrumpida por el crujido ocasional de la madera que se queja bajo sus pies. Clara camina despacio hasta su habitación, con los tacones en la mano, buscando alivio en el contacto frío de la tarima bajo sus pies. La velada le ha dejado un sabor amargo, como si las palabras de sus padres hubieran calado más hondo de lo que ha dejado entrever.

Dentro de la habitación, incluso percibe el aire más denso. Cierra la puerta, y se deja caer sobre la cama cubierta con una colcha de tono crema y dorado, demasiado rígida para invitarla al descanso. Se llevan una mano a la frente. La lámpara de la mesita ilumina apenas un rincón, y en mitad de esa semi oscuridad, se siente como si lo que ha vivido en los últimos días, volviera a perseguirla.

La confesión de Lucía en la Barceloneta regresa con fuerza; su voz en compañía del viento, aquella mirada, la afirmación de que nunca

dejó de quererla. Clara no sabe qué hacer con ello. Han sido cuatro días de darle vueltas y vueltas, de intentar enterrarlas bajo su disciplina de trabajo y los consejos de unos padres que no tienen idea, bajo las voces ajenas que siempre han intentado marcarle el camino correcto. Pero ahora, en el silencio de su habitación de siempre, se siente más vulnerable que nunca.

Un golpe suave la hace incorporarse.

—¿Clara? —la voz de Álvaro suena contenida, casi tímida.

Ella suspira.

—Entra.

Su mejor amigo abre la puerta con cuidado, como si temiera irrumpir en mitad de una meditación. Todavía viste el jersey azul, y cuando se sienta a su lado, la cama se hunde un poco. Clara se deja caer contra su pecho sin decir nada, buscando un consuelo que no pide en palabras. Álvaro la rodea con un brazo y se quedan así unos segundos, en silencio, escuchando sus respiraciones acompasarse.

—Menuda cena hemos tenido ¿eh? —murmura él, acariciando con la mano el brazo de su Clara, incluso bromeando—. Tus padres han estado… peor que de costumbre.

Clara suelta una risa amarga.

—¿Peor? Mamá ha estado como siempre. Cruel con elegancia.

Álvaro no contesta, solo aprieta un poco su abrazo, esperando que ella se decida a hablar. Y Clara, quizás por la fiebre de los últimos días, o por el vino que aún le da vueltas, quizás porque necesita desesperadamente liberar todo lo que la consume, acaba cediendo.

—No puedo más, Álvaro. Llevo años intentando demostrarles que soy suficiente, que no necesito a nadie más que a mí misma para llegar donde he llegado. Y sin embargo… —Cierra los ojos, dejando que las palabras se ahoguen en su garganta unos segundos antes de forzarlas a salir—. Sin embargo, las cosas siempre terminan girando sobre ella.

—Lucía —pronuncia él, sin necesidad de que lo confirme.

Clara asiente, y en ese gesto hay una mezcla de cansancio, dolor y un anhelo que le resulta insoportable reconocer.

—Después de la cena con el inversor. Dimos un paseo por la Barceloneta, y me dijo que nunca dejó de quererme. Que nunca quiso traicionarme —confiesa, y las palabras le arden en la garganta—. Que lo de aquel trato, fue idea de su madre, porque iban a perder la casa familiar.

Álvaro la mira con atención, sin interrumpirla, consciente de que su mejor amiga necesita hablar más que recibir una respuesta.

—Y yo… —Clara respira hondo, apoyando la mejilla en su hombro—. No tuve ni puta idea de qué decir. Sonreí como una idiota, pero no fui capaz de abrir la boca. Me quedé congelada, atrapada entre el odio que juré sentir por ella y lo que siento y tanto me quema cada vez que estoy cerca de ella.

El silencio entre los dos se carga de una complicidad que solo comparten esas personas que se conocen hasta la médula. Álvaro se mueve un poco, acomodándose para mirarla mejor.

—¿Y cuál es el siguiente paso que quieres dar?

Clara se muerde el labio, dudando, pero finalmente suelta sus verdaderos deseos, casi de un tirón.

—Necesito saber si lo que dijo es cierto. Si de verdad las deudas del bar eran tan graves, si estaban a punto de perder la casa, si de alguna forma fue Isabel quien la obligó a hacer lo que hizo. Porque… —Traga saliva, sintiendo cómo la garganta se le vuelve a secar. Han pasado muchos años, pero Lucía continúa teniendo un efecto en ella que apenas es capaz de controlar— …porque si todo eso es cierto, entonces quizás no me traicionó como yo creí. Y… no sé, Álvaro, ya no sé qué pensar.

Él entrecierra los ojos, pensativo.

—O sea, que quieres que la investigue, que tire de mis contactos.

—Quiero que me ayudes a averiguarlo —admite. Sabe que le pide mucho, pero ya no le queda opción—. Porque estoy cagada de miedo. Miedo de volver a confiar en ella y que todo acabe igual, o peor.

Miedo de que mis padres tengan razón, de que vuelva a cometer un error que me cueste muy caro. Y al mismo tiempo, miedo de perderla de nuevo, de perder la única cosa que… que me hace sentir viva de verdad.

—No sé si remover el pasado sea lo mejor. No sé si es buena idea indagar en lo que pasó, en las deudas, en las cuentas… Quizá deberías luchar por lo que sientes ahora, sin pruebas, ni justificaciones. Después de todo, el pasado no lo puedes cambiar.

Clara se aparta un poco para mirarlo de frente, con los ojos enrojecidos pero con la confianza de lo que quiere hacer.

—¿Y si me equivoco, Álvaro? ¿Y si me lanzo a ciegas y resulta que sigue siendo la misma mentirosa de siempre? No soy tan fuerte como para soportar que me engañe de nuevo. Me juego algo más que un corazón roto.

La voz le tiembla, aunque mantiene la mirada fija en la de su mejor amigo. Él suspira, y tras unos segundos de silencio, asiente despacio.

—Está bien. Te ayudaré. Intentaré averiguar lo que pueda. Pero prométeme una cosa: que no vas a usar lo que descubra como excusa para decidir qué es lo que quieres hacer. Que, sea cual sea la verdad, vas a enfrentarte a lo que sientes por ella.

Clara baja la mirada hacia sus manos, temblorosas sobre la colcha, y después vuelve a alzarla, con una mezcla de gratitud y temor.

—Lo prometo.

Álvaro la abraza más fuerte, como si quisiera protegerla de lo que está a punto de llegar. Por más años que pasen, a veces tiene la sensación de que son los mismos veinteañeros de siempre. Y, durante un instante, Clara se permite cerrar los ojos y sentirse a salvo. Pero en el fondo sabe que lo que se avecina será cualquier cosa menos seguro. Y mientras las luces de la mansión se apagan una a una, Clara permanece despierta, con el corazón latiéndole demasiado rápido, repitiéndose en bucle la misma pregunta: ¿y si todo lo que creyó del pasado no había ocurrido así?

CAPÍTULO 18

El murmullo de los pocos clientes que se han adelantado a la hora habitual de apertura llena el ambiente con una cadencia tranquila, como si todo el local respirara en una calma que es capaz de contagiar hasta el más agitado corazón. Lucía coloca con cuidado unas copas en la estantería cuando la puerta se abre y el sonido metálico de la campanilla anuncia a una visita inesperada. Al girarse y ver a Victoria, con su melena rubia cayendo en ondas estudiadas sobre un abrigo ligero y un bolso de marca colgado con descuido elegante, siento que solo va a traer problemas. Su sola presencia altera la atmósfera, y la temperatura parece descender unos cuantos grados.

Lucía se tensa, aunque fuerza una sonrisa educada —lo que tiene es ganas de tirarla a patadas—, la misma que muestra con cualquier cliente que entre por esa puerta.

—Vaya, no esperaba ver a alguien como tú por aquí —le dice, dejando una última copa en calma, procurando que nada en su expresión delate la incomodidad que la recorre—. Estás muy fuera de tu elemento, ¿no Victoria?

Ella se acerca con pasos seguros, midiendo cada movimiento como quien juega una partida que ya tiene planeada de antemano. Lleva horas definiendo la estrategia en su cabeza. Se sienta en uno de los taburetes junto a la barra, cruza las piernas con una elegancia natural y apoya los codos en la madera pulida.

—Puede ser —responde con un matiz de ironía, como si quisiera dejar claro que su visita no es casual, sino algo que estaba claramente premeditado—. Pero me pareció buena idea. Ya sabes… hablar un poco sobre Clara, y todo lo que ha pasado últimamente.

Lucía no soporta el tono con el que la nombra. Se obliga a tomar aire, y mientras, coloca una botella de vino en la zona de servicio para

ganarse unos pocos segundos.

—No sé de qué podrías querer hablar conmigo —responde, ladeando la cabeza, fingiendo desinterés.

Victoria sonríe con arrogancia, una pequeña jugada que revela sus cartas de forma progresiva.

—Pues yo estoy segura de que sí. —Su tono rezuma condescendencia—. Clara siempre ha estado demasiado atada a este… —Sus ojos recorren el local con un gesto casi despectivo— …mundo tuyo. Un lugar encantador, sí, pero bastante limitado para lo que ella merece. Estoy segura de que tarde o temprano tendrá que elegir.

Lucía frunce el ceño, y aprieta la mandíbula. De no ser porque hay varios clientes en las mesas, ya la habría tirado del bar.

—Clara sabe muy bien lo que quiere. Siempre ha sido así, y no necesita que nadie hable por ella.

Victoria inclina la cabeza, casi divertida por la defensa inmediata que acaba de mostrar su rival. Un simple peón al que podrá darle la patada pronto.

—Eso crees tú —suelta una carcajada seca—. Pero déjame contarte algo. Hace poco tuve una reunión con Eduardo y Manuela. Encantadores, muy atentos… y además, claros. Me dijeron que, para su hija, lo más conveniente sería alguien como yo. Una socia que la acompañe en el mundo de los negocios, que comparta su misma ambición. No… —Sus ojos se clavan en los de Lucía con un brillo afilado —, alguien que regente un bar de barrio y juegue a abrirse camino en el mundo vinícola.

Sus palabras son cuchillos afilados que le cortan de lleno. Lucía siente un calor incómodo subirle por el pecho, mezclado con rabia y una punzada de dolor que apenas logra disimular. El gesto de Victoria es triunfal, como si hubiera logrado exactamente el efecto que buscaba.

—Hazte un favor, Lucía —añade, bajando un poco la voz, buscando meter el dedo en la llaga sin llamar demasiado la atención—. Déjala en paz. El pasado está ahí para recordarte que nada bueno saldrá de una relación como esa.

Lucía permanece quieta unos segundos, con las manos sobre la barra, clavando los dedos en la madera para no responder con violencia. Quiere hacerlo, darle una buena bofetada incluso, gritarle que no entiende nada, que Clara no es propiedad de nadie, que sus padres no tienen derecho a decidir por ella. Pero el nudo en su garganta se lo impide. Se limita a girarse, y a fingir que se concentra en preparar una copa de vino que Victoria ni siquiera ha pedido.

—¿Sabes? —comenta poco después, con un tono casi cortante—. Clara sabrá elegir por sí misma. Y créeme, no necesita tus consejos.

Victoria sonríe, satisfecha con el daño infligido, y tras beber un sorbo del vino que Lucía le sirve sin mirarla, se levanta con una elegancia que pega mucho con el momento que acaban de vivir.

—Eso ya lo veremos.

Sale del bar con la misma seguridad con la que entró, dejando tras de sí un silencio cargado de veneno.

Durante el resto del servicio, Lucía se siente perdida. Sus movimientos son mecánicos, como si la memoria de su cuerpo actuara en lugar de su mente. Sergio la observa con atención mientras recoge copas vacías y cambia platos sobre las mesas, y Carmen, que llega más tarde para echar una mano, no tarda en notar el abatimiento en su expresión.

—¿Qué te pasa? —pregunta Carmen, mientras pone las cosas sobre una bandeja.

Lucía sacude la cabeza, esquivando su mirada.

—Nada, solo estoy cansada.

—Te conozco, prima. Eso no es para nada cansancio. ¿Quién te ha dado un disgusto?

Lucía finge una sonrisa, pero sus ojos la delatan.

—De verdad, estoy bien. Solo tengo la cabeza en mil cosas.

Ambos se miran entre sí, pero prefieren no insistir con el tema. Saben que cuando Lucía se cierra en banda, no hay forma de sacarle lo que le pasa, ni con cucharilla. El resto de la jornada transcurre en una

rutina gris, hasta que, al fin, el bar se vacía, las luces se apagan y el eco de las conversaciones se extingue por completo.

Lucía se pasa la mano por el pelo y lo peina, agotada, mientras anota mentalmente lo que queda pendiente para el día siguiente. Cree que por fin podrá cerrar la noche, cuando escucha el inconfundible sonido de unos tacones acercándose desde el fondo del local.

Isabel está detrás de la barra, pasando un paño con esa meticulosidad con la que siempre deja todo impecable antes de cerrar la reja. Tiene el gesto sereno, concentrado, como si ese acto rutinario le sirviera de excusa para no hablar. Lucía la observa desde el otro extremo del local, con el abrigo aún colgado del brazo y un cansancio que no solo es físico.

—Esta mañana, mientras estabas en el mercado, ha venido Victoria —comenta, rompiendo el silencio sin añadir nada más.

Conoce ese juego de poder que hay en el mundillo del vino.

Isabel se detiene un momento, lo suficiente para delatar que el nombre no le resulta indiferente, pero enseguida continúa limpiando la superficie con la misma calma, como si nada hubiera cambiado.

—¿Y qué quería? —pregunta con frialdad, sin levantar la vista.

—Lo de siempre —responde Lucía, caminando despacio hacia la barra—. Sonsacarme información, jugar con sus insinuaciones. Ha dicho que tarde o temprano Clara tendría que elegir —añade, esperando que su madre entienda por donde va. Y el temblor que le nota en el labio, le dice que sí—. Incluso dice que tiene el apoyo de los padres de ella.

Su madre deja el paño a un lado y levanta la cabeza por fin. Sus ojos oscuros se clavan en los de su hija con una dureza que Lucía ya conoce demasiado bien.

—Nunca me gustó que estuvieras con esa mujer —responde sin rodeos, como si hubiera esperado ese momento durante años—. Y no pienso negarlo.

Lucía siente una presión que la obliga a acercarse más, apoyando las manos sobre la madera de la barra como si necesitara sujetarse a

algo para que la tierra no la trague.

—¿Nunca te gustó? —repite, incrédula—. ¿Ni siquiera cuando yo era feliz con ella?

Su madre entrelaza las manos con calma, erguida como si estuviera presidiendo una reunión en lugar de hablar con su hija. Y después, sonríe con suficiencia. Casi soltando una carcajada.

—Feliz, dices. —Su tono es helado, casi clínico—. Lo que vi fue cómo os arrastrabais a esas guerras absurdas de poder, a esas ilusiones de negocios imposibles. Clara siempre ha querido demostrar más de lo que debía, y tú la seguías. No quería que te perdieras en todo aquello.

—¿Guerras absurdas? —Lucía aprieta la mandíbula, sintiendo que la rabia le arde hasta en la garganta—. Eran mis decisiones y mi vida.

—Eran errores, sin más —ña corta Isabel, sin pestañear—. Y yo habría hecho cualquier cosa por mantenerte alejada de ella. Solo para no acabar viendo cómo te destrozaba la vida por ser tan egoísta.

El golpe de esas palabras es tan seco que Lucía da un paso atrás, como si le hubieran quitado el aire. Se queda inmóvil, con los ojos fijos en su madre, incapaz de comprender la frialdad con la que pronuncia cada sílaba. Porque no, no comprende el trasfondo de esas palabras en absoluto.

—Siempre has creído que podías decidir por mí… —musita.

—Alguien tiene que hacerlo, cuando ni tú sabes lo que quieres —admite Isabel, sin un atisbo de duda.

Lucía la contempla, sintiendo que entre ambas ya no hay un océano, sino un muro imposible de derribar. Entiende que esperar comprensión de su madre ha sido una ilusión tan frágil como el cristal de una copa rota, por lo que agarra el abrigo con fuerza, se lo pone y se da media vuelta con la intención de largarse de ahí.

—Pues a partir de ahora, eso se acabado —dice desde el marco de la puerta.

CAPÍTULO 19

El MNAC se alza imponente en la cima de Montjuïc, iluminado con destellos dorados que se reflejan en la piedra y convierten la noche en un escenario solemne. Clara Echevarría llega temprano, con un vestido negro que acaricia su piel como una segunda capa de sensualidad y autoridad. Como es costumbre —en todas sus veladas— ha supervisado cada detalle con precisión, como una forma más de moverse, de marcar territorio. De hacer que ese mundo brille, que hable de éxito.

Han pasado varios días desde que tuvo lugar la cena, y desde entonces, los contratos le han llovido en un montón de llamadas de teléfono. Sin embargo, esa noche, solo tiene pensamientos para una persona y cuando Lucía aparece, Clara siente que el aire deja de entrar a sus pulmones durante un instante. El vestido que lleva no es ostentoso, pero en ella resulta magnético, con ese tono verde profundo que resalta la intensidad de su mirada y el brillo de su pelo suelto. Clara la observa caminar hacia ella, incómoda, como quien atraviesa un mundo que no le pertenece, pero con la dignidad de quien no piensa dejar que eso le afecte.

—Pensé que no vendrías como me diste a entender en tus mensajes —dice Clara cuando la tiene cerca, ofreciéndole una copa de vino.

—Yo tampoco. Pero supongo que hay cosas que no deberían perderse, aunque resulten extrañas —responde con picardía.

Durante un buen rato, conversan entre copas y miradas. Clara se sorprende de lo fácil que resulta volver a dejarse llevar por la cercanía de Lucía, por esa manera que tiene de hablar con sinceridad aunque intente medir cada una de sus palabras. Las caricias mínimas —un roce de dedos al recibir la copa, una mano que se apoya sobre su brazo para subrayar un comentario— no pasan ante ella inadvertidas. Y en un

momento donde el bullicio de la velada parece envolverlas en un manto protector, Clara suelta algo que ni siquiera se ha dado tiempo a pensar.

—Podríamos volver a trabajar juntas.

Lucía la mira con los ojos muy abiertos, sorprendida, y Clara siente que acaba de caer por un precipicio. Sin embargo, la sensación le encanta.

—No me refiero a retomar nuestras ideas del pasado, ni a rescatar proyectos imposibles. Hablo de algo nuevo, algo que tenga sentido ahora. Tú y yo… podemos complementarnos mejor de lo que crees. Solo hay que ver cómo nos ha ido con tu productor.

Lucía aparta la vista, jugueteando con el borde de su copa. No responde enseguida, y Clara se maldice por haberse ido de la lengua sin ni siquiera pensar. Pero en ese instante; sin darle tiempo a nada, aparece Victoria, cortando la atmósfera como una ráfaga de viento frío.

—Qué curioso encontraros aquí… juntas —comenta Victoria, con esa voz melosa que utiliza como máscara, cargada de veneno invisible que cala en cada sílaba. La sonrisa en su rostro es impecable, pero en sus ojos se delata la intención real de medir la situación, evaluarlas y clavar el puñal en cuanto tenga oportunidad. Su mirada se posa en Lucía de arriba abajo, con una lentitud estudiada, calculadora, como quien inspecciona un objeto que desentona en una vitrina de piezas muy muy selectas.

Lucía traga saliva. El gesto es casi imperceptible, pero Clara lo percibe con nitidez, como si todo su cuerpo estuviera conectado al de ella. Esa tensión súbita, esa manera de contener la respiración…, le basta para entender que la incomodidad es profunda. Lucía no responde, no le da el gusto de entrar en el juego, aunque su silencio no es para nada indolente, solo un muro levantado a la fuerza, un escudo improvisado contra la hostilidad disfrazada de esa puta cortesía que siempre tiene.

—¿Qué es lo que quieres, Victoria?

Clara aprieta la mandíbula, y lo hace porque, de lo contrario, las palabras se escaparían de su boca con una dureza impropia para un evento como este. El MNAC, con su solemnidad y su carga simbólica, no

es el lugar para perder el control. Y, sin embargo, la tentación late en sus venas con el deseo de mandarla a la mierda.

Victoria da un paso más cerca. Se inclina hacia Clara con estudiada naturalidad, lo suficiente como para que su perfume, caro y penetrante, invada el aire entre ambas. Sus palabras se deslizan como un susurro venenoso, destinadas a sus oídos y a nadie más:

—Deberíamos aprovechar lo que tienes entre manos. Tú sabes que conmigo podrías llegar mucho más lejos, y que la recompensa será mucho más… satisfactoria.

La proximidad es calculada, invasiva. Clara siente el calor de su aliento en la piel, y por un instante su mirada se nubla. No es solo el descaro con el que Victoria se permite irrumpir en su espacio personal, sino el tono condescendiente, esa insinuación que pretende reducir a Lucía a un mero obstáculo, una presencia inadecuada que debería ser apartada y aplastada como la colilla de un cigarrillo.

De repente, siente una presión suave, casi imperceptible, en la parte baja de su espalda. La mano de Lucía se apoya ahí, con la bastante firmeza como para recordarle que no está sola, y que no importe el veneno que Victoria quiera soltar.

La calidez de esos dedos le devuelve equilibrio, y rompe por completo la espiral de ira en la que estaba a punto de caer.

No necesita mirarla para saber que Lucía lo ha hecho a conciencia. Ese gesto sencillo encierra un claro mensaje; «*tranquila, no merece la pena, yo estoy aquí*». Clara inspira con más calma, deja que la tensión encuentre una vía de escape, y la sonrisa que mantiene frente a Victoria adquiere una nueva capa, ya no es solo un disfraz, sino una declaración silenciosa de que no piensa dejar que su maldito veneno la afecte.

Clara, que jamás ha tolerado la soberbia disfrazada de sutileza, así que, inclina apenas la cara y responde en el mismo tono bajo y medido.

—Es curioso que siempre hables de llegar más lejos, Victoria, cuando lo único que demuestras es quedarte en el mismo sitio, insistiendo en

fórmulas que ya no sorprenden a nadie.

Victoria parpadea, manteniendo la sonrisa, pero sus ojos se endurecen. Lucía, desde su silencio, observa la escena con una mezcla de tensión y orgullo. Orgullo porque Clara no se deja arrastrar, porque incluso en la hostilidad logra mantener su elegancia intacta.

El roce en la espalda se intensifica apenas un segundo, lo suficiente para que Clara sienta que la calma la invade de nuevo, como una corriente cálida que la aparta del borde del abismo. Bebe un sorbo de vino, lentamente, y su gesto finaliza la conversación sin necesidad de levantar la voz. Victoria, consciente de que no ha conseguido lo que buscaba, se incorpora con la misma sonrisa pulida y da un paso atrás, dispuesta a buscar otra forma de clavar el aguijón.

La velada continúa con la música de fondo y las conversaciones con inversores y socios locales. Clara mantiene la compostura, aunque cada aparición de Victoria, cada insinuación disfrazada de comentario inocente, le rompe la paciencia. Lucía, a su manera, resiste. Se mueve entre copas de vino y miradas furtivas, consciente de que está en un terreno hostil, por el que no debe doblegarse.

Al final de la noche, cuando los invitados empiezan a marcharse, Clara se encuentra en uno de los balcones del MNAC, contemplando las luces de Barcelona extendiéndose como un mar de estrellas urbanas. Lucía está a su lado, en silencio, compartiendo un momento que parece frágil y eterno a la vez.

Es entonces cuando aparece Álvaro, con la expresión grave y un sobre en la mano. Clara sabe que contiene su interior, pero no esperaba que eligiera ese preciso instante para enseñárselo, ni mucho menos, que el impacto fuera tan inmediato.

—¿Me das un momento? Te prometo que vuelvo enseguida —le dice a Lucía, y le da un beso en la comisura de sus labios.

Álvaro y Clara se apartan a un rincón discreto, y él se lo entrega sin rodeos.

—He hecho las comprobaciones —comenta, bajando la voz—. Y Clara, siento decírtelo, pero la casa de la familia de Lucía nunca estuvo en peligro.

Ella parpadea, incrédula.

—¿Qué… qué quieres decir?

—Exactamente eso. —Álvaro se pasa una mano por el pelo, agotado por días de trabajo y noches sin dormir—. Y, es más… el bar tampoco. Revisé los registros, hablé con varios contactos y todos coinciden en ello. El dinero que se obtuvo en aquel trato entre Lucía y aquel cliente se usó para reformas, para modernizar la carta, hacer contrataciones externas, para darle un empujón al negocio… No para salvarlo.

Clara siente que el frío le recorre la columna. El vino que todavía sostiene en la mano pierde todo su sabor, se vuelve simple agua dentro de su boca seca.

—¿Entonces… todo fue una mentira? —susurra, con un temblor que apenas logra controlar.

—Me temo que sí. Y la verdad es que ahora dudo que fuese Lucía quien moviera los hilos —añade él en voz baja, y ambos dirigen la mirada hacia Lucía.

El recuerdo de la confesión en la Barceloneta aparece de nuevo, el de su mirada sincera, de los besos robados en la penumbra de su piso días atrás… cada imagen se le clava como una espina, quedando apagadas por la mirada de Isabel cuando fue al bar. Y de repente, lo único que resuena en su cabeza es la certeza brutal de que la traición no fue de Lucía, sino de alguien mucho más cercano y devastador.

CAPÍTULO 20

La figura de Álvaro se pierde más allá, entre la penumbra y las pocas personas que se encargar de dejar el espacio impoluto. El silencio que queda entre Clara y Lucía es tan denso que podría ocupar todo el espacio sin la necesidad de acariciar las paredes. Escuchan el eco de sus pasos alejándose por los pasillos, y eso devuelve a Lucía Salgado a una realidad que teme afrontar, como si el instinto le estuviera diciendo que está a punto de ocurrir algo. Clara sigue de pie, inmóvil, con ese porte tan contenido que la caracteriza, mientras en sus manos sostiene un sobre que aprieta con los dedos. Poco después, la mira a los ojos y se acerca con pasos seguros.

—Tienes que ver esto —le dice Clara, y aunque su voz no es acusatoria ni fría, siente un escalofrío recorrerle toda la espalda—. No puedo irme esta noche de aquí sin que lo sepas.

Lucía frunce el ceño, da un paso hacia ella, y cuando sus ojos se posan en las hojas extendidas, algo dentro de ella se contrae, con una punzada dolorosa. Clara se las muestra, casi empujándola a que las lea rápido. Es solo tres hojas, Lucía ve cifras, informes, registros bancarios, letras que hablan con crudeza de un pasado que bien podría ser falso. Pero lamentablemente no lo, por mucho que lo que está viendo con sus propios ojos no sea lo que siempre le habían contado.

—No… —murmura, con la respiración entrecortada, mientras observa las páginas, una y otra vez, como si revisar esos datos de nuevo fuera a cambiar algo—. No, esto no puede ser.

Clara la observa en silencio, y Lucía siente el peso de su mirada deslizándose por todo su cuerpo. Siente una mezcla de incredulidad y dolor que poco a poco, va trepando por su pecho, tan fuerte que tiene que cerrar los ojos un instante para no estallar en furia de inmediato.

—Tu madre te mintió. —Es Clara quien abre la boca, y escucharla se vuelve doloroso, a pesar de medir incluso su tono—. No ibais a perder la casa, y el bar tampoco estaba en peligro. Lo que te dijo… solo fue una manipulación para conseguir que…

El mundo de Lucía se tambalea. El bar, su casa, las discusiones que terminaron por romper lo que había construido con Clara… su alrededor se tiñe de un color oscuro y venenoso que le oprime el pecho, que hace que le cueste respirar. Su madre no solo intervino entre ambas, sino que construyó una mentira tan grande que la obligó a traicionar a la única persona que jamás habría querido perder.

Lucía levanta la cabeza de golpe, con los ojos ardiendo, y lo primero que emerge no es la gratitud por haber conocido la verdad, sino una furia que estalla en las siguientes palabras.

—¿Y por qué has tenido que meterte en esto? —escupe, con la voz cargada de un dolor que se convierte en reproche hacia la persona que menos lo merece—. ¿Por qué has tenido que meter las narices?

Clara parpadea, sorprendida por la reacción, pero no se achanta. De hecho, avanza un paso más, mantiene la calma en su expresión, aunque el temblor de su mano cuando está a punto de acariciar el brazo de Lucía, delata que no está tan tranquila como parece.

—Porque me importas, Lucía. Y porque no puedo hacer como si nada, no podría soportar seguir adelante viendo como todo lo que creías estaba construido sobre una mentira.

Las palabras, en vez de calmarla, activan aún más la tormenta que Lucía lleva dentro. Se cruza de brazos, como si necesitara levantar una barrera física entre ellas.

—¿Importarte? ¿De esta forma? ¿Rebuscando, investigando mi familia como si yo fuera incapaz de conocer la verdad? ¡A qué juegas, Clara! —Su voz se eleva, tanto que resuena contra las paredes—. ¿De verdad esto lo haces por mí, o porque no puedes soportar que mi vida gire alrededor de ti?

Clara abre la boca, sin creer lo que acaba de decir. Da un paso hacia atrás y el brillo de sus ojos cambia, pasa de la seguridad a un destello herido, aunque todavía se aferre a su compostura.

—Eso es injusto —responde, cerrando los puños con fuerza—. Yo siempre creía en ti, Lucía. En lo que podrías haber hecho juntas. Pero tú… tú jamás has entendido lo que significa vivir bajo el peso de mi apellido. Preferiste dejarme a mí, traicionarme y seguir tu camino.

El silencio posterior es breve, cortante, porque Lucía no tarda en reaccionar. Da un paso hacia Clara, con las manos temblando, y después la apunta con un dedo.

—¿Creer en mí? ¿En serio? —le dice con desprecio, incluso sarcasmo—. Me traicioné a mi misma por ti, por lo que sentía, estuve a punto de dejarlo todo… y aún así, nunca sentí que me apoyaras. Sabías lo que ese bar es para mí. Jamás me oíste cuando te hablaba de quedarme allí, de mantener mi vida con lo que para mí era más importante. ¿Sabes lo que sentí? Tu puto y maldito silencio. Sentí que para ti todo lo que yo era se quedaba incluso pequeño.

Las palabras son un látigo para Clara. Cierra los ojos un instante, respira con dificultad, y cuando los abre de nuevo, su mirada está húmeda de lágrimas contenidas que no permite caer.

—Sé que te falle… Pero no te olvides que yo también sufrí tu traición. La sentí como si me arrancaran el corazón.

Lucía aprieta los labios.

—Sí. Te traicioné. Lo hice porque me obligaron, porque mi madre me hizo creer que perderíamos todo si no cerraba yo aquel trato. Y aunque lo hice con el corazón roto, y odiándome por dentro… ni siquiera entonces sentí que tuviera tu apoyo.

El silencio se abre paso entre ellas, cargado de recuerdos y heridas que nunca llegaron a cicatrizar. Lucía se pasa las manos por el pelo, como si quisiera arrancarse de la piel la desesperación que la consume, mientras Clara permanece frente a ella, firme pero visiblemente afectada.

—Pues esto es lo único que ha quedado… —espeta Lucía y aunque Clara extiende un segundo la mano, para borrar la distancia. El gesto se queda ahí, en un vacío suspendido que Lucía rompe con su marcha.

El enfado camina con ella al abandonar el MNAC y después, al atravesar las calles desiertas del barrio donde vive su madre. La noche ya está cerrada, las farolas proyectan un resplandor amarillento sobre el asfalto mojado por la llovizna que acaba de cesar y que la ha dejado con una capa de frío. Pero ni siquiera se fija en eso, solo en la urgencia y necesidad de la verdad pronunciada en voz alta por los labios de la persona que más ha condicionado su vida. Sus pasos se vuelven cada vez más veloces hasta que, sin pensarlo, ya está frente a la puerta de la casa de su madre.

Golpea con el puño cerrado, una y otra vez, hasta que sus nudillos se enrojecen.

—¡Mamá! ¡Ábreme! —grita, y su voz, rota por la mezcla de ira y lágrimas, resuena en el portal silencioso—. ¡Mamá!

El eco de esa palabra se pierde en la noche, y en ese instante se siente como la niña que nunca fue escuchada, como la mujer que siempre cargó con decisiones impuestas. Cuando la puerta por fin se abre, Isabel aparece en el umbral, con el pelo suelto y un gesto de fastidio por haber sido despertada de esa manera.

Lucía no le da tiempo a hablar. Le tira el sobre contra el pecho, con tanta fuerza que la golpea antes de caer entre sus manos.

—Léelo —espeta, con un hilo de voz envenenado por el llanto—. Léelo y dime que no me has mentido durante toda mi vida.

No espera respuesta alguna, desde luego. La aparta con un empujón y entra en la casa, recorriendo el pasillo largo y oscuro como si fuera un túnel sin salida, hasta el salón donde tantas veces se sintió prisionera de silencios y reproches. Isabel llega con el sobre entre las manos, lo abre, repasa apenas un par de páginas, y su expresión se endurece de inmediato. Lucía la observa con los ojos vidriosos y las mejillas enrojecidas por las lágrimas que no dejan de caer.

—Así que es por esto —murmura Isabel, dejando caer los documentos sobre la mesa del salón como si no significara absolutamente nada—. Sabía que tarde o temprano esa mujer vendría con algo así.

—¿«Esa mujer»? —responde Lucía, incrédula—. ¿De verdad vas a convertir esto en otra de tus guerras absurdas con Clara? ¡Mírame a la cara y dime que no me mentiste!

El silencio que se instala es tan afilado como un cuchillo. Isabel la mira fijamente, sin pestañear, y por primera vez Lucía percibe no la dureza de una madre protectora, sino la frialdad de alguien que siempre actuó movida por sus propios miedos.

—No lo niego —admite, con una calma que la destroza—. Sí, todo esto es verdad. Sí, nunca estuvimos a punto de perder la casa. Y sí, el bar no estaba en riesgo.

Lucía se lleva las manos a la cabeza, como si esas palabras fueran demasiado para ella. Apenas puede contener la respiración. Un sollozo se le escapa antes de poder contenerlo.

—¿Entonces por qué? ¿Por qué me hiciste creer que nuestro mundo se iba a la mierda? ¿Por qué me obligaste a elegir entre ella y mi propia familia?

Isabel respira hondo y golpea los papeles, con un gesto seco.

—Tú lo acabas de decir. Porque alguien tenía que pensar en tu futuro. Porque no ibas a entenderlo entonces y aún ahora me doy cuenta de que tampoco lo has comprendido. Todo lo que hice fue para que siguieras el legado de tu padre, para que no te dejaras arrastrar por caprichos inútiles.

—¿Caprichos? —repite Lucía, con la voz rota, como si cada sílaba fuera un cristal que se le clava en la garganta—. Amar a Clara era un capricho, ¿eso me quieres decir? ¿Renunciar a lo que sentía, destruir lo único que me hacía feliz, era tu forma de protegerme?

Isabel da un paso hacia ella, y aunque su tono se suaviza, no hay rastro de arrepentimiento en su mirada.

—Lo único que quise fue evitarte un error. Clara nunca perteneció a este mundo, y lo sabes. No hay más que ver con quien se mueve.

Lucía niega con la cabeza, con tanta fuerza que el pelo húmedo se le pega en la cara.

—No, mamá. Lo que hiciste fue decidir por mí. Me robaste la oportunidad de luchar por lo que quería. No era un error, era mi vida.

El salón parece encogerse a su alrededor, y la respiración entrecortada de Lucía llena el aire como un lamento. Isabel permanece inmóvil, sosteniendo la mirada de su hija, pero sus palabras, duras e inamovibles, ya no sirven de nada, solo se convierten en un muro que puede separarlas para siempre.

—Lucía —dice, con una frialdad que podría helar la sangre—, Clara lo ha manipulado todo. Lo ha hecho desde siempre. ¿Es que no lo ves? Te está alejando del bar, de tu familia, de lo que eres. Qué raro que haya elegido este momento para volver a hacerlo, ¿no?

—No, mamá. —Lucía da un paso atrás, con el alma hecha trizas, pero más firme que nunca—. Lo que va a alejarme de nuestro mundo eres tú. Tus mentiras, tus miedos, tu forma de controlarlo todo.

Se lleva una mano al rostro, se limpia las lágrimas de golpe y, con el corazón palpitando con violencia, recoge su bolso. El pasillo que antes parecía sofocante ahora se convierte en su vía de escape. Isabel no se mueve, y tampoco intenta detenerla. Solo se queda de pie en el salón, con los documentos esparcidos sobre la mesa como un recordatorio de todo lo que acaba de estallar.

Lucía atraviesa la puerta y la cierra de un portazo que resuena en toda la calle. Afuera, la noche la recibe con su aire húmedo y el murmullo lejano de la ciudad. Las lágrimas siguen corriendo por sus mejillas, pero esta vez no intenta ocultarlas. Cada paso que da alejándose de esa casa es un paso hacia una libertad dolorosa, aunque aún no tenga idea de qué hacer con ella.

CAPÍTULO 21

Los días se hacen más duros de lo que Clara habría imaginado —dadas las circunstancias—. Cada amanecer trae consigo el mismo gesto reflejo; el estirar la mano hacia el teléfono, revisar la pantalla en busca de un mensaje, de un simple icono que confirme que Lucía la ha leído, que la comprende, que no ha decidido borrarla de su vida con el mismo silencio con el que se arranca una tirita. Pero no hay nada. Ni respuesta a sus llamadas, ni a los mensajes que acumulan una cadena desesperada de palabras que no traen nada de vuelta.

El recuerdo de la discusión en el balcón del MNAC le martillea la cabeza con mucha más fuerza. Sabe que los reproches de Lucía no nacieron de ella, sino del dolor profundo que sintió, de la rabia que le provocó descubrir la magnitud de la mentira que su madre sostuvo durante años. Clara repasa una y otra vez la escena, el temblor en su voz, la furia contenida en su mirada, el dolor que se le escapaba entre cada una de sus palabras. Y Clara se da cuenta de cuánto la quiere, la quiere con una intensidad que le asusta, y ahora, después de todo lo que ha pasado, le resulta insoportable imaginarla en soledad, digiriendo todo ese veneno.

Carmen le pone al tanto de que Lucía no ha ido al bar durante días, una confidencia hecha con prudencia, sin más preguntas que Clara no podría responderle.

—No la hemos visto por aquí en días —habla con preocupación —. Ni Sergio sabe qué pensar. Está… desaparecida. E Isabel tampoco abre la boca.

Clara cierra los ojos, respira hondo, y dentro de su pecho nace la seguridad de que es ella quien tiene que dar el paso, la que tiene que hacer algo.

El sonido del timbre interrumpe su espiral de pensamientos. Al abrir, encuentra a su madre, que entra en la casa con esa seguridad invasiva que siempre la ha caracterizado, como si el espacio le perteneciera por derecho propio, aunque ni siquiera ha ido ahí por Navidad. Su perfume, caro y penetrante, impregna el aire antes incluso de que pronuncie una sola palabra.

—Clara, tenemos que hablar —anuncia, con una sonrisa ensayada, esa que utiliza cuando quiere suavizar lo que en realidad tiene pinta de ultimátum.

Se sienta en el sofá del salón, y después, Cruza las piernas con elegancia mientras observa a su hija.

—Victoria me ha contado que la última cata fue todo un éxito, que cada día te vas a abrir nuevos caminos, y que ella ha hecho nuevos contactos. Creo que eso es precisamente lo que necesitas para dar el siguiente paso, por mucho que lo niegues. ¿Por qué no aprovechas la oportunidad? Podríais formar un equipo poderoso, uno que realmente te lleve a lo más alto.

Clara la observa en silencio durante unos segundos, apretando las manos contra sus rodillas para no mandarla a la mierda de inmediato. El discurso ya le resulta tan predecible que casi podría recitarlo palabra por palabra.

—¿Sabes qué es lo más curioso, mamá? —responde con esa calma propia que usa en cada uno de sus tratos—. Que ni siquiera me preguntes cómo estoy, qué es lo que yo quiero. O si soy feliz. Solo hablas de pasos, de poder, de lo que «necesito».

Manuela se inclina hacia delante, levantando una ceja.

—No seas ingenua, Clara. La felicidad viene después. Primero hay que asegurarse un lugar, y tú lo tienes al alcance de la mano.

Clara niega lentamente, sintiendo cómo la indignación se va acumulando en su pecho. Las manos le tiemblan y tiene que respirar hondo.

—No. La felicidad no viene después. Y lo que tengo al alcance de la mano no es un contrato con Victoria ni un apellido que se repita en

las revistas. Lo que tengo es la oportunidad de no perder, otra vez, a la única persona que me importa, que siempre me ha importado.

La sonrisa de Manuela se congela.

—¿Vas a sacrificar tu futuro por una relación que ya fracasó una vez?

Clara se levanta, incapaz de seguir sentada, y camina hasta la ventana. Mira hacia la ciudad, hacia las luces que empiezan a encenderse con el atardecer, y sus palabras salen con una seguridad que ni ella misma había sentido tan clara hasta ahora. Ya es momento de desafiar a su familia, de romper esa cuerda.

—No, mamá. Voy a sacrificar lo que haga falta por no convertirme en lo que tú y papá queréis que sea. Por fin he entendido que vuestro apellido cae sobre mis hombros con tanta fuerza porque lo usáis con amenazas, no con la fuerza de lo que debería ser un legado. Y ya no voy a dejar que nadie me haga cambiar de opinión.

El silencio que sigue es denso, tanto que podría cortarse con un cuchillo. Manuela la contempla con una mezcla de ira contenida y decepción. Se levanta, recoge el bolso con un gesto brusco y, antes de salir, deja escapar una última frase.

—Entonces no esperes mi apoyo cuando las puertas se te cierren de golpe y Victoria te gane la carrera.

La puerta se cierra tras ella con un golpe seco, y en su interior solo queda una sensación muy firme; la convicción de que, dado el paso, ya no tiene por qué dejarse nada en el tintero.

Así que, Clara Echevarría se viste, se pone su capa de elegancia, ese traje que lleva diariamente al trabajo, y sale a las calles de Barcelona. Conduce hasta el bar de Lucía. La fachada está a oscuras, y apenas hay luz en el interior, aunque por lo que le ha contado Carmen, sabe que Isabel debe estar allí con el tema de los pedidos. Aparca sin pensarlo dos veces y se adentra en el local.

El silencio se rompe solo por el sonido de unos vasos que Isabel guarda tras la barra, mezclándose con los tacones de Clara, y cuando la ve, su expresión se endurece de inmediato.

—Vaya —dice Isabel, con un deje de sarcasmo—. No esperaba tu visita después de lo que has hecho.

«Después de lo que he hecho, tendrá cojones».

—Necesito hablar contigo —le aclara, sin más.

Isabel deja el vaso que sostiene con un golpe seco, cruzándose de brazos.

—Supongo que vienes a reprocharme lo mismo que mi hija. Ya sé que has estado investigando lo que no te corresponde.

—No me correspondía, es cierto —responde Clara, y esboza una sonrisa irónica que no puede contener—. Pero lo hice porque quiero a Lucía, porque tenía claro que algo estaba pasando y necesitaba entender por qué la alejaste de mí con una mentira tan cruel.

El rostro de Isabel se tensa, pero no duda en mantener ese tono frío y de desprecio con ella.

—Lo hice para protegerla, Clara. Tú nunca has pertenecido a este mundo. Eres la distracción que la aparta de lo que realmente debería tener importancia para ella.

Clara da un paso adelante, con la voz cargada de una calma peligrosa.

—No, Isabel. Lo que la aparta de lo que realmente importa son tus miedos y tu puto egoísmo. Tú le arrebataste la libertad de elegir, y yo no pienso repetir ese error.

Isabel aprieta la mandíbula, y la mira con insolencia. No se puede creer que alguien como Clara se atreva a darle la charla. Se cruza de brazos y la encara.

—¿Y qué pretendes? ¿Que ahora vuelva contigo, como si nada hubiera pasado?

Clara se endereza, clavando la mirada en la mujer que siempre la vio como una amenaza.

—Pretendo luchar por ella. Pretendo estar a su lado, aunque tú, aunque mi familia, aunque todos los apellidos de este maldito círculo

social digan lo contrario. No voy a perder esta oportunidad, Isabel. Que te quede muy claro, ¿lo has entendido? —amenaza, apuntándola con el dedo—. Y más vale que no intentes otra de tus putas artimañas. Porque lo único que provocaras, es perder a tu hija.

Isabel abre la boca y Clara sale del bar con el corazón en llamas. La noche esta fría, pero dentro de ella el corazón le late con una energía renovada, segura de que a partir de ahora, hará lo que haga falta porque esa nueva oportunidad con Lucía, exista de verdad.

CAPÍTULO 22

Después de varios días de ausencia —y dolores de cabeza— Lucía vuelve al bar donde se ha dejado el alma durante los últimos años. Sin embargo, esta vez cruza la puerta con una sensación enorme de vacío, como si ya no pudiera reconocer el suelo que pisa. Enseguida, percibe el aroma del vino abierto en las mesas, el murmullo de los clientes, la música suave de fondo… todo lo que le resulta familiar y, al mismo tiempo, extraño, como si esas cuatro paredes hubieran seguido viviendo sin ella, sin necesitarla de verdad. La recibe una mezcla de miradas; calidez por parte de Carmen, que se asoma desde la cocina y le sonríe con alivio, y también está la de Sergio, que se da prisa en atender una mesa, pero no sin antes dedicarle un gesto casi fraternal que reza «menos mal que has vuelto».

No se ha atrevido a responder a ninguna de las llamadas ni de los mensajes de Clara, y no por falta de ganas, sino porque cada vez que la pantalla del móvil se iluminaba, se le hacía un nudo en la garganta, como si cada notificación le recordara los hechos que han hundido su presente.

Lucía Salgado siente que los ha fallado a todos, a su padre, a Clara, a Carmen. Incluso a sí misma. Y, sin embargo, aquí esta, volviendo al lugar que más contradicciones le provoca, porque no puede dejar a Carmen ni a su primo Sergio con toda la carga del servicio.

El comedor se va llenando poco a poco, el día promete movimiento. Lucía atiende las mesas, sonríe a los clientes habituales, y recomienda los mejores vinos como si nada pasara. Pero por dentro, siente que el cansancio que la corre es devastador. A ratos tiene la sensación de que solo es un cuerpo que se desplaza de un lado a otro, repitiendo frases automáticas que ya ni escucha. En un momento de respiro —que necesita como el agua—, se cuela en cocinas, y encuentra

a Carmen de espaldas, concentrada en las nuevas tapas de la carta y que dio a conocer en la cena con el inversor de Clara.

El recuerdo le altera el corazón, pero se concentra en el chisporroteo del aceite en la sartén, que llena el aire de un aroma cálido, casi hogareño, que contrasta con lo rota que se siente por dentro.

Lucía se apoya contra la pared y se cruza de brazos, observándola en silencio durante unos segundos.

—No tengo idea de qué hago aquí —comenta, con la voz casi ahogada por el ruido de la campana extractora.

Carmen se gira, y la observa con una sonrisa de apoyo que bien podría valer un fuerte abrazo. Es una suerte que siempre la haya tenido a su lado.

—Yo diría que trabajar, y mantener el recuerdo de tu padre. Tal y como le prometiste.

Lucía suspira, se mira los zapatos y golpetea varias veces el suelo.

—Me arrepiento tanto… —añade, con los ojos cerrados y la cabeza apoyada fuerte contra la pared—. Me arrepiento de haber cerrado aquel trato a espaldas de Clara. De haberme dejado llevar por… por la presión, por las palabras de mi madre. Y al final, ¿para qué? No sirvió de nada, porque encima todo fue una burda mentira. Una mentira que me hizo perder a quien más he querido en la vida.

Carmen aparta la sartén del fuego, lo apaga, se limpia las manos en el delantal y se acerca hasta ella. Su mirada es tan tranquila que podría hasta contagiarla, de no saber que es prácticamente imposible.

—Servir, sirvió de algo, aunque ahora no lo veas. Te dio experiencia, y créeme, has aprendido muy bien de ello —le aclara, con una sonrisa cálida—. Y además, te hizo ver que a veces la gente que más queremos también puede equivocarse. Incluida tú.

Puede que tenga razón, pero el daño ya está hecho.

—Es que, nunca me he sentido tan engañada, joder —murmura —. Y no tengo ni puta idea de qué hacer. No entiendo cómo mi propia madre pudo mentirme así, como fue capaz de jugar con algo tan… sucio.

—Lo que yo veo es que ahora mismo tienes que centrarte en tu madre. En poner en orden lo que sientes al respecto, y después… intentar solucionar las cosas con Clara.

Quiere preguntarle a santo de qué tiene esa sonrisa puesta en la cara, como si supiera algo que no quiere contarla. Sin embargo, no es capaz de preguntar.

Enseguida, el servicio —más tranquilo— vuelve a reclamarla. Lucía se permite un instante a solas en el salón. Las mesas ya están casi vacías, las velas se consumen lentamente, proyectando sombras alargadas en las paredes. En un rincón, sobre una repisa, cuelga la fotografía de su padre. Él sonríe en la imagen, con esa expresión tranquila y cálida que siempre transmitía seguridad. Lucía se acerca, y fija los ojos en el retrato, mientras siente que las piernas le tiemblan.

—Papá… —le dice, como todas esas veces que necesitó de su consejo—. Si estuvieras aquí, sabrías qué hacer. Tú nunca me habrías mentido.

La idea de dejar el bar le cruza la mente, fugaz pero con una claridad que le estruja el corazón. Quizá sería lo mejor, cortar con todo, alejarse de un lugar que ya no siente suyo. Pero el recuerdo de su padre, de las horas que pasó trabajando codo a codo para levantar el negocio, de sus manos eligiendo los vinos perfectos para cada tapa, le hacen arrancarse el pensamiento de la cabeza. No puede marcharse así, no puede rendirse. No sin pelear antes.

En ese momento escucha pasos detrás de ella. Se gira y ve a su madre, que avanza despacio hacia la barra, con el rostro cansado. Por primera vez en mucho tiempo, no parece fría ni distante, sino abatida. Se detiene frente a su hija y suspira.

—Lucía… —empieza, con la voz rota por un suspiro—. Perdóname.

Lucía la mira incrédula, como si esas palabras fueran insuficientes. «Demasiado tarde».

—¿Perdonarte? —responde, con la furia creciendo otra vez—. ¿Después de todo lo que has hecho? ¿Después de haberme mentido, de haber jugado con mi vida, con lo que sentía por Clara, con mis decisiones?

Isabel baja la mirada, mientras sus manos nerviosas juguetean con su anillo de casada. Ese que nunca se ha quitado.

Por eso debería de entender el amor que Lucía siempre ha sentido por Clara.

—Siempre he creído que hacía lo mejor para ti. Quizá ahora no lo entiendas, pero mi única intención fue protegerte, mantenerte en el camino que tu padre soñó. El bar… todo esto… era nuestro proyecto. Yo solo quería que siguieras con él, que no lo abandonarás por guerras que no te correspondían.

Lucía siente un nudo en la garganta, una mezcla de ira y tristeza que no sabe cómo liberar.

—¿Y para eso necesitabas mentirme? ¿Para eso tenías que hacerme creer que lo perderíamos todo?

Isabel aprieta los labios, incapaz de responder. Su silencio confirma más de lo que cualquier palabra podría. Lucía aparta la mirada, las lágrimas le nublan los ojos. La herida es demasiado profunda, y el perdón que su madre le ofrece se queda en la superficie, incapaz de alcanzar todo el daño que le ha hecho. Sin embargo, sabe que, en algún momento, tendrán que volver a empezar.

—Nunca habría renegado de este sitio. Porque este ha sido mi hogar.

Se encoge de hombros y sin formular una sola palabra más, vuelve al trabajo.

A la salida, está sola. Es de noche y todos se han marchado. Lucía mete las manos en los bolsillos de su abrigo y camina hasta casa. Todavía tiene en la cabeza el golpe seco de la reja del bar al echar el cierre, y las sensaciones que ha dejado acumuladas en su interior.

El frío de la noche se cuela de inmediato por el cuello abierto de su abrigo, obligándola a encogerse un poco. Lucía guarda las llaves en el

bolsillo, donde también mete las manos, buscando un poco de calor. La calle está desierta, apenas iluminada por las farolas que proyectan un resplandor amarillento contra las aceras, dibujando luces y sombras. Qué irónica es la vida.

Está tan vacía que no tiene ni fuerzas para llorar, aunque el cuerpo le duela, sintiendo en entumecimiento en todos los músculos. La "discusión" con su madre le ha drenado la energía, dejándole con un cansancio áspero, que no va a poder ni arrancarse con una buena copa de vino. Sin embargo, conforme da un paso y otro, una sensación diferente toma el control de su cuerpo, mariposas que viajan desde su estómago hasta el pecho, un nerviosismo que no sabe cómo explicar. El silencio nocturno la obliga a escuchar el propio ruido de su respiración; irregular, entrecortada.

Dobla la esquina, donde algunos bares todavía mantienen las puertas abiertas y dejan escapar una música lejana, mezclada con las voces de los últimos clientes. La luz de un letrero cae sobre Clara, recortada también contra la luz mortecina de una farola, con el abrigo oscuro bien cerrado y una sonrisa que podría desarmar la resistencia de cualquiera. Parece esperarla, como si hubiera sabido exactamente por dónde pasaría.

Lucía se detiene en seco. Sus labios tiemblan, y sus piernas también. No sabe si correr hacia ella o huir en la dirección contraria. Clara, sin embargo, da un par de pasos adelante, sin apartar la mirada de sus ojos.

—Carmen me comentó que hoy saldrías tarde —le comenta con serenidad, con esa voz grave que, a pesar de todo, sigue pareciéndole un refugio.

Lucía parpadea, descolocada. Carmen… claro. Su mejor amiga, su cómplice, la única capaz de urdir algo así. Y aunque una parte de ella debería enfadarse por la maniobra, lo cierto es que siente un alivio inmenso. Como si de pronto todas las piezas encajaran en un puzle que no sabía que estaba haciendo.

Las palabras pugnan por salir, pero la garganta se le cierra. Aun así, logra pronunciar una sola, rota, cargada de lo que estaba deseando

decir de una vez.

—Perdó… —comienza, con los ojos húmedos.

Clara levanta una mano con suavidad, y con el índice le roza los labios para que no termine de hablar. Un gesto mínimo, pero lleno de ternura y ganas por ser ella quien hable.

—No —susurra, negando lentamente con la cabeza—. No eres tú quien tiene que disculparse. Tenías razón. Quizá no te apoyé todo lo que debería. Quizá, en aquel entonces, estaba demasiado asustada, demasiado pendiente de lo que mi apellido representaba, de lo que mi familia esperaba de mí. Pero ahora… no pienso permitir que eso decida por mí.

Lucía siente que el corazón se le acelera a un ritmo imposible, que las piernas están a punto de fallarle. No se atreve a creer del todo lo que escucha, como si el viento pudiera llevárselo en un suspiro y dejarla otra vez en la oscuridad.

Clara se acerca un poco más, y el brillo de sus ojos se enciende por una fuerza que no admite dudas.

—Lucía —prosigue, y su voz vibra, en una melodía que arranca a Lucía un suspiro—, nunca te he olvidado. Ni un solo día. Y por mucho que intentara enterrar lo que sentía, siempre has estado ahí, en cada decisión, en cada paso. Me he dado cuenta de que lo único que quiero es estar contigo. Incluso Álvaro me lo dijo… que no debía dejar pasar otra vez la oportunidad de estar contigo. Y tenía razón. No pienso hacerlo. Ya no más.

Lucía abre la boca, pero ninguna palabra llega a formarse en realidad. Siente que las lágrimas amenazan con desbordarse, pero ni siquiera son de tristeza; es la presión de lo que ha vivido los últimos días, los últimos años… el peso de todo lo callado, lo perdido y que ahora, de repente, se ofrece a ser recuperado.

Y entonces Clara la besa. Sus labios son deseo y una nueva promesa, que la atrapa por completo. Lucía se abandona, dejando que la espalda repose un instante contra la pared fría de piedra, que contrasta con el calor que va desde la boca de Clara hasta cada rincón de su cuerpo. Cierra los ojos, y por un momento, el mundo desaparece.

Las calles desaparecen, ya no hay farolas, ni heridas, solo el roce de sus labios y la certeza de que siempre ha pertenecido a su corazón.

Cuando se separan apenas unos centímetros, Clara apoya la frente contra la de Lucía. Respira agitada, pero sonríe, con esa sonrisa que Lucía tantas veces soñó volver a ver con tanta claridad.

—Estaba deseando perderme otra vez en tus labios —murmura, con una sinceridad que brilla en los ojos—. Y me alegro de que aparecieras en la cata aquella noche.

Lucía, aun temblando, la observa de cerca. La distancia entre ambas se ha borrado, como si el tiempo que las separó se hubiera deshecho en ese instante. Sus dedos buscan instintivamente la mano de Clara y la aprieta con fuerza, como si tuviera miedo de que pudiera desvanecerse en el aire.

—¿Vienes conmigo? —le pregunta ella, y acaricia el cuello de Lucía.

Lucía la mira y vuelve a besarla, porque en medio de la calle semivacía, con la ciudad latiendo a su alrededor, entiende que quizá, después de tanto dolor, aún queda esperanza para ellas.

—Por supuesto que sí.

EPÍLOGO

9 meses después.

El sol de la tarde se filtra entre las persianas de madera, proyectando líneas de luz que atraviesan la estancia como pinceladas doradas. El local todavía huele a pintura fresca y a madera recién tratada; un olor que Clara Echevarría siempre asociará con los comienzos, con esa sensación de vértigo que anuncia que algo nuevo y trascendente está a punto de suceder. Está de pie junto a una de las estanterías que han mandado hacer a medida, recorriendo con los dedos el acabado impecable, suave y cálido, donde dentro de pocas semanas descansarán las botellas que han elegido juntas.

Lucía se mueve por el espacio con pasos lentos, casi ceremoniales, observando cada detalle como si quisiera grabárselo a fuego en la memoria. El pelo le cae suelto sobre los hombros, y Clara se sorprende una vez más de lo mucho que la quiere, de lo profundamente que la desea, de la manera en que todo lo vivido —dolor, pérdidas, silencios, traiciones— las ha conducido inevitablemente a este lugar. A ellas, a este punto.

—Todavía me cuesta creerlo —murmura Lucía, deteniéndose frente al ventanal que da a la calle Verdi, desde donde se escucha el rumor constante de Gràcia, con su bullicio de niños que juegan y de músicos callejeros que improvisan melodías en cada esquina—. ¿De verdad vamos a hacerlo?

Clara sonríe. Le encanta ese gesto suyo, la mezcla de incredulidad y entusiasmo que ilumina su rostro como si aún fuese capaz de sorprenderse de que la vida, a pesar de todo, todavía pueda regalarle instantes de plenitud. Se acerca despacio, colocándose a su lado, y juntas contemplan el reflejo de los transeúntes que pasan frente al cristal.

—Ya lo estamos haciendo —responde, apoyando una mano en la espalda de Lucía, sintiendo bajo la tela del vestido esa calidez que siempre la reconforta—. Mira a tu alrededor. Este lugar es nuestro. No de tu madre, ni de mis padres, ni de nadie más. Solo nuestro.

Lucía apoya la cara en su hombro unos segundos, respirando hondo, como si quisiera absorber el presente. Luego gira el rostro hacia Clara, y en sus ojos brilla un agradecimiento que ninguna palabra podría llegar a describirlo. Solo el amor que continúa sintiendo por ella.

—Él estaría orgulloso, ¿sabes? —dice, refiriéndose a su padre, con un hilo de voz que apenas resiste el temblor de la emoción que siente por dentro—. Orgulloso de que sigamos su legado, pero también de que lo hagamos a nuestra manera.

Clara asiente, apretando un poco más la mano contra su espalda. No necesita responder; lo que Lucía dice es verdad. Lo siente con la misma certeza que la acompaña cada mañana al despertar a su lado.

El sonido de una caja que se abre rompe el silencio íntimo de la sala. Carmen aparece desde el fondo, donde ha estado ayudando a organizar el pequeño almacén, con un cuchillo en la mano y un corcho recién liberado en la otra.

—Os traigo una sorpresa —anuncia con una sonrisa pícara—. He pensado que era el momento de estrenar este sitio como se merece.

El vino que descorcha es uno de los primeros que seleccionaron juntas, un tinto artesanal de una bodega pequeña del Priorat, que visitaron semanas atrás como si fuese una excursión casi sentimental. Lucía ríe al ver la botella; recuerda bien aquel día: los dos se emborracharon un poco con las catas, y acabaron bailando bajo un cielo anaranjado, prometiéndose que nunca más dejarían de apostar por ellas.

—No podías haber elegido mejor —comenta Clara, mientras Carmen sirve con precisión las copas, cuidando de que la luz resalte el tono rubí del vino.

—Por nosotras —habla, y en sus palabras se refleja una ilusión distinta, más profunda que cualquier otro día que hayan pasado juntas.

Lucía choca suavemente el cristal, sosteniéndole la mirada.

—Por nosotras —repite, con una firmeza que le cosquillea todavía en los labios.

A veces, siente que vive un sueño. Pero esta es su preciosa realidad.

El vino es cálido, intenso, con notas de fruta madura que se expanden en la boca dejando una huella exquisita. Clara piensa que pocas cosas en la vida han tenido tanto sentido como este sorbo compartido. Piensa que, de alguna forma, todo lo que había estado roto ahora encuentra su manera de recomponerse, no de la misma forma en que estuvo, sino de una manera nueva, mucho más fuerte. También única.

El silencio entre ambas está lleno de significados, de promesas que no necesitan decir en voz alta. Clara acaricia con el pulgar la mano de Lucía, que descansa sobre la mesa improvisada donde han dejado las copas. Se queda mirando sus dedos, pensando en cuántas veces soñó con volver a sentirlos entrelazados con los suyos, y ahora que lo tiene de nuevo, se promete no soltarla jamás.

Lucía se inclina hacia ella, con los labios curvados en una sonrisa leve, y deja que su frente repose contra la suya.

—¿Sabes qué? —susurra con una sonrisa—. Por primera vez en mucho tiempo no tengo miedo. Ni de mi madre, ni de fracasar, ni de lo que piense nadie. Solo quiero esto. Solo te quiero a ti.

Clara cierra los ojos y respira el aroma del vino mezclado con el de su piel.

—Entonces lo tenemos todo.

Afuera, la vida en Gràcia continúa su curso. Pero dentro del local, entre paredes que pronto se llenarán de risas, de aromas y de sueños compartidos, Clara y Lucía construyen algo más que un negocio, construyen un hogar. Y en ese instante, con el sabor del vino aún en los labios y el corazón latiendo al unísono, saben que, después de todo lo perdido, al fin se han encontrado de verdad.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a la literatura, por ser siempre refugio y espejo, por recordarnos que las heridas pueden convertirse en historias y que las historias pueden, a su vez, sanar esas heridas.

Y sobre todo, gracias a ti, lector o lectora, porque al abrir estas páginas has permitido que Lucía y Clara respiren, que su amor encuentre testigos, y que esta historia, que nació en la intimidad, pertenezca ahora también a tu memoria. Gracias porque esta es la primera novela que saco del cajón. Cada página escrita ha sido un aprendizaje, y saber que alguien la sostiene entre sus manos convierte este sueño en realidad.